



49
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE
MÉXICO

ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES

CAMPUS ARAGÓN

29.386!

**“PERIODISMO Y LITERATURA, LA PLUMA
FEMENINA DE ÁNGELES MASTRETTA”**

ENTREVISTA

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LIC. EN COMUNICACIÓN Y PERIODISMO

PRESENTA:

FELICIANO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ

ASESORA: LIC. EDITH BALLEZA BELTRÁN



MÉXICO

2001



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

Quiero dar gracias, de todo corazón, a Feliciano Hernández y Celia Sánchez, mis padres, por la confianza depositada en mí, por su admirable e incansable esfuerzo para hacer de cada uno de sus hijos una persona capaz, emprendedora, comprometida y responsable.

Agradezco a todos mis hermanos por los gratos momentos que hemos compartido y las dichas que me han permitido vivir en su compañía, por enseñarme que la vida es algo más que “los deseos y las ganas de hacer las cosas”. A mis sobrinos por el cariño que me han entregado en cada abrazo y en cada beso, en especial a Sergio.

A Edith Balleza, amiga, asesora y cómplice en la elaboración de este trabajo, por el apoyo incondicional que me ha brindado, por la enseñanza diaria que he adquirido gracias a su compromiso incansable de hacer siempre bien las cosas.

A todas las personas con las que he enriquecido el aprendizaje diario, continuo y arduo, de la comunicación. A la Lic. Martha Patricia Chávez por su confianza, a Angelita, Lupita y todos mis compañeros de este bendito trabajo.

A los sinodales que participaron en la elaboración, corrección y depuración de la presente: Guadalupe Pacheco, Araceli Barragán, Celia Rodríguez y Consuelo Díaz Barriga, por el tiempo y enseñanza brindados. Asimismo, a todos los profesores con los que, en estos veinte años de estudio, tuve la oportunidad de aprender algo nuevo.

A los asombrosos amigos que la vida me ha puesto enfrente, por sus consejos y por compartir su sapiencia para derrotar los ‘caprichos’ que la vida nos ha puesto delante. A Lilia, por enseñarme que la amistad es un don alcanzable cuando se entrega la confianza, el desinterés y la bondad que guardamos en el corazón. A Elba Mónica por permitir encontrarme en su sonrisa y por sus consejos en la labor profesional.

A todos y cada uno de aquellos que llevo conmigo, por el apoyo brindado: Coco, Jenny, Diana, Nurit, Miriam, Heidi, Jorge, Beto, Édgar, Humberto, Rigoberto, Julio Olivares, entre muchísimos más. Resultaría difícil enlistar a todos los que, de una u otra forma, me han permitido compartir un poco de su tiempo y de su vida.

Agradezco especialmente a Ángeles Mastretta por sus consejos para conseguir el carácter, la paciencia y “los dedos necesarios” en la búsqueda diaria de ser un buen escritor y ganarse a ‘puño y letra’ el cariño de los lectores. Por la enseñanza de saber compartir el amor en nuevas historias y hacer de la vida un camino en la conquista de amigos. Por el afán diario de la lectura y la escritura. Por dejarme conocer a la periodista, la literata y a la mujer y porque sin su apoyo hubiera sido difícil concluir *Periodismo y literatura, la pluma femenina de Ángeles Mastretta*.

Feliciano Hernández Sánchez

ÍNDICE

La pluma en el tintero	7
Escenario I. El nacimiento de una nueva escritora	13
➤ Puebla, lugar que me vio nacer	17
➤ Mis primeros pasos y mis primeros libros	31
➤ ¿Por qué la UNAM y precisamente Comunicación?	41
Escenario II. El enfrentarse al papel y la pluma	53
➤ Las barreras que hubo que vencer	57
➤ Primer contacto con los medios de comunicación	61
➤ De la ENEP Acatlán y el Museo del Chopo	65
➤ Desde entonces me llaman periodista	75
Escenario III. Conversando desde el rincón preferido	77
➤ Los trabajos literarios ¿cuándo?	81
▪ El Centro Mexicano de Escritores	94
➤ Platicando con <i>las protagonistas</i>	101
✓ <i>La pájara pinta</i>	102
✓ <i>Arráncame la vida</i>	104
✓ <i>Mujeres de ojos grandes</i>	119
✓ <i>Puerto libre</i>	122
✓ <i>Mal de amores</i>	125
✓ <i>El mundo iluminado</i>	141
Escenario IV. La Ángeles Mastretta que todos conocemos	151
➤ La satisfacción de escribir	171
▪ Premios y reconocimientos	172
➤ Letras que salpican el periodismo y la literatura	181
▪ Mis amigos los periodistas y los literatos	182
➤ La sencillez que muestra en su persona	191
➤ La poeta, periodista y literata es una sola persona	201
Una nueva página	211
Fuentes de consulta	215
Bibliográficas	215
Hemerográficas	217
Vivas	230

La pluma en el tintero

Este trabajo de investigación es una recopilación de documentos, vivencias, datos orales y toda una serie de ideas que revoloteaban en mi cabeza desde que inicié la elaboración del proyecto de tesis. *Periodismo y literatura* son dos de las grandes ambiciones que tenemos la mayoría de los que recién ingresamos a estudiar alguna de estas profesiones. Cuando ya las concluimos buscamos desarrollarlas en alguna actividad, es ahí donde entra el trabajo de titulación como la mejor de las pruebas en que podemos lograrlo.

La pluma femenina de Ángeles Mastretta es el título del presente, en la cual busco transmitir los sentimientos y pensamientos de una de las escritoras más populares de los últimos años, es decir, contar la vida y obra de la autora de varios libros y de muchos textos periodísticos. ¿Cómo lograrlo? indagando en ese mar inmenso de letras que la envuelven, empleando la entrevista de semblanza como herramienta primaria, realizando entrevistas a terceros y recopilando datos bibliohemerográficos.

Elegir a la señora *Ángeles Mastretta* no fue tarea fácil. Definir entre muchas de las autoras contemporáneas fue una actividad complicada, sin embargo, creo firmemente que ella es un ejemplo digno a seguir y tener presente para todos los estudiantes de periodismo, porque su trayectoria refleja las problemáticas y retos a los que nos enfrentaremos día con día, alimentando nuestro coraje y entusiasmo para conquistar el campo profesional.

Desde que la contacté vía telefónica, supe que podría contar con su ayuda para desarrollar este trabajo y, aunque también comprendía que era complicado coincidir en tiempos —por sus muchas ocupaciones—, estaba decidido a realizarlo. Asimismo, todo el material hemerográfico en el que me apoyé para elaborar este trabajo, me permitió conocerla más de cerca.

En un principio mi entrevistada me dijo "le cambiaría el título y le dejaría únicamente *La escritura de Ángeles Mastretta*, ¿sabes?, ahora ya nadie usa plumas para escribir, todos utilizamos una computadora". La sugerencia de la señora Mastretta para cambiar el título a la presente, me hizo pensar en lo mecánico que se ha vuelto escribir, es verdad, debemos ser mucho más prácticos y lógicos, sin embargo, ya estaba convencido de lo que quería hacer como trabajo de titulación. No debía volverme máquina con una avanzada tecnología y escribir sin sentido alguno, quería explorar los recursos que me brinda la *entrevista* para hacer algo diferente, que me permitiera sentir que había comprendido su importancia, para lo cual acudí a la concepción de Luis Javier Mier y Dolores Carbonell en el libro *Periodismo interpretativo*, en el que señalan que la entrevista de semblanza "busca, además de informar a propósito de ciertos acontecimientos y opiniones, transmitir al lector o espectador la personalidad del entrevistado; aquello que tiene que ver con su historia particular, o al menos, las sensaciones y observaciones que el periodista tuvo e hizo cuando realizó la entrevista".

La entrevista nos proporciona la información relativa a las creencias, sentimientos, motivaciones, planes, opiniones o ideologías. Quise hurgar en el sentir y el pensar de mi entrevistada para descubrir no sólo su personalidad sino ofrecerte, amigo lector, un retrato que no podría ser captado por ninguna cámara, hacerte participe del ambiente, como si estuvieras justo ahí, frente a la propia Ángeles Mastretta.

La entrevista es entonces lo que vamos descubriendo de nuestro entrevistado cuando piensa y reflexiona sobre sí mismo, su obra o actividad, por las preguntas que le son realizadas. Es más que una conversación llena de preguntas y respuestas, de afirmaciones y negaciones, de coincidencias y divergencias, de contradicciones y aclaraciones. Es un diálogo abierto donde cada respuesta señala nuevas interrogantes y marca otros rumbos.

He buscado no sólo transcribir la entrevista como si fuera un mero trabajo mecanográfico, sino recrearla mediante el sentido de la observación. Seleccione lo más importante periodísticamente, ordené y corregí el texto buscando hilar la historia que quería contar.

Partiendo de lo anterior, me atrevo a retarte a leer con detalle a fin de concluir si la entrevista es el género periodístico que nos permite desenvolvemos tanto como lo exige su concepción, o si únicamente la presente es una *quimera*.

Caminar a través de *escenarios* es algo similar a presenciar distintos actos que forman en su conjunto toda una historia, de ahí que haya denominado a cada parte de este trabajo de esa manera, porque en cada uno veremos sólo un fragmento, con su propio ambiente, su descripción, su lógica narrativa. El primero nos concentra en la ciudad de Puebla, lugar donde nació Ángeles Mastretta. Sabremos de su familia, su infancia, sus anhelos, de sus primeros estudios hasta llegar a los profesionales en la Universidad Nacional Autónoma de México.

El quehacer periodístico que envuelve la *pluma de Ángeles Mastretta* lo encontramos en el segundo escenario, ahí se describen sus inicios en este difícil oficio —desde su participación en *Ovaciones*, *Excélsior*, *La Jornada*, por citar sólo algunos— de manera cronológica para comprender su formación profesional.

En la tercera parte nos centramos específicamente en su trabajo literario. La publicación de sus libros *Arráncame la vida*, *Puerto libre* o *Mal de amores*, que le han permitido obtener reconocimientos nacionales e internacionales como el Premio Mazatlán de Literatura en 1985 o el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos en Caracas, Venezuela, en 1997, y que la han consagrado en el extranjero al traducir sus novelas a más de diez idiomas distintos.

En el último de los escenarios, encontramos a una periodista y literata reconocida por su trabajo, sus amigos, compañeros y lectores. Presentamos el ambiente que guarda su propia casa, la convivencia familiar de Ángeles Mastretta.

El querer cubrir gradualmente su vida al narrarla cronológicamente desde su nacimiento, infancia, adolescencia, juventud y madurez; mostrar su trayectoria periodística junto con sus inicios en distintos medios de comunicación o sus primeros trabajos literarios como *La pájara*

La pluma en el tintero

pinta y Arráncame la vida; señalar sus obras, logros, objetivos y metas, provocó que la presente investigación se convirtiera en un trabajo sumamente ambicioso, sin embargo, considero que la(s) entrevista(s) con Mastretta y aquellas que tuve con todas y cada una de las personas que intervienen en la realización de este trabajo, refuerzan la riqueza de este género periodístico. Así pues, te invito amigo lector, a conocer *Periodismo y literatura. La pluma femenina de Ángeles Mastretta*.

Protocolo

—¡Bueno!, ¿me puede comunicar con la señora Ángeles Mastretta por favor?

—Claro, permítame un segundo.

—Gracias—. Estoy por hablar con Ángeles Mastretta y ya siento que me concederá esta entrevista.

—¡Hola, soy Mastretta!

—Muchas gracias por atender mi llamado. Soy Feliciano Hernández, egresado de la licenciatura en Comunicación y Periodismo de la ENEP Aragón. Quiero elaborar mi trabajo recepcional respecto a usted y realizarle una entrevista de semblanza. Me gustaría saber si puedo contar con su ayuda.

—Pero, por su puesto que sí, me hace sentir importante tu llamada. ¿Sabes? estoy por salir de viaje pero..., qué te parece si me acompañas y así puedes conocer más de tu entrevistada.

—Encantado. Usted indíqueme cuándo y dónde nos vemos. La verdad, estoy seguro de que podré aprender mucho más, desarrollar con mayor detalle este trabajo y, desde luego, conocerla de manera personal. Creo que no sería suficiente escribir cómo imagino que es, sino al platicar con usted —que bien sé, nunca serán las charlas suficientes pero sí las necesarias— podré realizar un trabajo de mayor calidad.

Protocolo

—Mira Feliciano, salgo mañana a Puebla, es sólo una visita breve porque voy a ir a la catedral y también quiero recorrer un poco el centro de esa hermosa ciudad. Así que podemos vernos aquí, en mi casa. Nos llevará don Lino, el chofer, para que podamos platicar en el camino, ¿qué te parece?

—Por supuesto que estaré ahí a la hora que me diga.

—Entonces guarda tus preguntas para mañana y aunque será un viaje rápido, espero que sea de provecho para ambos, porque estoy segura que también he de aprender mucho de ti, desde ahora siento que también te conozco y me encanta esa idea que has tenido para tu titulación. Así que te espero a las diez de la mañana, sirve que me das tiempo para dejar todo listo en la casa. Apunta la dirección: Gelatti...

—Muchas gracias por la invitación y ahí nos vemos mañana.

—Hasta entonces Feliciano y muchas gracias.

No pensé que fuera así de fácil, claro que las ocasiones anteriores me costó muchísimo contactarla. Recuerdo que le envié peticiones por fax a su representante y a ella; hablé con su asistente, Lici Ortega, muchas más veces que los minutos que me tardé en esta concertación. Pero en fin, debo prepararme para ir a esa cita.

En dónde dejé los datos que he recopilado, aquí están...



Escenario I

El nacimiento de una nueva escritora

*Vamos perdiendo cosas en el camino.
Algunas las olvidaremos con el tiempo,
al afán de que otras regresarán siempre a buscarnos.
Ésas son las que importarán, después de todo.*

Ángeles Mastretta

Al día siguiente:

—¡Hola! Tú debes ser Feliciano.

—Así es, mucho gusto y muchas gracias por aceptar la entrevista.

—En un minuto nos vamos, sólo quiero dejar todo listo.

—A la hora que me indique.

—Quieres tomar algo.

—No gracias, estoy bien así.

—Has traído lo necesario para nuestro primer encuentro ¿verdad? Me refiero a tus preguntas.

—Esas ya las tengo...

—¿Las memorizaste?

—Sí, además hice por aquí algunas anotaciones...

—¿Listo don Lino? Se nos hace tardísimo.

Unos minutos de silencio nos envuelven. Al verla caminar de acá para allá preparando este viaje, me doy cuenta de lo sencilla y meticulosa que es Ángeles Mastretta; busca que en su casa quede todo listo para agradar a su familia, aun cuando ella no se encuentre. La veo sonriente con sus pantalones de mezclilla y ese chaqueta azul que realza el color de su cabello y lo hace ver fresco. Sus manos delgadas, cubiertas por un par de anillos cada una, la acompañan en su nerviosismo, en la ansiedad de salir corriendo a Puebla.

—Bueno Feliciano, súbete acá, yo iré detrás del señor Lino para evitar que me distraiga.

Subimos a un *Neón* negro, ella no espera a que le abran la puerta y arremete contra el tiempo sus ganas de viajar, de salir, de compartir con alguien su historia. Espera un minuto antes de

cerrar la portezuela para despedirse de su perro Giocco, al que abraza y acaricia pidiéndole se porte bien.

—Cuando se duerme conmigo, no hay poder que lo haga desprenderse de mí. ¡Anda vámonos ya!

Me siento a su lado y espero que don Lino eche a andar el auto. Salgo de esa casa convencido de ir acompañado de una pequeña niña a la que le gusta mirar por la ventanilla para no perderse de los paisajes. Pepe, quien también labora en aquella casa, ayuda a abrir la puerta y nos da la despedida. Aprovecho para entregarle a mi anfitriona una caja de dulces y agradecer nuevamente la invitación.

—¡Hay, qué barbaridad, qué pecado!, ha visto don Lino lo que me ha traído, estos dulces están elegantísimos.

—Espero que sean compartidos con todos aquellos que...

—Sí, contigo, pero después nos comeremos uno. La próxima vez que vengas, te invitaré por la tarde, entonces tomaremos café y nos comeremos los chocolates. (Estornuda) ¡Ay!, mis muchachas me quieren contagiar la gripa, qué horror. Las dos están enfermas, todos están enfermos de gripa pero la que cocina es la más peligrosa...

Recorremos esta ciudad en busca de la carretera que nos conduzca a Puebla. Don Lino sintoniza la radio a bajo volumen por indicación de Mastretta, quien desea sentirse relajada y le entrega un cassette de boleros. Después de las indicaciones de la señora y los desvíos del chofer, me permito iniciar con esta aventura. Sin más detalle le pido me hable de su familia, de sus padres, Carlos y María de los Ángeles, de sus hermanos, de su infancia, del lugar que la vio nacer.

PUEBLA, LUGAR QUE ME VIO NACER

—Yo digo que tuve una infancia feliz, y a veces la culpa de mi falta de temas, porque muchas ocasiones los escritores recuentan su infancia llena de azares y de ahí sacan una buena parte de sus historias tristes. Yo tuve una infancia feliz, armoniosa. Por lo menos así la recuerdo. Crecí en una familia, grande, en un matriarcado. Yo soy una de los cinco hijos de Carlos Mastretta y Ángeles Guzmán. Mi madre tenía otras dos hermanas; una con cinco hijos y otra diez. Todos vivíamos en la misma calle, veinte primos compartimos la misma casa de los abuelos y crecimos parejos. A veces pienso seriamente que tuve 19 hermanos, porque muchas cosas que se decidían en nuestras casas eran para todos. Por ejemplo, íbamos a los mismos colegios, los hijos de las hermanas hacíamos vacaciones juntos, con los Escalera y los Sánchez. Vivíamos en un clan, y eso me ayudó muchísimo a fortalecer mi personalidad, pues en un mundo lleno de diferencias a uno le toca afianzar la suya.

Aprendí a decir desde muy chica: yo soy ésta. También algunas cosas que a otros se les dificultan mucho cuando crecen, y lo hice siendo muy chica, por ejemplo, hablar en público. Nosotros teníamos en la familia la costumbre de hacer fiestas en donde los niños participaban en todo, si había una fiesta ésta tenía obra de teatro y bailábamos, cantábamos, recitábamos. Los primos éramos los actores de ese circo, nos llamábamos el Circo Guzmán. Aprendí desde muy chica a no tenerle miedo a la participación en público, incluso a hablar de mí, a contar mis cosas, eso es algo que no sólo yo, sino mis hermanos y primos entendimos desde pequeños, eso es una enseñanza que tengo que agradecerle al medio en el que crecí.

Me dejó muchas otras cosas, por ejemplo, la pasión por el mar, yo diría, casi el deber del mar, el mar como un reto y una fiesta. El campo, los volcanes, míralos, ahí están —me decía señalando a don Goyo y su compañera—, la naturaleza como otra fiesta de la cual uno no puede privarse, eso lo aprendí y es una enseñanza que carga uno para siempre.

Nací el 9 de octubre de 1949 y ese día murieron dos personas que subieron a escalar los volcanes; yo debo tener, en un hueco del inconsciente, la memoria precisa de tal expedición. Por eso trato a los volcanes desde lejos. Ellos están ahí para mirarse, para preguntarles cosas: ¿cómo era el mundo cuando ellos despertaron?, ¿qué pensaban los aztecas?, ¿qué odio lloraban sus enemigos?, ¿qué ambiciones y sueños rumiaban los españoles que los pisaron por vez primera?, ¿qué hay de cierto en la leyenda de sus amores? Sé que los volcanes se comen a la gente, por eso nunca los escalaré, por eso sólo quiero mirarlos desde lejos. Existen cosas que se tratan con temor.

Otras enseñanzas las pierde uno por gusto y las deja, como por ejemplo: la idea de lo que debería ser la vida conyugal, la vida amorosa, eso lo aprendí sola y de otra manera. Creo que mucha de esa libertad con la que traté cosas que estaban prohibidas en mi medio (que en apariencia estaban prohibidas), en el mundo en el que yo vivía eran más bien naturales, por ejemplo, la importancia que las mujeres pueden tener en la vida pública. No tengo resentimiento cuando digo *a nosotras las mujeres cómo nos han despreciado y cómo...*, crecí en un medio en el que las mujeres éramos tan importantes como los hombres, tengo esa sensación y no sé si sea equivocada. Cuando decían: *las niñas no se suban a los árboles, las niñas no se metan, no vayan a lo peligroso...*, las niñas íbamos a todo.

Mastretta me decía que era una infancia en la que había aprendido a hablar en público, ¿quizá había nacido con ese don? Desde muy pequeña ya se desenvolvía de manera natural frente a una audiencia sin inmutarse, eso le permitió participar en una obra de teatro cuando tenía solamente cuatro años de edad y era el aniversario del colegio, representó a la Virgen María. Según recordó, esa ocasión había quedado atrapada en una azucena y no podía salir. Nunca entendió de qué trataba la obra, su deber “artístico”, según decía, era quedar acucillada y quieta dentro de la

azucena, hasta que el llamado del señor San Joaquín le indicara que debía brotar con toda su pureza del fondo de la flor.

Durante los ensayos fue una actriz modelo, el problema fue que el día de la representación, los alambres pelones en forma de azucena que siempre sirvieron para ensayar, quedaron cubiertos con una tela blanca y pegados con “cola” y era una resina oscura que olía a “rata muerta” durante varios días después de haber sido aplicada. Un inclemente San Joaquín le impidió sacar la cabeza las veinte veces en que ella intentó nacer antes de tiempo. Como él sí era un gran actor, la empujaba con un golpe cada vez que presa del ahogo buscaba salir. Mi entrevistada reía ligeramente cuando recordó la anécdota.

Al fin llegábamos a Puebla, la Ciudad de los Ángeles; pude observar la sierra que la rodea, sus grandes volcanes, a lo lejos el Pico de Orizaba, el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl se apreciaban más hermosos a tan corta distancia en aquella mañana de noviembre, poco soleada. Cuando recorriamos la autopista aprecié sus bosques de pino, encino y oyamel; todo me lo fue describiendo la propia Ángeles. También pudimos contemplar las aves de vistosos colores que acompañaban nuestro camino y unas cuantas ardillas. Las viviendas construidas con tabicón o adobe, sus techos de lámina, las familias llevando a pastar sus pocos animales, me hicieron pensar que retrocedíamos en el tiempo hasta la mitad del siglo para imaginar la ciudad de Puebla en que nació Ángeles Mastretta Guzmán.

—Hábleme de sus papás.

—Antes, siempre que recordaba a Carlos Mastretta, mi padre, me sentía huérfana y con el derecho a llorar por él con todas las lágrimas que desde niña guardé para cuando muriera. Pero lo

recordaba menos. Ahora pienso en él una vez al día, sólo que cuando voy a llorar más de dos lágrimas me miro las manos y pienso que a mi edad hay quienes pierden a sus hijos. Entonces mi derecho a llorar desaparece. Seríamos mucho más entendidos si nos permitiéramos llorar cuando queremos —me dice nerviosa, casi triste—, me sonroja llorar tras de la puerta cuando nadie está viéndome, cuando el nudo en la espalda me sugiere durante más de una semana que la única cura sería llorar un rato.

A veces mi padre, cuando vuelve, trae con él a la niña. En ocasiones viene a buscarla y encuentra sólo a la señora medio insomne en que me he convertido. Él viene mucho, porque lo llamo tanto que no he dejado que se vaya con su risa invocable de cada mañana, pero no me queda más remedio que aceptar que está muerto.

Carlos Mastretta tenía dos trajes, seis corbatas, un par de zapatos cafés y uno negros, una pluma fuente que llenaba con tinta verde, una máquina de escribir Olivetti con la que encontraba complicidades los domingos, una memoria de la que no hablaba, otra con la que cantaba sus canciones tristísimas cuya letra no entendíamos y no quisimos entender jamás porque las decía en italiano.

Por unos instantes Ángeles se vio invadida por la tristeza,
movía las manos, como frotándolas, para no soltarse a llorar.

—María de los Ángeles Guzmán, mi madre, era sosegada y metódica como el Ave Maria. Ahorrativa y dudosa, apasionada y tenaz. Ella dio con la pluma y las palabras de un hombre doce años mayor. Él volvía de la guerra en Europa con la sonrisa de un héroe lastimado, las bolsas vacías y los ojos oscuros como una clara promesa de infinito. Se casaron, lo quiso con la lealtad y la envidia de una reina. Le dio cinco hijos, más de veinte años de sueños y una luz que lo mantuvo vivo por tanto tiempo como le fue posible estar junto a ella.

Cuando él murió, ella sintió que no lo había querido lo suficiente, que más se habrían merecido su mirada y su afán, su inteligencia y sus bondades. A veces la tratamos (debo reconocerlo), como si de un llamado suyo hubiera dependido que él no muriera, y ella, loca de amor por nosotros y por él, aceptó sin reparo aquel equívoco. Hasta que el tiempo con su dosis de cordura condujo a un nuevo acuerdo a la familia entera: el hombre que muere de una embolia, no abandona, no olvida, no escapa, no se negó a vivir, sólo se muere. Y el abismo de su ausencia puede aliviarse algunas tardes de domingo, rindiéndole homenaje a su mejor herencia en el placer de una conversación bienaventurada.

Por más que trato no puedo recordar a mi madre gastando el tiempo en hacer nada. Siempre se ha propuesto el mejor promedio en lo que hace y siempre está metida en alguna empresa. Cuando se propuso estudiar la preparatoria fue sin duda lo que más le cambió la vida, lo que la enriqueció, lo cierto es que en todas las cosas ha puesto el mismo empeño. No son pocas las veces en que envidio la frescura y la vehemencia con que asume sus quehaceres.

Cuando tenía cinco hijos de entre seis años y ocho meses de edad aprendió a hablar italiano en pocos meses para poder platicarlo con mi padre. Lo supo tan bien que se puso a dar clases. Cuando no le alcanzó la quincena para darnos los mismos privilegios, escuelas y expectativas de los niños entre los cuales nos criamos, puso una escuela de danza y lidió con niñas traviesas y malcriadas hasta sacar algunas bailarinas profesionales. Cuando mi padre murió a la mitad del camino y perdiéndose de lo mejor, ella se volvió vende coches y hasta hizo florecer ese pequeño negocio.

Yo soy la hija mayor y mis hermanos habían nacido a tal velocidad después de mí que nunca pude sentir celos. Cuando nos dimos cuenta éramos cinco reclutas del mismo profesionalismo conyugal. Cuando conseguía colarme en una de las expediciones de mi madre por el centro de la ciudad, terminábamos el recorrido en La Violeta, una mercería oscura y diminuta por cuyas paredes se acomodaban sin espacio ni tregua toda clase de pequeños tesoros,

sus dueños vendían hilos y botones, alfileres y pasadores, listones, broches y juguetes de a peso. Me provocaba una feria de emociones entrar de su mano a ese lugar.

Mi mamá se solidarizaba con todas la causas olvidadas por el mundo, organizaba posadas para los presos. Mientras fuimos niñas, mi hermana y yo, pasábamos dos días de las largas vacaciones de invierno llenando bolsas con dos tortas, dulces, un paliacate y tres paquetes de cigarros Tigre, que serían el aguinaldo de los doscientos hombres encerrados en el edificio de la vieja penitenciaría, hoy convertido en Casa de Cultura. Luego, ella y sus compañeras de iniciativa, las iban a entregar. Una vez me llevó y me dejó encargada con alguien antes de cruzar la reja, desde ahí veía cómo le arrebataban las bolsas.

—¿Recuerda a sus abuelos?

—Muy poco. Recuerdo que mi abuelo paterno era italiano por dentro y por fuera. Se burlaba de mí, de lo pálido. Una tía que era y siempre me saludaba en italiano diciendo: *Buon giorno*, yo repetía apresurada y tímidamente “bonyornonono”. Entonces, él sacaba una moneda de cinco pesos de plata y los ponía sobre mi mano y contestaba con su voz redonda: *Buon giorno bambina*. Tenía como cuatro años pero es grande el hueco de mi memoria que ocupa ese recuerdo de mi abuelo paterno.

Mi abuelo materno se llamaba Sergio Guzmán. Era un liberal como un rayo de miel en la leche tibia de las costumbres y pudores en que crecimos. Se bañaba con nosotros, se comía un cocol de anís untado de nata, que iba entreverando con sorbos a su café, luego nos llevaba a subir árboles para rescatar los chabacanos que crecían en julio. El abuelo Sergio también nos enseñó, entre quién sabe cuántas otras cosas invaluables, a olfatear el extremo sur de un melón antes de abrirlo. Si no estaba perfumado, si con el puro olfato no sentía uno la fruta entre los dientes, aún no estaba listo para otorgarnos su secreto. *Lo mismo sucede con los amores. Hay que olerlos bien antes de probarlos.*

—¿Y sus hermanos?

—Verónica, mi hermana, tenía un gato al que le ponía un gorro y le daba su leche en mamila. Lo sacaba a pasear en el carrito de las muñecas y lo sometía al tedio de sentirse bebé. Luego, lo soltaba para que de noche se fuera a buscar parrandas tras la barda del jardín. Era una criatura doble el gato aquel y ella supo siempre tratar con sus dos lados. Para mí, entender todo aquel cambio de personalidades, era una dificultad inalcanzable.

Carlos, Daniel y Sergio, mis hermanos, jugaban, hablaban, veían y hasta tenían álbumes de futbol, admiraban a un portero al que llamaban *la Tota* Carvajal. Al principio de los partidos el más chico caminaba hasta el centro de la cancha y se hincaba a persignarse con una devoción de misionero. Quince minutos después de iniciado el partido lo expulsaban por insultos al árbitro.

Los domingos nos daban un peso que alcanzaba para diez chicles de a diez centavos, en la tienda de don Silvano, el de la esquina; para quince botellitas de azúcar perfumada; para cinco sobres de larines; para cuatro paletas heladas; para siete vueltas de ruleta en el bote del hombre que daba barquillos a cambio de números; para muchas cosas, pero nunca para guardarlo. Verónica lo regateaba mejor que todos nosotros, pero terminaba por acabársele igual que a los demás. Entonces merodeaba en torno a mi madre, que era la administradora absoluta y temerosa de las quincenas que con todo y grapa le entregaba mi papá, y empezaba un litigio de *dames y para qué es* (sic). Una mañana, antes de ir a la escuela, metida en su uniforme de cuadritos, con su corta melena humedecida y sus ojos alertas, Verónica respondió al primer *para qué* de mi madre, con la voz ronca y contundente de sus ocho años: “para sentirme segura del bolsillo”.

Cuando nuestro domingo se terminaba en un miércoles y una se acercaba a pedirle un guiño a la cartera de nuestro padre, él hurgaba en la bolsa de su pantalón y nos la daba completa. Ya lo sabíamos, la llevaba siempre vacía. Una vez, tras revisarla en busca de una fortuna que no encontré, me quedé mirándolo, y él percibió en mi expresión demorada un atisbo de incredulidad. Entonces, sin decir una palabra, fue volteándose hacia fuera, una por una, las dos bolsas laterales de su pantalón, las dos bajas de su saco, la ranura interior de un costado, y la bolsa trasera de su

pantalón. Los pedacitos de tela blanca colgaban vacíos, dándole a su figura un aspecto entre desolado y burlón: “Esto tengo, pero de todos modos, podemos bailar”, decía con una gota de luz en sus ojos oscuros que a veces aparece, torera y embaucadora, entre los párpados de mi hijo.

—¿Cómo era la relación con sus primos?

—Mis primos, los Escalera, tenían un jardín en las afueras de la ciudad. Un jardín muy grande en el que su padre cultivaba alcachofas y sembraba flores. Ahí hizo un campo de fútbol para los niños y una casita de piedra para las niñas, era como las de los cuentos, con sus escaleritas de madera, su balcón y su puerta dividida en dos, con una chimenea diminuta y ningún baño. Era para jugar pero nosotros inventábamos que también podía ser para quedarse a dormir. No vivíamos en un mundo permisivo y audaz, sin embargo, nuestras madres nos daban algunos permisos audaces, sin darse cuenta siquiera de que lo eran. Cuatro niñas pasábamos la noche en un terreno sin luz eléctrica, en las afueras de la ciudad. Un terreno que sólo vigilaba don Casiano, un peón callado y enigmático del que no conocían más que el nombre. Nunca temieron al dejarnos ahí, prácticamente solas y a la merced de quien quisiera. Dice mi madre que eran otros tiempos y se lo creo. Pero a las amigas no las dejaban quedarse con nosotros, eran noches para las hijas de las tres hermanas Guzmán, que éramos más libres y menos temerosas. Cantábamos una canción de amor como quien canta un villancico. Para jugar a la *Pájara pinta* repetíamos una copia inolvidable.

Recuerdo que había un señor que vendía nieves al cual llamábamos Satuno Posale, pero ese no era su nombre, nunca supimos cómo se llamaba. No tenía tiempo de conversar porque nuestra casa quedaba a sólo tres calles de la pulquería “El Gato Negro”. Cuando se detenía frente a la puerta, no tardábamos mucho en llegar hasta él y le comprábamos una rica nieve de limón (cómo no he vuelto a probar). Me decía mi suegra que esas nieves las preparaban con una yerba que se llama zacate limón. El carro en el que llevaba y pregonaba las nieves, esperaba el tiempo justo para después ocupar un sitio afuera de la cantina desde las cinco de la tarde y hasta que cerraban el lugar. Son viejos recuerdos que siempre han estado y estarán conmigo.

—¿Qué educación recibían respecto a la religión?

—Yo imaginaba que el alma era como un corazón de papel blanco instalado entre las costillas, que se mantenía siempre en paz; por eso era luminosa, remota y prescindible como todo lo que uno tiene y no le hace falta. En alguno de los muchos salones de catecismo por los que pasé desde la infancia hasta la tardía adolescencia, nos dijo un teólogo cuánto pesaba el alma: según la científica comprobación de notables expertos de reconocido prestigio, consultados por nuestro maestro, el alma pesa 405 gramos.

Cuando alguien me pregunta por qué no soy creyente, si en la infancia asistí a escuelas en las que nos enseñaban la doctrina de Dios, recuerdo sin equivocarme que una tarde durante alguna de las clases que teníamos (Ciencias, creo), Martha Alicia Pérez, una compañera, comentó:

—Ya entendí el misterio de la Santísima Trinidad.

—Dinos, ¿cuál es? —le pidió nuestra maestra.

—¡Cabeza, cuerpo y extremidades! —contestó Martha Alicia.

Interrumpiendo el jolgorio de nuestras burlas, la maestra se levantó de la silla frente a su mesa de trabajo, caminó en silencio hasta el centro del salón y dijo con la solemnidad de un obispo: “En todo lo que se refiere a misterios, aprendan a quedarse con la explicación del catecismo: son asuntos de fe, se creen o no. Creerlos es un don, un privilegio de elegidos”.

Nunca imaginé, en la paz de aquella tarde, que tal don podía perderse; sin embargo, cuando quiero lamentar la pérdida, recuerdo la dicha en los ojos de Martha Alicia y la invoqué pensando que todos, alguna vez, nos sentiremos dueños de ese misterio.

—¿Cómo eran sus amistades de la infancia?

—Tenía una amiga en el colegio llamada Elena. Cuando ella entró a tercero de primaria tenía nueve años y nunca antes había ido a la escuela. Tuvo durante su primera infancia una maestra para ella sola en la sala de su casa. Yo no sabía si eso era envidiable o penoso. Llevaba siempre unos moños blancos con puntos rojos en el extremo de cada trenza, y sonreía con timidez. Le

tocó sentarse en la fila de atrás. Su pupitre quedaba justo a mis espaldas. Un día me tocó el hombro y me invitó a comer a su casa, desde entonces me doy por invitada. No tengo una amiga más antigua que ella, por eso la culpo de mi vieja tendencia a fantasear imposibles.

En la casa de mi amiga Elena había un fresno cerrándose sobre medio jardín. Nos subíamos ahí como gatos en busca de parranda. Y pasábamos buena parte de la tarde montadas, hablando cosas que ya no recuerdo, hasta que oscurecía y la luz entre las hojas empezaba a bajar oscura sobre nuestras palabras. El viento de la noche todavía cobija nuestras largas conversaciones, porque así como se pierden las habilidades, con el tiempo se intensifican los aprietos que uno conjura conversando hasta que oscurece.

Su padre, Julián Dib, me regaló una caja vacía de puros cubanos que soltaban un aroma peculiar por todo el comedor a la hora del postre. Su regalo fue el principio de una larga adicción por las cajas y los baúles. Recuerdo que un tío me regaló un baúl pequeño que perdí al dejar la residencia para estudiantes en la que pasé el primer año de universidad. Aquella pérdida hizo renacer mi gusto por las cajas, como si ninguna pudiera suplir los placeres que me dio ese cofre integrado por una breve colección de cajones diminutos. Me gusta mucho olfatear la madera o el aroma a tabaco que acompaña esas cajitas.

Ya había transcurrido más de una hora desde que salimos de su casa en la colonia San Miguel Chapultepec. La plática nos había permitido conocer un poco el recorrido que se hace para ir al centro de Puebla. Cuando llegamos, Ángeles Mastretta quiso que visitáramos la casa en que vivió durante su infancia con sus abuelos. Se está viniendo a bajo poco a poco, sobre las cabezas de los actuales dueños. Nos dieron permiso de pasar para recorrerla. Dos fresnos centenarios y el mismo par de pinos que escalaban las historias de su abuelo y sus hermanos, reinaban sobre un jardín intacto por años. La escalera de hierro y granito podría caerse con

un ventarrón y todo parece suspendido en un tiempo inaudito y lejano.

Desde ahí caminamos hasta lo que fue el mercado La Victoria. Al llegar nos detuvimos en la puerta, a un costado de la iglesia de Santo Domingo. Ella cerró los ojos y me pidió hiciera lo mismo. Después me contó que aún podía percibir los ruidos mágicos y el aire misterioso que emanaban de aquel gran mercado. Cuando abrí los ojos, cruzamos la reja y encontré el antiguo mercado regido por un nuevo aire, el de un Suburbia y un Vips. “Todo el que lo haya caminado cuando la vida y los sueños de cientos de personas lo poblaban febriles un domingo cualquiera, teme cruzar la puerta que ahora se abre a un falso y escéptico silencio”, aseguró.

Un contrato con los locatarios, quienes anteriormente llenaban el espacio de gritos y vendían cazuelas, alhajas, pescado, flores, telas importadas, manta de cielo, muñecas de cartón, pan de huevo (según me platicó la propia Mastretta), hizo posible que el lugar se limpiara de ratas y horrores para recuperar su belleza, sus hermosos espacios, su kiosco de cristal. Se trataba, según el proyecto original, de convertir el lugar que ya le quedaba chico a la necesidad ciudadina de una central de abasto, en un sitio que le regalara el lujo de su espacio a las artesanías, la comida, el arte, las flores y la música de Puebla. Los dueños de ese mercado aceptaron dejarlo libre un tiempo para su remodelación, bajo el acuerdo de que podrían volver a trabajar en los sitios que les pertenecían adaptándose al nuevo uso que se le diera. Sin embargo, tal acuerdo se firmó durante un gobierno, se confundió y trastocó bajo el siguiente y vino a terminar de tergiversarse durante los primeros años del que cerró este siglo. “En Puebla, los ciudadanos comunes y corrientes, reciben los hechos consumados”, me explicó.

—¿Qué culpa tienen los que ahora están en estas tiendas?

—Ninguna —me dice, con enojo. En cualquier otro lugar de la ciudad y del país las vemos con simpatía. Yo compro ahí las mezclillas para mis hijos, y mi hermana los libros con soluciones fáciles para asuntos difíciles. Sin embargo, no nos explicamos qué vinieron a hacer en mitad de un mercado con el que nada tenían que ver. Recuerdo que una vez visité con mi familia este lugar y mi hija Catalina me preguntó:

—¿Este es el famoso mercado de La Victoria? Es como un centro comercial, pero medio vacío.

—Este era —contestó mi madre que caminaba cerca de mí.

—Lástima, me hubiera gustado verlo en tus tiempos —dijo sabiendo que eso quería escuchar.

—Bueno, pero mejor vamos a las nieves allá en los portales del centro.

Volvimos a los portales y Mastretta dejaba ver en sus ojos un dejo de nostalgia por los recuerdos de aquellos tiempos. Se quedaba prendida de cada puesto de periódicos, de la mesa en que ució un gran amor, de la fuente del Arcángel Miguel. Por fin llegamos a las nieves y nos sentamos en unos bancos giratorios. Ella pidió un agua de horchata y yo un helado de vainilla.

—¿Puedes imaginar cómo era La Victoria? —me pregunta, mientras sorbe su agua.

—Creo que sí, tengo una noción gracias a sus comentarios y lo puedo suponer.

Una mezcla de nostalgia y futuro incierto corrió por los portales mientras terminábamos con el agua y el helado. Para concluir con aquel sentimiento extraño, pregunté por las escuelas a las que asistió.

—Sabes, ahora que lo preguntas, recuerdo un par de casos muy especiales. Siempre quise llegar a quinto año de primaria para ser alumna de la señorita Irma. Ella era una mujer recia, cuyos ojos

inteligentes no eran temibles; tenía una voz contundente y vivaz, unos pechos grandes y firmes, unas piernas fuertes que no se depilaba, y que llevaba siempre subidas en un par de tacones muy altos. Era una mujer sensual. Cuando llegué a ese grado, la señorita Irma fue mi maestra por dos meses y un buen día no volvió a la escuela. Nadie nos dijo la razón de su ausencia y al poco tiempo nos pusieron otra maestra. Mucho tiempo después supe que se había ido con su novio. Yo todavía guardo su desaparición como un agravio, pero pienso que hizo bien yéndose con él a mejor lugar que quedarse en esa escuela con nosotras.

El otro caso que recuerdo era la clase de costura. Yo era la encargada de contar historias mientras tejíamos. Pero no fue por eso que siempre iba atrasada en mi labor, sino porque la lengua siempre le ha ganado a mis manos. Aun cuando estoy callada, trabajo más rápido con ella que con los dedos. Por eso encima las palabras y me como las letras al escribir en máquina. Sin embargo, he tachado más veces de las que desteji, y he debido callarme más veces de las que desbordé. Nunca aprendí a coser como es debido, pero la clase de costura tenía una paz de agua endulzada que jamás he conseguido mientras escribo.

Mientras don Lino esperaba en el auto y disfrutaba también de un helado, yo conversaba con una Mastretta sencilla, noble y confiada, a pesar de que apenas un día antes me había conocido por teléfono y ya me había invitado a pasear; sin embargo, aún quería conocer más de ella, sus pasiones, los pensamientos que guardaba desde niña.

Me pidió que esperara unos minutos en lo que realizaba algunos trámites. Me parece que era un juzgado en donde entró, sabía que eso la había llevado a Puebla. Insistió que pidiera algo más, que no tardaba o que si lo prefería fuera hasta el auto con don Lino. Pedí una paleta y caminé hasta el Neón. Le pregunté a don Lino cómo era Mastretta y hace cuánto tiempo trabajaba con ella. Él me dijo que es una persona muy detallista, preocupada por

El nacimiento de una nueva escritora

todo, que siempre se la pasa atendiendo a medio mundo para hacerlo sentir cómodo y no recordaba desde cuándo trabaja para la familia, aunque aseveró no podría ser mucho porque ellos tienen poco más de diez años en Gelatti.

MIS PRIMEROS PASOS Y MIS PRIMEROS LIBROS

Después de unos minutos Ángeles regresó y le entregó a don Lino un sobre para que lo guardara en la guantera del auto. Abordamos el vehículo y le pidió nos llevara hasta la casa de sus padres. Mientras tanto siguió recordando a sus maestras del colegio.

—Guillermina Guerra, a quien le decíamos la seño Mini, era redondita, bondadosa, morena y sonriente, con unos ojos vivos como de ardilla y una agilidad escasa pero llena de gracia. En realidad en el colegio fue contratada para enseñarnos taquimecanografía, pero ella pareció saber siempre que estaba llamada a enseñar algo más importante. Entre otras a llorar con los libros.

Tenía un desordenado grupo de quince adolescentes interesadas en todo menos en su futuro como taquimecanógrafas. Así que optó por leernos novelas de amor como incentivo de sus lecciones. La seño Mini dejaba de pasearse entre las bancas y tomaba asiento tras su escritorio y empezamos a leer despacio. Entonces lloraba sin ruido mientras iba leyendo. La oíamos contar los desencuentros de gente destinada siempre a encontrarse en el último párrafo, tras múltiples enredos y malentendidos durante los cuales aprendimos lo que nunca en ninguna otra clase, a desear los libros. Cuando terminaba la hora y la seño Mini cerraba la novela para meterla en un bolsón lleno de libretitas y manuales, yo quería robársela para encerrarme a devorarlas hasta el final. Sin embargo, nunca me atreví a pedírsela, quizá porque sabía que ella la necesitaba para iniciar a otras adolescentes en el rito por la lectura, primero, y también a llorar por los amores.

Al llegar hasta la calle señalada como 15 Sur, Mastretta pidió que don Lino disminuyera la velocidad del auto, para contarme de la casa donde ella dio sus primeros pasos. No podíamos bajar a verla, debíamos regresar a la ciudad de México antes de que empezara a atardecer. Me había pedido que después de conocer

aquel lugar, pasáramos a comer unas cemitas, platillo típico poblano para, posteriormente, regresar con sus hijos.

—Extraño como nunca mi primera casa y no puedo quitarme de encima la imagen de mi padre recargado en aquella puerta —me dijo al señalar un zaguán grande y gris, de una casa de dos pisos con una fachada blanca. Recuerdo cuando estaban todos los cuadros en el piso y mi mamá buscando un lugar en la pared del *hall* meditando la altura propicia para uno de un pastor que cuida ovejas acompañado de su perro y que había quitado de la sala. La casa de la 15 Sur cambió muchas veces en los casi 20 años que la vivimos. El sillón rojo de la sala fue también de cuadritos, verde y de terciopelo, también hubo un sillón redondo, una mecedora (que ahora mi madre tiene en la casa de Reforma, allá en México). El cuarto de mi hermana Verónica y mío, estuvo primero subiendo la escalera y a la derecha, después a la izquierda, con una ventana que daba a la calle y los volcanes. El costurero se volvió el cuarto de mis hermanos chicos junto a la sala de televisión.

Creo que lo único que mi madre no cambió varias veces de lugar fue la cama en que dormía con mi padre y el cristo que los bendecía desde la cabecera y con el que yo tenía una extraña relación. Cuando ella inventaba rezar un misterio del rosario alrededor de su cama y estábamos todos en el cuarto con la luz prendida, yo repetía los padrenuestros casi amistosamente. Cuando empezaba a oscurecer y por alguna inevitable razón yo tenía que pasar frente a él con el cuarto vacío, me tapaba los ojos y corría para que no se le fuera a ocurrir llamarme —platica con la misma euforia con que lo recuerda, con una voz temblorosa.

En las tardes la casa de la 15 Sur era roja porque le pegaba el sol de frente, y cuando llovía, desde las ventanas uno podía tocar el agua y salir al jardín tras el granizo a revolcarse en las piedritas frías. A la casa llegaban los Santos Reyes con un alboroto irrecuperable y era la mejor pista de carreras de obstáculos que cinco hermanos hayan montado jamás. Además del jardín, la casa tenía una azotea enorme y blanca en la que Lupe (la muchacha) tendía la ropa. Ahí estaba también el cuarto que ocuparon cada una de las mujeres que trabajaron en la casa, visitar lo

era como ir a otra casa; en las paredes había santos y calendarios. Cada una de las personas que estuvieron ahí vivían con su propio santo, Lucina tenía sobre su cama un niño Jesús y Margarita un San Antonio.

La casa quedaba a una cuadra de donde vivían sus abuelos paternos, a dos de la de sus primos Sánchez y a un lado de los Escalera. En esa casa les llevaron serenata todos sus enamorados, y era muy divertido verlos cantar en la calle a media noche, mientras ellas se limitaban a cumplir con el triste rito de prender y apagar la luz.

—Ahí se casó Verónica —continuó diciendo. Yo discutí con el juez que quería obligarla a tomar en serio la epístola de Melchor Ocampo. De todas esas cosas he tenido nostalgia, de los juegos de beisbol, los periquitos de Australia y la gata Casiopea. Del olor del café de las mañanas y del huelle de noche por las tardes, de la casita de muñecas abajo del colorin y de mi madre sentada en la banca de granito.

La señora Mastretta indicó a su chofer que la llevara hasta un local de comida, a dos cuadras del lugar. Cuando llegamos, le pidió fuera a comprar un par de cemitas, una para ella y otra para mí. Mientras tanto, se acomodó sobre uno de sus pies y giró un poco su cuerpo para estar de frente. Su brazo derecho descansó en el respaldo del asiento y su mano jugueteaba con su cabello suelto.

—¿Eran buenos estudiantes usted y sus hermanos?

—Ya lo creo que sí. Mi madre, asistió a un sinnúmero de memorables fiestas de fin de año y vio a sus cinco hijos recibir más o menos medallas, por su buen comportamiento y excelentes notas de aprovechamiento, durante todos los años de la primaria, la secundaria y la preparatoria. Como es lógico, se tomaban fotos de cada uno de esos momentos, así se recogían nuestras expresiones

de triunfo y su gesto de madre abnegada, además ella era considerada una de las mujeres más hermosas de Puebla. Quizá entre nuestra madre y las cámaras fotográficas existía algo que distorsionaba sus rasgos y los hacía extraños, inconformes.

Ahora que lo pienso, hubo un día en el que se invirtieron los papeles. Un sábado de julio de hace más de quince años, 1983 para ser más exactos, en el Museo de Antropología, los hijos de doña Ángeles Guzmán asistimos a una ceremonia en la cual la premiada era ella, la que terminaba el curso con algo más que buenas calificaciones era nuestra mamá y no sus hijos. Ella se sentó hasta adelante, entre los alumnos que terminaron el bachillerato con el Sistema de Enseñanza Abierta, y nosotros (orgullosos y desconcertados) nos colocamos en las filas de atrás.

De entre los doscientos estudiantes que terminaron la preparatoria con una especialidad en Recursos Humanos, mi mamá fue elegida para hablar en la ceremonia de fin de cursos. Estábamos emocionados. Yo empecé a llorar desde que pasó junto a nosotros un adolescente flaquisimo que apoyaba en su brazo el de una madre idéntica a él. No había en todo el auditorio, ni en todo Chapultepec y tal vez ni en toda la ciudad, una pareja más dignamente satisfecha que la formada por la mamá de ojos saltones y boca grande y su hijo desgarbado y sonriente. Nuestra mamá llegó más tarde, nos andaba buscando por fuera, temiendo especialmente por mi impuntualidad. Se había peinado con el pelo recogido hacia arriba y usaba un traje sastre azul marino. Una señora de 56 años, vestida y peinada como si fuera incluso mayor; sin embargo, caminaba suave como una adolescente y tenía en la cara una expresión de niña nueva, avorazada y feliz.

Un grupo formado por estudiantes subió a cantar, fueron recibidos con aplausos y el auditorio los escuchó complacido y respetuoso. El acto fue precedido por el coordinador del Sistema de Enseñanza Abierta.

—Conque no se ponga nerviosa —decía mi hermano Carlos— ocupado en frotarse las manos para entretener su propio nerviosismo.

—Lo tiene muy bien ensayado —contestaba Daniel, que la vio repararlo con la tenacidad inclemente y congénita que posee.

Desde mucho tiempo antes he admirado a mi madre, no sólo por sus ganas de estudiar cuando sus hijos ya habíamos hecho lo propio en la universidad. Para entonces vivíamos en un caos cuando estudiábamos la licenciatura. Ella decidió venirse a vivir a México y meter el orden con el pretexto de hacernos compañía. Acabó en una semana con nuestro caótico departamento de solteros. Instaló un hogar en plena avenida Reforma. Venía a cocinar y hacía que la casa fuera la más placentera y habitable en todo el rumbo, además tocaba el piano, tejía para sus nietos, hacía galletas para sus amigas y se mantenía en forma, brincando 700 veces diarias. Mi abuela decía que su hija era perfecta, tanto lo dijo que acabó abrumándonos. Nuestra madre iba al plantel dos del bachillerato. A veces pasaba ahí una tarde o el sábado en la mañana. Después se replegaba al escritorio que fue de mi papá y ahí estudiaba como la niña deberosa que siempre ha sido.

A veces en alguna de mis recurrentes crisis de adolescencia, deseé con todas mis ganas que le aparecieran los defectos, que alguien se acercara a decirme que se había equivocado en algo, pero eso era imposible, había consenso universal sobre su perfección. Era difícil crecer con ella encima, porque no sólo era perfecta, sino humilde y sutil.

Todavía conservo de aquellas rebeliones de adolescencia una absoluta incapacidad para recoger mis desórdenes y una vocación de imprudencia y desacato lista para lo que se ofrezca. Con esta vocación pasé por encima de mi madre y sus rigurosos valores de mujer poblana tradicional cuantas veces me fue posible. Las mismas veces en que nos peleábamos hasta quedar exhaustas, cada cual en un rincón, con la certidumbre de ser la vencida.

La mañana del sábado en su graduación, recordé aquellas batallas como algo útil y hasta grato. Cuando el muchacho de la voz que conducía nombró a nuestra madre y ella se levantó de su silla con una paz reciente, se paró frente al micrófono sin ningún temblor y empezó a contar sus experiencias como estudiante, sus miedos de abuela metida a cursar la juventud, su placer al desafío de encontrarse con las matemáticas y la física, su gusto por los nuevos amigos, su descubrimiento de hechos y explicaciones que la fascinaron y la conmovieron, cuando habló de

nosotros como hijos del anhelo de la vida y de sí misma como un ser independiente capaz de hacer su futuro sin pesarle a nadie, yo volví a oír a mi abuela hablar de la perfección de mi madre. Y casi le di la razón.

—No sé si es perfecta (le decía a mi abuela), porque maneja demasiado despacio y le cuenta a uno las películas que vio con ella y hace mucho que no tiene tiempo para subirle el falso a mis vestidos porque está ocupada estudiando biología, pero terca, inteligente, y excepcional sí es.

Todos sus compañeros, sus profesores y los miembros del *presidium* le aplaudieron muchísimo. Sergio le dio pena bajar corriendo a entregarle las flores. Al salir del Museo de Antropología con las flores, las cuñadas y la linda niña aplicada que era nuestra mamá, un fotógrafo nos ofreció sacarnos una foto. Y claro que sí, nos acomodamos todos alrededor de la graduada. El hombre jaló la foto y la puso en un marco de cartón.

—¿Salimos bien? —preguntó Sergio antes de pagar.

—Claro que sí, si ninguno es feo —razonó el fotógrafo entregando la foto a mi mamá.

—¡Ay, qué emoción! —dijo ella al verla— no puse la cara de siempre. Me salió bien la cara. Debe ser que me estoy realizando —agregó irónica y orgullosa.

En este recuerdo, Ángeles me permitió constatar con su tono de voz el agradecimiento que guarda para con su madre, también la hace sentir comprometida con sus hijos. En todo momento ha movido sus manos con tal fuerza que hace que su interlocutor depare en ellas, ya que no ha sido capaz de sostener la mirada directa a los ojos, prefirió volver la vista hacia fuera o bien buscando a don Lino con la comida.

Mirar con tanta atención sus gestos contagia. Cuando yo hablaba, me mostraba inquieto al imaginar sus relatos, compartía sus pensamientos y sentía sus palabras con mayor resonancia. Continuó hablando de su infancia, tomaba de nuevo su pose original, detrás del chofer.

—Recuerdo una infancia feliz a la que culpo de mi falta de temas cuando no puedo escribir. También la culpo cuando me encuentro incapaz de asumir la vida social como si en ella se me fueran las entrañas. En el mundo que ahora vivo, mi familia de entonces hubiera sido calificada de banal.

El mundo de la política era tan inaccesible y desquiciado, tan caprichoso e intocable, tan temido, que la gente se limitaba a ignorarlo. Vivíamos regidos por ensueños que volvían importantes las cosas más triviales. Se hablaba durante semanas de la fiesta para el día de la madre y durante semanas los niños aprendíamos bailes, canciones, poemas y caravanas en un sinnúmero de ensayos.

Más de veinte días se empleaban en hablar del agujero del techo de la sala; del rasguño como de gato colérico que Daniel le dejó a una de las muchachas en la mejilla derecha; de la cicatriz que Verónica seguía teniendo en la pierna izquierda; del modo más eficaz para quitarle los berrinches a Carlos; de la tarde de navidad en que Sergio incendió el árbol con todo y esferas; de la cosecha de jitomates y gladiolos que el abuelo tenía en Matamoros; de cuál panadería hacía los mejores cocolos de anís; del último viaje que emprendió un tío; de para quién sería el escritorio de cortina del bisabuelo; de las paperas que le dieron a mi primo Lalo; de las pesadillas de Daniel; los quince años de Martha y el chile con huevo y epazote que había guisado la abuelita.

Durante años las conversaciones familiares han vuelto sobre los mismos temas con el mismo fervor, la misma desazón, iguales entusiasmos, idénticas discordias, innumerables y ardientes carcajadas, fieles congojas, nuevas complicidades. Cada loco con su tema, cada cual su pasión y sus consuelos, cada cabeza un barco a la deriva. Yo sigo siendo la misma persona con miles de dudas.

Cuando pasábamos frente a la escuela “María Luisa Pacheco”,
un pequeño colegio para niñas, me dijo que recordaba a una

maestra que fue directora de ahí. Yo la escuchaba mientras saboreaba una de las cemitas traídas por don Lino.

—La maestra Pilar Luengas, era la directora de la primaria y secundaria en el que los padres prefirieron educar a sus hijas bajo la extraña y feroz soltería de una profesora laica, en vez de entregarlas a la colección de vírgenes ignorantes que eran las monjas poblanas de aquellos días.

Célebre por su rigidez y por la virulencia de sus disgustos, la señorita Luengas asustó buena parte de nuestra infancia con su presencia reservada y arisca, con la blanca pulcritud de sus uñas cortas con la dulzura de sus ojos azules echando llamas como si fueran rojos. Las maestras de toda la escuela le tenían tanto miedo a su directora como podíamos tenerle las trémulas niñas engarzadas en un sencillo uniforme de algodón con cuadritos.

Yo imaginaba que estaba describiendo a la señorita Tronchatoro de la película *Matilda*, que recién había visto en compañía de mi sobrino Sergio. Pero Mastretta continuaba:

—Las maestras eran nuestras cómplices y nos avisaban del día y la hora en que la drástica señorita Luengas revisaría mochilas y pupitres para decomisar las muñecas, las cintas con que tejíamos llaveros, los chicles envueltos en papel metálico con dibujitos de colores, los larines o cualquier otra cosa.

Nada podía ser más atractivo que poseer un objeto inocente, convertido por la magia de la prohibición en la cháchara más ambiciosa del mundo. Quienes vendían o poseían uno de estos inocentísimos entretenimientos, eran tratados como agentes del consumismo internacional o como liberales del siglo XIX, que para la cabeza de la señorita Luengas eran sinónimos de un mismo peligro: “la pérdida del tiempo que sólo conduce al equivoco”.

Verla venir y sentir en el estómago un puñal atravesado era una misma cosa. Extender frente a ella un trabajo de costura sobre el que podría hincar sus tijeras para desbaratarlo por mal hecho, enfrentar su presencia durante la lección de otra maestra a la que ella era capaz de ridiculizar y amonestar frente a nosotras como si fuera la más fodonga de las alumnas, mirarla recorrer las páginas de un cuaderno en busca de una mancha de tinta, una letra chueca o cualquier otro desorden, podía paralizarme hasta el funcionamiento de los intestinos.

Pero lo peor de todo era saberla en campaña contra las baratijas que conducían al ocio. La ociosidad como madre de todos los vicios y pervertidora de cualquier alma que estuviera en el mundo para lo que había que estar, servir a Dios y regir su destino por los implacables rigores del deber, era su peor enemiga. Yo no lo sabía entonces, pero había sido en el cumplimiento del deber que la señorita Pilar perdió al amor de su vida. Porque obedecer a la autoridad fue el primero de los deberes que aprendió y obedeciéndola había tenido que renunciar a los brazos y las palabras de su primo hermano. Después también estuvo conmigo en la secundaria.

Cuando Ángeles Mastretta se había convertido en la adolescente de secundaria, tenía por todo guardarropa tres minifaldas comunes y corrientes. Ya le había perdido parte del miedo que le mostraba en la infancia a la señorita Pilar Luengas y no hacía caso de sus mensajes. Inclusive ésta la llamaba para conversar, sentadas cómodamente en torno a su escritorio.

La directora del colegio había envejecido, y aquella niña había crecido lo suficiente como para intuir que no era mala sino infeliz. Así pudo sostener bajo sus ojos la primera conversación de sus vidas sin que fuera invadida por el temblor que le provocaba su presencia. Aquella Mastretta adolescente, aprendió a desconfiar de quienes poseen un “don de mando”, no obstante, también aprendió que hay quienes necesitan vivir bajo él para sentirse tranquilos y cobijados.

Don Lino conducía suavemente camino a la ciudad de México tras la indicación de la señora. Ángeles se veía serena a la voz de las preguntas. Era como un juego nuestra plática, yo me sentía protegido en sus palabras, me abrigaba con cada una de ellas, jamás habría pensado que una distinción de esa magnitud me hubiera sucedido y, sin embargo, ahí estaba. Me acomodaba de mil y una formas en aquel asiento lo mismo que hacía ella, por un momento el chofer le subió al volumen del radio y dejó salir sin mayor protesta la canción que entonaba Guadalupe Pineda, que poco a poco iba coreando mi entrevistada.

Salíamos de Puebla después de un placentero viaje, del mismo modo en que lo hiciera Mastretta hace poco más de treinta años, después de concluir sus estudios en una de las preparatorias poblanas. Sabía que la Universidad Nacional Autónoma de México la recibiría como a cualquier aspirante, así que decidió venir a México para realizar su examen de admisión y poder continuar con una preparación profesional. No obstante, tropezó con algunas otras profesiones en la Universidad Iberoamericana antes de descubrir la escritura y el periodismo que le ofrecería la UNAM.

¿POR QUÉ LA UNAM Y PRECISAMENTE COMUNICACIÓN?

—Llegué a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales a principios de 1971. Tres meses antes, la UNAM era para mí una entelequia remota a la que asistían algunas de las compañeras con las que mis hermanas y yo compartíamos la casa de estudiantes que albergaba nuestra joven y despiadada curiosidad. Estábamos inscritas en la Iberoamericana, al igual que nuestros hermanos y primos. Acudir a la Ibero desde Puebla era ya suficiente audacia. Llegué a la UNAM dos años después de haber terminado la preparatoria y tras abandonar una tras otra, sin tregua ni recato, varias carreras hacia ninguna parte. Había pasado por el inicio de profesiones como la Sociología, el Cuidado familiar, la Filosofía y la Contaduría. En ninguna de aquellas tendría futuro.

Una mañana llegué a la UNAM, tras obtener el ingreso en un examen. El salón número uno recibía los grupos de primer semestre. Los adolescentes que conocí aquella mañana tenían en común la edad y la incierta voluntad de trabajar en los medios de comunicación, que estaban aún más de moda que ahora. Quien estudiaba la carrera de Comunicación tendría que trabajar con algo más que una sonrisa y un micrófono. Yo era una mensa a quien sólo salvaba su curiosidad, pero tenía compañeros que sobrevivieron a la Plaza de las Tres Culturas el dos de octubre del 68 y compañeras que habían perdido la virginidad a los catorce.

Mastretta se encontraba estudiando en una preparatoria de monjas cuando sucedieron los hechos en octubre del 68. No tenía la menor idea de lo que estaba pasando, lo supo únicamente por lo publicado en *Excelsior*. Ingresó a la UNAM tres años después, en marzo de 1971, y sintió que ésta estaba en busca de cambios en el país y de miles de otras cosas y, sobretodo, con más efervescencia en Ciencias Políticas. La preocupación por lo que era y tenía que ser nuestro país estaba en la universidad gracias al movimiento del 68.

Del primer día recuerdo más que nada a mis compañeros; de los demás, de cada día durante los siguientes años fui obteniendo riquezas que no podré retribuirle jamás a la generosa y nunca bien pagada universidad. No sé los demás, pero yo aprendí en meses cosas que me cambiaron la vida para siempre. No sólo los aspectos que era deber de la institución enseñarme (cómo escribir, cómo entender lo que otros escriben) sino las que por azar o por destino me cayeron cerca.

Un compañero al que le decíamos “Gari”, tenía un volkswagen y cuando se iba me daba un aventón por todo Insurgentes hacia el centro.

Froylán López Narváez era el maestro de Teoría de la Comunicación I, le teníamos terror a su lengua desatada. David, un compañero de clase, decía de Froylán: “bigote adelante, los ojos diminutos, la nariz grande y perspicaz, tiene que ser un ogro”. Sin embargo, sigue siendo un querido maestro.

Gustavo Sainz nos daba la clase de Redacción Periodística IV. Un día llegó al salón y preguntó por mí, en ese momento me puse a temblar, pidió hablar conmigo al terminar la clase.

—Estás equivocando la carrera —me dijo Sainz.

—¡Otra vez! —pensé yo—, primero muerta que abandonar otra carrera.

—Este reportaje lo inventaste. Y está bien inventado —me dijo riendo.

Llevaba tres semestres de inventar con éxito las notas informativas, las entrevistas y los reportajes. No tenían por qué saber que los grandes mentirosos son malos periodistas, pero pueden derivar en escritores y, sin lugar a dudas, Gustavo Sainz lo sabía.

Me surgió la necesidad de comprar *La guerra y la paz*, de Tolstoi, porque hablábamos con gran pasión de él en la clase de *Periodismo y Literatura*, una materia de los últimos semestres...

—Para entonces usted ya escribía en los medios de comunicación.

—Tenía una pequeña columna en el periódico *Ovaciones*. Ahí escribía todo lo que la vida me iba poniendo enfrente. Recuerdo que una vez resumi en un artículo la información que obtuve del mimeógrafo del Comité de Huelga en una tarde. Al día siguiente me llamó el director del periódico y exigió que le dijera mis fuentes. Yo me hice la interesante. Me negué. Él me respondió que el mismísimo secretario de Trabajo le aseguraba que mi nombre era un invento del periódico para golpearlo con información secreta sólo conocida en una oficina de Los Pinos. Yo solamente me reí y hasta la fecha me sigo riendo.

—¿A quiénes recuerda entre sus amigos de la licenciatura?

—Recuerdo a Concha Ortega quien estuvo conmigo en una clase del último semestre. Se trataba de aprender a formar un periódico. No podríamos ser más distintas ni habernos encontrado sino en la facultad que dio para todo (es de esperar que siga dando gente empeñada en pensar la verdad como una mezcla de verdades, el acuerdo como una consecuencia del respeto, la tolerancia como una virtud, la duda como la más ardua y sensata de las virtudes). Hemos de desear que la vida guarde a tan generosa universidad, porque ahí se cumplen los sueños que nunca soñamos y se siembran los que aún no cumplimos.

Indudablemente existe gente a la que le cuesta menos trabajo decidir su destino, a Mastretta le había costado mucho. Cuando somos jóvenes cientos de agujas nos lastiman con indecisiones, es una cosa terrible pero inevitable el tener que decidir qué queremos ser, el destino va siendo generoso y nos va marcando por dónde ir, pero en ese momento nadie sabe quién es ni de dónde viene.

—En esa época en donde uno no sabe a dónde va, se está muy afligido, por ejemplo, a mí no me gustaría volver a ser esa joven porque se sufre. El tiempo en el que la gente decide qué va a hacer de su vida es un tiempo doloroso y placentero. Lo que quiero decir es que uno está siempre

preocupado de saber con quién va a compartir la vida, de quién se enamora, quién se enamora de uno, tal vez debes estar aprendiendo de los demás y al mismo tiempo estar conociendo tu medio.

Tardé en llegar a la Facultad de Ciencias Políticas y, entré a estudiar Periodismo con la emoción generalizada frente a los medios masivos y la idea de trabajar en televisión o radio. Es muy probable que ya hubiera tenido esa inclinación. Fue trabajando en la universidad que aprendí, por ejemplo, que era más diestra con el lenguaje escrito y que me gustaba mucho más escribir. Lo aprendí de tal modo que empecé a hacer ficción casi sin saberlo, inventando lo que todo mundo reportaba: entrevistas, reportajes, notas. Un día Gustavo Sainz me descubrió y me dijo:

—Tú eres una escritora, a ti lo que te gusta es hacer ficción, por qué elegiste hacer periodismo.

—Mira, yo no tengo ahora más posibilidad que terminar esta carrera.

Ya estaba en tercero de licenciatura y no me arrepiento en lo más mínimo de haber estudiado Periodismo en la UNAM. Aprendí muchísimo de lo esencial, por ejemplo: en qué país vivimos, de quién es la gente que hace este país y cómo. No lo aprendí en ninguna otra parte sino en la UNAM, y creo que le debo mucho a nuestra Máxima Casa de Estudios.

Considero que hay un aprendizaje con el simple estar en una universidad de ese tamaño —dice abriendo los brazos hasta donde la portezuela y yo le damos oportunidad—, en ella se agrupa a gente tan disímil, que te cuenta la historia de seres humanos diferentes (ya eso es un aprendizaje), además, te enseñan otras cosas mucho muy importantes. Una preparación clave para la vida es saber que el mundo no es nada más de uno, que no existe sólo la felicidad o la clase media. Saber que el mundo podía estar lleno de prodigios, eso es mucho más complicado, más sofisticado, más arduo y al mismo tiempo mucho más generoso, eso lo aprendí en la UNAM y no tengo cómo pagárselo.

Descubrir a Mastretta en esas facetas, me dejaba conocer a la inquieta joven que aún guarda. No tardé en preguntar, entonces,

cuáles habían sido las causas por las que había estudiado Periodismo.

—¿Su padre le heredó el gusto por el periodismo?

— Creo que sí, él me heredó esa profesión para hacer literatura, para escribir, pero también debo trabajar mucho, debo ponerme a hacerlo en serio, dedicarme con toda el alma a realizar cada una de las cosas que tengo pensado. Hay mucho de disciplina en este arte, como en todos, y también debe haber una dosis de talento y, esa, es muy probable que me venga de mi padre. Tengo ese agradecimiento con mi papá y también el gusto por las palabras, mi vocación por cómo se juega con ellas, mi placer al contar cosas.

Fijate, yo tenía una complicidad *sui generis* con mi papá (por lo menos así lo creo), muchas veces, 25 años después de que murió, puedo llegar a tener la sensación de que en ese momento acaba de desaparecer, de que tengo una pérdida como un agujero irreparable en su ausencia. Al mismo tiempo, siento que me acompaña y que es mi amigo, como si estuviera vivo en otras cosas, por ejemplo, cuando escribo, mi papá tenía pasión por escribir. Nunca ganó un centavo escribiendo, nunca nadie le preguntó por qué o para qué escribía, qué le gustaba de hacer eso, nunca nadie tomó en serio lo que él hacía, ni él mismo.

Lo hacía de la misma manera como otros señores gustan de jugar al golf o al dominó. A él le gustaba escribir, y aceptaba que a cambio de eso le pagaran casi nada, que su trabajo no fuerapreciado en la ciudad en la que él vivía o que fuera apreciado como una gracia menor, pero no como un quehacer importante y primordial para la sociedad en la que vivía. Por supuesto mi papá no se podía ganar la vida escribiendo.

Quiero decir que a mi me costó mucho separarme de la culpa que durante tiempo significó el hecho de haber podido tener una profesión y ganarme la vida con algo que a mi papá le hubiera fascinado hacer. La posibilidad de vivir, de escribir, era una cosa que él no pudo soñar, ni siquiera se le ocurrió que fuera posible, entonces yo decía: “que dichosa soy (y lo he dicho

muchas veces), puedo ganarme la vida escribiendo, es lo que me gusta hacer, no tengo que hacer esto como *hobbie* ni como vacación, lo puedo hacer como una ocupación que me alegra mucho y que al mismo tiempo me da para vivir”.

Creo que la pasión por las palabras y por la familia me vienen de mi padre. Viví en una familia para la que conversar era un arte. Le dedicaba mucho tiempo y creo que la literatura, la destreza para contar las cosas, el gusto por recuperar las historias que nos va regalando la vida, eso es algo que se aprende también del medio. Si uno vive en lugares donde la gente no se cuenta las cosas, de dónde va a sacar fuerzas y ánimos para hacer historias.

Yo viví en una familia llena de historias, en la que uno se podía sentar a contar la historia de la tía fulana, o donde se decía: “vamos a contar la historia...”, era como algo natural, uno podía quedarse horas conversando de lo que pasaba en el mundo en que crecíamos o de lo ocurrido antes de que nacióramos. Había un gusto en eso.

Si mi padre no hubiera decidido primero tratar de cambiar el mundo y después mantener una familia como si fuera rica, con el sueldo de un empleado medio, entonces hubiera sido escritor. Escribía en los periódicos poblanos sin cobrar un centavo. A mí me gustaba sentarme en el suelo, junto a él, a mirar la rapidez con que sus dedos índices golpeaban una vieja Olivetti verde. Escribir era un placer, era como un juego, un modo de perderse inventando parodias y permitiéndose chistes que jamás se le hubieran consentido en una reunión social. A veces escribía cosas destinadas a no publicarse: diarios, recuerdos, fantasías. Algunos de esos textos se salvaron del naufragio que pasó por su escritorio tras su muerte. Eso y la Olivetti verde fueron mi herencia. Quizá por eso elegí ser escritora.

—Sin embargo, ¿habrá pensado en otras profesiones?

—Siempre se me antojaron muchas otras profesiones. Hubiera querido ser Ninón Sevilla o Toña la Negra; me gustaba la política tanto como a Silvia Hernández; la cocina como a mi tía Tere; el periodismo como a Carmen Lira; la escritura como hablar por teléfono. Quería tener una sola

pasión que condicionara todo lo demás, porque es cansado vivir litigando con la parte de mí que se quería dedicar a cualquier otra cosa.

Yo quería ser cantante, tanto lo quise que ponía los discos de Renata Tebaldi y la seguía apasionadamente en la "*bella notte cuante stelle*", así me convertí en la ronquita destemplada que sigo siendo. De la nostalgia y la envidia que me produce Toña la Negra y Amparo Montes no me voy a curar. Ser cantante, no se me ocurre que pueda ser algo mejor, por eso cuando voy por el periférico con los vidrios del coche cerrados, prendida del volante como de un micrófono estereofónico, voy siempre canturreando: *Sabor a mí* —dice entonando la melodía—, mientras evoco rencorosa, la suave voz de Margie Bermejo, ella canta eso con tanta vida que lo hace extravagante y bello. Todo el disco es una perfecta muestra de lo bien que se pueden hacer las cosas en nuestro país. Da placer oírlo y uno se lo lleva pegado; por eso voy por el periférico tarareando y sin importarme que alguien me escuche; tal vez me podrían decir que lo hago a todo volumen, con todo sentimiento o con toda la disparada entonación que ya dije poseer —me dice casi riendo.

Ángeles Mastretta se mostraba armoniosa, tímida y drástica a la vez, haciéndola ver una mujer excepcional. Sus ojos suaves aún eran los de una niña de facciones finas con un pocito de luz en cada mejilla. Introversa pero sonriente, indecisa y firme. En este mundo abrió los ojos la mujer que hoy invoca libertades. Sin embargo, creció sin memoria de más tropiezos que los provocados a su timidez por los desórdenes de una escuela mixta y laica, con algunas raspaduras en las rodillas contra las que caía sin remedio en las tardes que patinaba frente a la casa de su infancia y, una avidez de justicia que aún le provoca exabruptos. Como a todos, la juventud la sorprendió inerme, dentro de un cuerpo de diosa y un corazón avergonzado de habitarlo. Temía a las voces que iban

hablando de su belleza y si hubiera podido esconderse a mal decirlo lo habría hecho.

Por sus palabras, pude imaginarla con las piernas largas y la cintura quebradiza, unos brazos de niña acróbata y una cara como las de los ángeles, dibujada con deleite por el Dios de su madre y el azar en que creía su padre. Dice que la educaron para encontrar en otros el orden de su propia vida, para casarse y resolver sin más el sustento y el destino que cada cual ha de buscar según sus luces. Su padre la enseñó que debía buscar la vida y hacerla parte de ella y por sí misma.

Mastretta recuerda que al inicio de sus estudios tuvo que vivir en un internado para mujeres estudiantes, ubicado en la calle de Jalapa; después se cambió a un departamento que compartía con todos sus primos y ahí estuvieron como 6 ó 7 años. Su madre vino a vivir a México y tuvieron que volver a mudarse, en esta ocasión fue a un departamento “chiquitito” de Reforma porque “tenía la cocina del tamaño de un closet”. Con todos esos cambios, tuvo que empezar a trabajar para poder pagarse la carrera y dar para los gastos que ese cambio de vida le exigía.

—¿Cómo me pagué la carrera? Para empezar, la carrera era baratísima, sobretodo comparada con que mis hermanos iban a la Ibero y pagaban 400 pesos mensuales y yo pagaba 200 anuales, ya eso hacía las cosas más fáciles. Yo entraba en el gasto general y al muy poco tiempo encontré un trabajo. Estaba trabajando y al mismo tiempo hacia la carrera. Trabajé con Gustavo Sainz primero en la *Revista Siete*, era jefa de Redacción, rápidamente tuve todo tipo de trabajos. También entré a *Ovaciones*, aún sin haber acabado la carrera, entré a *Excélsior*, laboré haciendo artículos editoriales en *Las Últimas Noticias* y ahí estuve dos años, estuve un tiempo en Villahermosa donde también me pagaron y pude hacer mi Servicio Social. En julio de 1976 cuando salimos de *Excélsior* con Scherer entré a *Ovaciones* a escribir todos los días y de eso pude vivir durante un buen tiempo.

—¿En algún momento fue importante obtener un título profesional?

—No, evidentemente el título de periodista no lo da un papel. Yo nunca hice la tesis y lo confieso con más tristeza que vergüenza. De hecho, debería tener un título porque terminé bien la carrera, con muy buenas calificaciones. Nunca tuve que hacer la tesis porque siempre tuve mucho trabajo. Nadie me la pidió nunca, nadie me dijo: “para que puedas entrar en este periódico...”, “para publicar esta novela...”, “para dirigir Difusión Cultural...”, nadie me lo pidió y a nadie le importaba, sólo les interesaba lo que yo sabía, lo que la universidad me había enseñado. En ese instante ni siquiera se me ocurrió que se le tenía que dedicar tiempo a la titulación.

—Considerando su amplia trayectoria, ¿no ha pensado en regresar a titularse?

—El hecho de tener un título tampoco es la gran ciencia, es cosa de hacerlo, de dedicarle tiempo. A mí me parece que está bien, sobre todo como retribución a la universidad, específicamente a sus estadísticas, a su derecho a decir: “a tanta gente le doy carrera (que ya de por sí te la paga, eso es lo que en verdad hace), recíbete para que mis estadísticas mejoren”, es la forma de corresponder.

En el caso de los médicos, abogados o contadores el ponerte a practicar antes de obtenerlo es imposible; no sé si pase con la prensa, pero hace 20 años eso se podía y nunca me lo pidieron.

Sin embargo, creo que es algo importante, tan así que ahora mi mamá, esa mujer que había acompañado a sus hijos por los desfalcos de cinco preparatorias y cinco universidades, estudió la preparatoria, más ávida y febril que ninguno de sus adolescentes compañeros. Y como si tuviera diecisiete años, con mucho menos tedio y temor del que enfrentaron sus hijos en las clases de física, estudió los tres años de educación abierta que necesitaba para entrar a la universidad. Después, fresca y ágil, pasó cinco acudiendo a estudiar Antropología en la Universidad Autónoma de Puebla, hasta que en abril de 1995, una mañana de nuestras iluminadas primaveras, acudió con el delirio a cuestras, a presentar su examen profesional.

Nos había dicho que no quería invitarnos, no quería vernos porque estaría nerviosa, equivocándose, y prefería que todo ocurriera en la paz cotidiana de un pequeño salón medio deshabitado. Obviamente nos negamos a obedecer su recato y el edificio colonial que alberga las pintas y las luces de los estudiantes y maestros de antropología, vio subir la mañana de un viernes, por su eterna escalera de piedra, a los hijos, los sobrinos, los nietos, los hermanos, la entera y ruidosa familia de la dama discreta que conocían sus compañeros y maestros. Tuvimos que cambiarnos de salón y avisar a los niños que no se trataba de jugar adivinanzas con la abuelita. Después de mucho ir y venir bajo la paciente mirada de los cuatro jóvenes y serios sinodales, estuvimos en alerta, dispuestos a rasguñar si alguno molestaba la minuciosa voz de nuestra madre.

Su tesis recoge las vidas, las frustraciones y los sueños de cuatro mujeres que vistas una por una, son tan excepcionales como frecuentes. Los ojos de la estudiante acudieron a cada uno de los recovecos y fantasmas, a muchas de sus penas y sinrazones, a cada uno de sus amores y al mucho desamor con que han cargado, regidas por la misma fatalidad con que cargan su corazón y sus cabezas, su vientre embarazado y su pobreza. Por años fue a buscarlas para oírlas hablar, más compadecida que científica, más amiga que observadora, más cómplice que juez. Después, sencilla y contundente, las contó una por una sin confundirlas, cercana como la miel a sus heridas. ¿Objetos de estudio? No lo quiso decir, hubiera parecido poco científico, pero jamás se acercó a verlas de ese modo. Prendida de los ojos de sus nietos, de alumna viró a maestra esa mañana y fue contando cómo por vez primera, la vida en las colonias que albergan y atestiguan el mundo de quienes sólo tienen como pared y cobertizo unos cartones. Y mientras iba hablando de otras vidas, hablaba de la suya sin hablarlo.

El título de su tesis: “Yo lo que quiero es saber”, lo tomó de los labios de una mujer que lamentaba no haber ido a la escuela más allá de segundo de primaria. Al escucharlo recordé que apenas un año antes, había aprendido a escribir en una computadora con la que yo jamás había podido, porque tenía las letras verdes y el cursor palpitante.

Las dos hijas lloramos, una con más recato que la otra, los tres hijos temblaron, bajo su gesto firme de hombres eternos, y el yerno (Héctor Aguilar Camín) al que citaban en su bibliografía, quiso guardarla siempre en su memoria y emborracharse a fondo para poder decirle cuánto de todo aquello le admiraba. No imagino lo que será para sus nietos recordar el orgullo de sus gritos cuando los profesores dijeron “aprobada” y una porra futbolera cruzó el aire del sucio y solemne recinto que los albergaba. La abuelita se volvió licenciada, estaba radiante como nunca antes la había visto ninguno. Hicimos comida y hubo mariachis, amigos de la infancia, testigos de la larga juventud. Esa tarde de sol y pájaros envidié a mi madre por lo que estaba conquistando.

Habíamos llegado a su casa, ya no me invitó a pasar porque me había advertido que estaba retrasada; sin embargo, subrayó que este viaje resultó muy placentero y que ya habría otra oportunidad para continuar con nuestra plática. Bajamos del auto y nos despedimos ante la confirmación de una nueva cita que tendría lugar en unos cuantos días.

Don Lino hizo sonar la bocina del auto para anunciar la llegada y poder entrar, las puertas blancas se abrían de par en par permitiéndole el paso y dejando ver un jardín hermoso tapizado de plantas y un frondoso árbol. Ángeles Mastretta me dio un beso en la mejilla y frotó mi mano para después perderse en el interior de su casa. Me encogí de hombros, tomé mis cosas y me guardé las preguntas que no había tenido oportunidad de formular en aquella ocasión, sin embargo, sabía que bastaba con una nueva llamada para estar ahí, junto a Mastretta, la periodista. Empecé la retirada sin creer lo que había sucedido ese día. Todo eso estaba fuera de lo que alguna vez pensé sobre mi trabajo de titulación.



Escenario II

El enfrentarse al papel y la pluma

*Responde a esta pregunta:
¿Qué es lo inevitable para todos nosotros?,
con una breve sentencia debemos decir:
La felicidad.*

Ángeles Mastretta

Cuando llegué a este segundo encuentro, tuve oportunidad de admirar la belleza que guarda su casa. La fachada blanca abría paso a un interior hermoso. Enormes portones y grandes ventanales de arquitectura poblana, con acabado de madera, daban mayor brillo a las paredes de por sí brillantes. Estaba parado frente a la puerta sintiéndome afortunado, con un nuevo reto por delante. La ocasión anterior me había dejado ver a la niña, a la adolescente que guarda en sus recuerdos, a la colegiala y pueblerina que llegaba a estudiar una carrera profesional. Ahora, quería descubrir el resultado de esa preparación, su labor periodística, los inicios y las muchas trabas u obstáculos que tuvo que vencer.

—Buenos días, tengo una cita con la señora Mastretta —decía por el interfón.

—Permítame un segundo, enseguida le atienden —contestó una voz femenina del otro lado.

—Gracias —decía mientras preparaba la maleta con mi instrumento de trabajo.

Salió a abrirme Pepe, me invitó a pasar y me llevó hasta la sala. Al entrar apreció el enorme espacio que existía en aquella casa: un estacionamiento para tres vehículos, el muro que colinda con la casa vecina tupido de ramas verdes, era como una especie de enredaderas. Del otro lado, unas enormes puertas de cristal con marcos de madera que dejaban traslucir el color del cielo, una estancia en los primeros escalones, la sombra de un árbol buscaba colarse a la sala luchando contra el aire de aquella tarde. Todo ese cuadro resulta difícil de describir.

A pesar de eso, Pepe me dejó instalado en la sala y fue en busca de un vaso con agua que me había ofrecido. Durante algunos minutos observé los detalles de esa habitación: una cantina vertical completamente surtida, una chimenea acompañaba el

lugar, una máquina de coser arrumbada en una de las esquinas y cajas de todos los tamaños y colores ocupaban un lugar en la mesa de centro. En otro extremo de la sala había un baúl que reflejaba la navidad de la familia Mastretta Guzmán. Más allá, una puerta conducía al estudio del señor de la casa —como gusta decirle Ángeles a Héctor Aguilar—, y un baño con los detalles más mínimos que pudiéramos imaginar: estatuillas de mármol, cajitas decorativas, un espejo enorme, una belleza difícil de explicar a quien no ha tenido contacto con ese lugar.

Con un vestido azul marino de dos piezas, falda pequeña y saco de corte italiano, se presentó Ángeles a nuestra reunión. Me saludó de forma amable dándome un beso en la mejilla y tomó asiento a mi lado, cruzó las piernas firmemente, una pañoleta cubría parte de su pecho. Poca joyería la acompañaba en esta ocasión: lucía un collar diminuto, dos pares de anillos conversaban entre sí, su reloj lidiaba con el saco para no ser cubierto.

—Pues bien, otra vez estoy contigo —me decía regalándome una sonrisa de sus labios tenues, ligeramente maquillados, lo mismo que su rostro, lo único que había acentuado era su mirada.

—Gracias a usted nuevamente —decía mientras extendía el obsequio que le había llevado.

—No era necesario que... —se quejaba mientras lo habría-, ¡pero qué es esto! —decía cambiando el seño.

—Ésta será una de mis joyas más queridas, está hermosa esta cajita la pondré allá arriba en mi cuarto.

Entonces pensaba al mirar a la mujer que tenía enfrente “yo también tendría que vencer una barrera”. Así que después de lo necesario continué con la entrevista.

LAS BARRERAS QUE HUBO QUE VENCER

Recordemos que Ángeles Mastretta estudió la carrera de Ciencias de la Comunicación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, queriendo dedicarse a la televisión, a la que consideraba como “glamorosa y bien pagada, histérica y enervante”, como uno piensa que deben ser los trabajos cuando tiene veinte años. Eligió el periodismo que paga menos y que también es menos subyugante. Trabajó 10 años comentando noticias, desde que su profesor Froylán López Narváez la invitó, por medio de otro amigo, a entrar a Canal 11. Terminaba de acomodarse a mi lado y tomaba un poco de agua, así que continué con la entrevista.

—¿Estaba convencida de ser periodista o la escritora que Gustavo Sainz había descubierto?

—No sé en qué momento decidí ser escritora, quizá la misma tarde en que Gustavo Sainz, maestro de reportaje, nos pidió que buscáramos un accidente automovilístico y lo escribiéramos para el día siguiente. Mis compañeros recorrieron la ciudad en busca de un Volkswagen con la cajuela averiada por el Ford que tripulaba una mujer pensativa. Yo me encerré en un cuarto y conté el desbarrancamiento de tres camiones en mitad de una carretera sobre la que llovía implacablemente. Al descomponerse los frenos de uno se había ido sobre otro que, a su vez, empujó a un tercero al fondo de un precipicio. Accidente en el que murieron dos choferes, 30 pasajeros y 10 pacíficas cabras que mordían yerba en las laderas de la barranca.

Mi reportaje daba cuenta exacta de las condiciones físicas y morales en que habían quedado los sobrevivientes, intercalaba las entrevistas con los deudos de los muertos, los representantes de las compañías aseguradoras, los dueños de los consorcios camioneros y el único chofer sobreviviente. En un descuido y hasta las cabras hubieran declarado —bromea a la

vez que se ríe ligeramente. Mi trabajo fue puesto de ejemplo a mis condiscipulos y se ganó la mejor calificación. Pero la verdad, jamás había salido de mi casa ni supe de ningún accidente parecido. Tras mi éxito dediqué el semestre a inventar las entrevistas más completas con los políticos más inaccesibles y las vedettes más codiciadas.

—Entonces, cuando tiene que escribir, ¿en qué piensa, qué despierta en usted la escritura?

—Cuando estoy frente a la máquina de escribir, no me atormento, escribo solamente, con una fluidez recreada, igual a la de cuando corro por la playa. Escribo sin hablar de mí, sin que mi estómago o mis vigiliias interrumpen la sensatez de mis juicios o me impidan la concentración cabal en los asuntos nacionales. Escribo sin temor a las críticas de Monsiváis, escribo segura de que eso servirá de algo. Escribo con la fertilidad de Miguel Ángel Granados, con la precisión de Carlos Pereyra, con la tenacidad y el rigor de Fátima Fernández o Soledad Loaeza. Escribo como *Snoopy* o como Buendía con la certidumbre de que no hay mejor quehacer en esta vida ni causa más noble que la que yo defiendo. Soy otra, con las piernas cortas pero ideas regidas por una lógica hermosa.

Ángeles Mastretta asegura que ahora existe gran libertad de prensa, que los países van conquistando espacios para su gente y sus medios, que la gente piensa que todo es nuevo como si no hubiera un trabajo detrás de eso. Los medios lo han logrado después de mucho tiempo, un tiempo que no se valora, que creemos que hubiera surgido en una generación de manera espontánea, sin embargo, ella constata que hubo mucho trabajo atrás. Lo anterior, a raíz de los trabajos de Julio Scherer, “él hizo mucho trabajo; todo lo del movimiento de *Excelsior*, lo de la creación de *Proceso*, fue un modo de cambiar las cosas”. Además, “los medios de comunicación en el Distrito Federal, gozan de unas libertades bárbaras”, aseguró Mastretta.

—¿Qué responsabilidades tiene un periodista que escribe géneros de opinión?

—Creo que la honradez es un deber central, sobre lo que uno tiene que escribir, lo que piense y siente. Antes lo difícil era criticar a la autoridad y uno era muy valiente si lo hacía. Sigue estando vigente en los medios que el valor está en ser crítico con la autoridad, creo que quien se arriesga debe decir: “ahorita estoy de acuerdo con ellos” porque se desprestigió de tal modo la posibilidad de estar de acuerdo con quien estuviera en el poder, que quizás ahora el reto es vivir con la honradez necesaria para decir: “en esto estoy de acuerdo, esto me parece que está bien”, y no para decir lo que realmente uno quiere o se espera que se diga, eso es difícil ahora.

PRIMER CONTACTO CON LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

—¿Cómo fue su inicio en los medios, es decir, quién le da la primera oportunidad en ellos?

—Tuve maestros generosos, Gustavo Sainz, Froylán López Narváez, Miguel Ángel Granados Chapa, ellos me acompañaron con facilidad, así llegué a *Ovaciones*. Fijate que fue algo muy chistoso. Creo que fue por medio de Froylán porque él conocía a un señor que trabajaba en ese periódico (Froylán no trabajaba ahí), cuando estábamos en la carrera conocí a gente de ese medio, luego trabajé en *Excelsior* y cuando salimos con Julio Scherer, regresé a *Ovaciones*.

Ahora me siento con una gran libertad para aceptar o rechazar las invitaciones, creo poder decidir en dónde escribo o para quién. La verdad yo he elegido la literatura porque me resulta un trabajo más disciplinado y, en mi caso, mucho más fructífero. Si escribo 300 cuartillas de periodismo o 300 de literatura (que son lo mismo), ¿cuál es la abismal diferencia entre ellas? creo que de todas maneras te sientas y escribes. Si lo haces para una revista, un periódico o para un libro, estás haciendo un acto creativo y lo tienes que hacer bien.

La ficción ha sido más generosa conmigo, porque me ha dado mucho más. Cuando la gente hace el recuento de qué hago, dice: “ha escrito estos libros”. ¿Cuánto pesa que diga ha escrito 500 ó 600 artículos en los periódicos?, ¿pesa menos? o “ha escrito tal novela la cual le ha dado tales premios”; por eso para mí tiene mayor peso la literatura. Existe gente que cuando hace periodismo (porque ese es su medio), se siente como pez en el agua. Así me siento en la literatura.

La columna *Puerto Libre*, publicada en la revista *Nexos*, ha permitido que aparezcan tres libros, considerando a estos textos como literatura, porque según la propia Mastretta, se trata de una escritura que es ficción, en la mayoría de los casos son un tipo de ensayo.

—Estoy ligada a la revista *Nexos* funcional y profesionalmente, he acabado por estar ligada sentimentalmente gracias a Héctor Aguilar Camín. Durante muchos años él escribió en *Nexos*, un día por azar publicaron algo mío. Luis Miguel Aguilar y Rafael Pérez Gay, los subdirectores de la revista, me invitaron a escribir. En ese momento ellos estaban directamente involucrados en la revista, Héctor Aguilar Camín era el editor de todo el proyecto.

Recordé que el texto al que hacía referencia la autora de *Puerto Libre*, apareció publicado en enero de 1991. Era un cuestionario del *proceso creativo* para la presentación de uno de sus libros en Alemania. Dos meses después la publicación señalaba al calce: “a partir de este número aparecerá la columna *Puerto Libre* de la escritora Ángeles Mastretta”.

—¿Cómo surgen las invitaciones a sus primeros trabajos periodísticos?

—En realidad no recuerdo, debió haber sido que mis maestros me invitaban a trabajar. Por ejemplo Froylán, me invitó a Canal 11, ahí estuve realizando comentarios para un noticiero llamado *Así fue la semana*, después acudí al periódico *Punto*. En otra ocasión fui con Benjamín Wong, el director del periódico *Punto*. Le expliqué lo que quería hacer, lo que quería escribir fuera de mis sueños recurrentes. Desde aquella ocasión estoy hecha una periodista idéntica al entrenador de cualquier equipo de fútbol, y todo eso es gracias a las enseñanzas de ese periódico y de Benjamín. Aprendí mucho —me dice sin dejar de mover las manos.

Imaginate a un entrenador que cuando el equipo contrario avanza sobre la portería prefiere no mirar, se agacha escondiendo los ojos hasta de las cámaras de televisión y de los locutores que muy comprensivos explican: *no le gusta ver cuando va perdiendo*. Así pensaba cuando escribía y veía que existían errores, los textos estaban hechos con toda la honestidad que podía entregar. Wong me enseñó a levantar la mirada y confiar en mí, me decía: “venga el gol y vieja la que quiera seguir sin mirar”.

Se deben vencer muchas barreras, pero la más importante es el no dejar de ser honrado, algunas ocasiones debes escribir de temas difíciles, por ejemplo del presidente. Debes escribir con toda la honestidad que te exija la profesión. Los periodistas teníamos prohibido escribir contra el presidente, el ejército o contra la Virgen de Guadalupe.

—Sin embargo a usted la describen como una escritora irreverente. ¿Qué tanto lo es?

—No sé. La verdad es que soy menos irreverente de lo que me gustaría ser. Pero es seguro que soy más irreverente por escrito de lo que me atrevo a ser frente a las personas y los hechos que no debían provocarme sino carcajadas. Te has puesto a pensar ¿qué de todo en la vida es digno de reverencia? Acaso no es una pregunta peligrosa. Cuando está uno entre un público que aplaude la sola entrada de un político o la música de Juan Gabriel, es peligrosa pero inevitable la pregunta; sin embargo, debemos buscar algo que ofrecer a los hijos, por eso creo que el sol, el agua y la luna merecen nuestro temor.

¿Reverencia? —se pregunta reflexionando. Sólo frente a quienes logran envejecer sin perder la generosidad ni la sabiduría. Habría que apostarle por lo menos una vez al día a esas irreverencias para que las otras nos resulten completamente naturales. ¿El poder? es de unos señores a los que les gusta tenerlo y les devasta perderlo, de unos señores que hace cuatro años nadie reconocía y dentro de tres mandarán en su recámara si aún les queda la dócil mujer con que arrancaron. ¿El dinero? Es de un enano narcisista y ambicioso, o de un tipo antipático y maleducado al que su padre llamó estúpido tres veces al día, empeñado en cobrarnos a todos por la pobreza de su espíritu, o de un compañero de la universidad que leyó libros distintos a los nuestros. ¿Quién soy para crearme mejor que ellos? ¿Pero quiénes son ellos y sus cosas para que los creamos mejores que nosotros, para que nos inclinemos frente a sus personas y las reverencemos? Si ya no nos inclinamos ante el sol, ni ante la luz eléctrica, ni siquiera frente a las computadoras.

El enfrentarse al papel y la pluma

¿Reverencia? —se repite en tono más alto. Sólo deberíamos tenerla frente al dolor y quienes le sobreviven sin creerse alguien. Por eso te digo que soy más reverente de lo que debería ser.

DE LA ENEP ACATLÁN Y EL MUSEO DEL CHOPO

La autora de la columna *Puerto libre*, publicación de la revista *Nexos*, comentaba que los medios de comunicación eran una forma de ejercer lo que la carrera de Comunicación había sido “tan generosa” de enseñarle; sin embargo, también había tenido la oportunidad de desempeñarse en otras áreas que esa preparación profesional le permitía, por lo cual aceptó laborar en la UNAM.

—Cuando empecé a trabajar en la UNAM estaba en tercer año de la carrera y le daba clases a los de primero. Gustavo Sainz me pidió que fuera su asistente y durante algún tiempo lo hice. Era poco oficial y se podían hacer esas cosas tan raras. No tenía un salario formal en la UNAM.

Cuando terminé la carrera, empecé dando clases de Redacción a los alumnos de primero. Nunca estuvo entre mis planes hacer carrera de docente; sin embargo, di clases también en la Universidad Autónoma de Tabasco en donde realicé mi Servicio Social, también impartía la signatura de Redacción a muchachos que estaban estudiando Ciencias de la Educación. Me da risa —recuerda— porque les he de haber llevado cinco años; sin embargo, en ese momento era la maestra y ellos los alumnos.

Sabía que no sería académica. Lo que quería era escribir, trabajar en los medios, ganarme la vida. Cuando me propusieron hacer Difusión Cultural en la Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, encontré que era un camino maravilloso y trabajé ahí como tres años.

Martha Herrera, la secretaria de Mastretta en el departamento de Difusión Cultural de Acatlán, recuerda que emprendieron juntas ese proyecto desde 1976 hasta inicios de 1978 en que Ángeles prefirió dedicarse a los trabajos periodísticos. Recuerda entrañablemente que cuando llegó a la ENEP Acatlán, solicitó

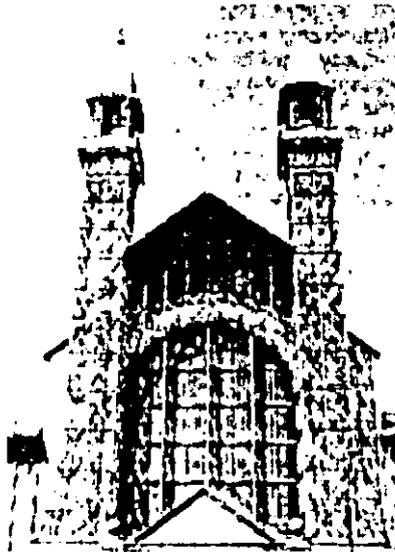
trabajo para continuar pagando los estudios de sus tres hijos, le comentaron que en Difusión no había secretaria. Ella se atemorizó porque creía que no recordaría mucho de aquella labor, dado que se había retirado por más de cinco años y no sabía si sería capaz de volver a recordar la taquigrafía. Tuvo la “fortuna de encontrarse con Ángeles Mastretta, jefa del Departamento de Difusión Cultural. Después de entrevistarse con ella, fue aceptada en el puesto de secretaria, puesto que ocupa hasta la fecha. Recuerda que al principio tenían únicamente un escritorio y que también había un ratón. Se deshicieron del pequeño roedor y juntas emprendieron la tarea “difícil” que les exigía aquel lugar. Lo mismo pegaban posters que mandaban a hacerlos, ayudaba a cargar el piano y hacían de todo. Mastretta recordó que Martha Herrera había llegado temblorosa a la entrevista.

—La primer secretaria que tuve fue Martha Herrera, llegó temblando a que la entrevistara porque iba a trabajar conmigo. Ella había sido secretaria durante mucho tiempo antes de casarse, dejó de laborar para cuidar a sus hijos. Cuando ellos crecieron quiso trabajar de nuevo, estaba muy nerviosa porque creía que ya no iba a saber nada, que no se acordaría. Así se topó conmigo que sería todo menos una gente exigente, tuve buen ojo porque Marthita ha sido una apasionada en su trabajo (la prueba de esto es que sigue trabajando ahí), le gustó mucho su labor, tuve buen ojo y el Departamento de Difusión fue creciendo —repite elogiando a ambas.

Museo Universitario del Chopo

Para entender lo que realizó Ángeles Mastretta en el Museo Universitario del Chopo, me permitiré citar un artículo de la revista *Semana Cultural* fechado en julio de 1990. Así, amigo lector, podrás tener una referencia histórica de cómo es que la también periodista encuentra el museo cuando llega a dirigir las actividades que en él se desarrollarían.

¡Ah, es el museo más bonito de la ciudad!, decía a menudo Arnold Belkin cuando hablaba del Museo Universitario del Chopo. Y cómo no enamorarse, de verdad, de este recinto singular de Santa María la Ribera, dinosaurio de hierro y cristal, con una apariencia a medio camino entre una estación de ferrocarriles y una catedral gótica, símbolo ya de nuestra ciudad, de una ciudad vieja y nueva, que renace y resiste entre ruinas, orgullosa en su aparente fragilidad, donde cada día se vive la cultura como inagotable búsqueda, como fiesta y también, ¿por qué no?, como provocación. El Chopo es un museo abierto, vanguardista y no pocas veces extravagante.



Landeros y Cros, uno de los nombres del Porfiriato, compró este edificio montable en Alemania (hay, o había, porque casi todos los ejemplares de este estilo arquitectónico han sido irremediablemente derruidos, un gemelo suyo en Gelsenkirchener, en la cuenca del Ruhr) para utilizarlo como salón de exposiciones industriales, una moda de la época que más creyó en el progreso. En 1903 comenzaron a levantarlo en la calle del Chopo, muy cerca de la estación ferroviaria. Todavía está aquí, pero la colonia rumbosa que conoció apenas es la misma. Ahora lo rodean —lo cercan, lo asedian, sería mejor decir— Insurgentes Norte y Ribera de San Cosme, dos calles ruidosas y áridas en donde el polvo se extiende y reina; pero más allá, aún está la Alameda de Santa María con su kiosko morisco y el edificio del Museo de Geología, dos bellezas mayores que son orgullo de este barrio. En el ajetreo, las torres del Chopo ya casi ni se ven, perdidas entre mueblerías, restaurantes de tipo californiano, puestos de tacos, gasolineras y vulcanizadoras. Parece asfixiado, pero es un corazón vigoroso.

Luego del fracaso de la compañía Mexicana de Exposición Permanente del señor Landero y Cros, el edificio estuvo vacío y fue hasta 1916 cuando pasó a ser sede del Museo de Historia Natural, habitado de animales disecados, de insectos y sus huevos de naftalina, de reproducciones en cera de frutas tropicales, de sapos bufos, esponjas, caracolas, y la ballena y el tiburón martillo. Había también presencias insólitas como la del puerquito con dos cuerpos y

una sola cabeza y las celebérrimas pulgas vestidas, con trajes de charro y china poblana, de catrina y lagartijo, y vaya a saber Dios de cuántas cosas más. Pero el soberano indudable del Chopo fue, durante muchos años, el dinosaurio (en realidad una réplica, que regalara al museo la viuda de Andrew Carnegie). Sin necesidad de Steven Spielberg, el esqueleto reconstruido dejaba boquiabiertos a niños que hoy, ya peinando canas, suspiran sus antiguas emociones y terrones por el saurio.

Después, con la apertura de un nuevo Museo de Historia Natural en Chapultepec, el del Chopo cerró sus puertas. El antiguo Palacio de Cristal quedó mucho tiempo desocupado y se temió que corriera el destino de otros placeres de Santa María la Ribera, como los cines *El Piojito* (¿así se llamaba en verdad o así le decía el regocijo feroz de la gente?) y *El Majestic*. Una empresa generosa ofreció demolerlo y pagar sus fierros por kilo. En 1972, oportunamente, la recién aprobada Ley de Monumentos lo protegió.

Un año después, en 1973, la Universidad Nacional decidió hacer aquí un centro cultural. Desde entonces se fue perfilando lo que ahora conocemos: ese espacio plural de encuentro, de experimentación incesante, donde los jóvenes artistas encuentran hospitalidad y crítica. El dinosaurio fue reemplazado por una fauna urbana vivísima y exorbitada: llegaron las mujeres, los gays, los punks, los danzoneros, los niños, los teatreros, los señores y las señoras del INSEN, los luchadores contra el Sida y por los derechos humanos, y todos supieron desde el primer momento que este lugar habría de convertirse en el símbolo de la ciudad vieja y nueva, porque amaba la tradición, tenía sus raíces a un barrio bizarro, porque se pintaba de colores, y porque los nuevos artistas se integraron a él con desenfado. El Chopo nos ha dejado ver en todos estos años de vida que la tolerancia es un arte social, que la cultura la hacemos todos, día con día, con inevitable diversidad de estilos.

—¿Cómo llegó a trabajar al Museo Universitario del Chopo?

—Para que veas cuánto tiempo tardé en dar con mi verdadera vocación, ahora sé con toda claridad que yo soy escritora, y en ese momento no lo sabía todavía. Hacía periodismo y todo lo que me ofrecieran. Un día vino Gerardo Estrada, me propuso dirigir el Museo del Chopo y acepté. En aquel tiempo era un lugar raro, no era como hoy, ni tenía la infraestructura física e incluso material de lo que es ahora.

La universidad construyó un espacio para hacer teatro, danza y talleres. Primero sacamos a las palomas que habían invadido el lugar porque se creían las dueñas; después pudimos crear todas las actividades: ciclos, exposiciones, etcétera. En ese tiempo era muy curiosa y me parecía que todo era posible de hacerse. Muchas veces me proponía cosas y tomaba muy en serio mi trabajo, siempre inventaba algo nuevo con una pasión creativa. Estuve en el Museo del Chopo desde uno o dos años antes del embarazo de Mateo, mi primer hijo, hasta los primeros tres meses después de que nació. Era demasiado pesado seguir ahí porque vivía en San Jerónimo (no puedo concebir ese viaje diario), ¡qué barbaridad!, ¡qué fortaleza la mía!

—Sin embargo, al mismo tiempo colaboraba en el periódico *Punto*.

—Hacia todo eso y lo que me daba tiempo de hacer y me cansaba menos que ahora —dice mientras se ríe y bebe otro poca de agua. No paraba de trabajar porque tenía mucho menos exigencias históricas (eso también es cansado, no como lo es hoy, que parece que es un juego pero también cansa) y, sobre todo, sentir que hay gente que está pendiente de ti (menos gente estaba pendiente de mí) y tenía que estar mucho más pendiente de mí (ahora estoy menos) — comenta jugando con las frases—, sigo siendo muy curiosa y eso me sigue moviendo mucho.

Cuando llegué al Museo del Chopo, cuatro años después de su última remodelación, el doctor Soberón era rector de la UNAM; Diego Valadés, director de Difusión Cultural; Elena Urrutia, directora del Chopo; el edificio gozaba de una reparación general que lo dotó de todo lo que se había perdido con los muchos años de abandono. Le pusieron vidrios nuevos, lo pintaron, le cambiaron las tejas, lo impermeabilizaron. Quedó como nuevo, sin embargo, continuaba con el mismo espacio enorme, con una pésima acústica, sin recovecos, incómodo y vacío.

A ese lugar me llevó una mañana Gerardo Estrada que fue el nuevo director de Difusión Cultural. Tras la exposición *100 años de cine mexicano*, el pobre Chopo se había quedado sin presupuesto y sin quehacer. Lourdes Monges —actual directora—, Guillermo Castro Ulloa y los imprescindibles trabajadores de intendencia, cuidaban afanosamente unas mamparas gracias a las cuales pudimos armar un teatrillo y hacer divisiones para formar espacios cerrados donde exponer pintura, fotografía y escultura. Conmigo llegó Conchita Ortega y Jorge Pantoja. Entre todos nos pusimos a inventar talleres y a programar una obra de teatro para niños que tuvo un año de llenos (sic).

El público respondió con tal interés que con todo y la miseria tuvimos éxito. La gente iba con sus hijos los domingos, los adolescentes se ponían a escuchar rock o jazz toda una tarde, los talleres se llenaban de gente que se encantaba con el diploma final que hacía constar sus cuatro meses en un curso de periodismo. Desde entonces empezó el sueño de hacer con el Chopo una plaza cubierta con un altillo para galería y un foro isabelino. Desde entonces, fuimos a la

Dirección General de Obras y hablamos con los arquitectos y los pusimos a hacer presupuestos y proyectos. El pobre arquitecto Meza, subdirector de obras exteriores y santo por añadidura, se pasó tres años y medio oyendo la cantaleta de la imprescindible remodelación del Chopo. El rector Rivero Serrano firmó el proyecto.

En junio de 1982 se suspendieron las actividades y empezó la obra. Cientos de trabajadores tomaron el museo y clavaron, barnizaron, pulieron, midieron, ensamblaron, soldaron, pintaron. Nada tan gratificante como entrar al galeón y mirarlo lleno de gente empeñada en hacerlo hermoso. Hasta que quedó deslumbrante. Le pusieron piso de duela y le hicieron un foro y tres salones para talleres y unas oficinas como de juguete. Nos dieron lámparas nuevas, construyeron baños extras y acondicionaron el cinematógrafo. Nos trataron como si no hubiera crisis y nos dejaron una responsabilidad espeluznante.

Siempre dije que el Chopo era un sitio en el que se pretendía difundir la cultura popular. No tenía otra intención. Sin embargo, cuando ya estaba listo, se dobló esa responsabilidad. Y me preguntaba: ¿cultura popular?, ¿sé bien a bien qué es eso?, ¿había una cultura popular aparte de Televisa y las estaciones de radio comerciales?, ¿qué quería la gente en ese espacio cómodo que le daba la UNAM?, ¿cómo hacerle para que la gente hiciera suyo el Chopo?, ¿cómo lograr que los adolescentes fueran ahí a hacer sus tareas?, ¿qué ofrecerles a los niños?

A tientas fuimos inventando una programación. Se nos ocurrió un taller con información sexual para los jóvenes. Dejamos que los grupos de danza y teatro se programaran para que ensayaran en los salones, invitamos a grupos musicales y orquestas a que tocaran en un centro cultural universitario, en algunos casos era por primera vez. El 26 de febrero de 1983 quedó listo para su reapertura.

Cuando llegaba, las torres del museo se volvían un desafío. El Chopo abrió nuevamente sus puertas después de un largo periodo de remodelación y para ello, 800 personas participaron en los 19 talleres que se inauguraron.

Según comentaba Mastretta, los sábados y domingos se dedicaban principalmente a los niños; también había señoras y gente grande que se inscribía a los talleres de Redacción y de Lectura, ellos querían ser escritores, querían aprender a escribir correctamente. Lo mismo se trataba de médicos o administradores públicos, solamente querían aprender a redactar una tesis. Lograban escribir un memorandum o una carta, pero no escribir cuentos, decía. El taller de lectura era exclusivo para quienes gustaban de la lectura, si querían ser escritores, era algo que no podrían encontrar en los talleres del Chopo. No existía ninguna distinción para con las personas que asistían hasta el Museo Universitario con las ganas de aprender algo de lo que ahí se enseñaba.

—Los cursos eran para quien los quisiera. Tratábamos de que la gente de los alrededores, que vivía en el centro de la ciudad, en Tepito, en Peralvillo, en los rumbos de la colonia Santa María y San Rafael, se incorporaran a las actividades del museo y ellos llevaban a sus niños. Pensábamos que eso iba a ser un centro de cultura popular (aunque aún no sé qué es la cultura popular). De lo que se trataba era de que la gente pudiera gustar de eso y al mismo tiempo saber por qué le gustaba, ser crítico de esos fenómenos.

Claro que para muchos el rollo cultural le da flojera. De lo que se trataba justamente en ese lugar es que la gente aprendiera cosas que no sabía. No queríamos que ese lugar fuera para cultos. Queríamos un espacio muy habitable (dentro del escaso espacio que hay en esta ciudad), de lo que se trataba era de que la gente fuera. Había personas que vivían en departamentos chiquitos que no sabían a dónde llevar a sus hijos, no tenían dónde ponerlos y dónde ponerse a sí mismos. Toda esa gente iba al museo y lo hacía suyo. Era un lugar amplísimo, muy bello.

Ángeles Mastretta decía que de lo que se trata una profesión es de ser “eficientes y no justos”. Dejó ver una mueca de horror al

decirlo. Ser una ejecutiva tratando de ser una buena promotora cultural le parecía un dilema difícil de superar. La intervención de la Dirección General de Obras de la UNAM, logró que el Museo del Chopo se convirtiera en un “palacio” cuya contemplación volvía a cualquier persona un avaro, inyectándole la pretensión de “ser más eficiente que justo o creerse eso de que la eficacia conlleva la justicia”, sentenció mi interlocutora.

—¿Cuáles eran las actividades diarias que desempeñaba como directora?

—Según la agenda, mis actividades eran: “ir super, llamar expositor obra de títeres, ver Margo su acústica, buscar Luis Cardoza exposición, comprar Hipoglós, ver arquitecto Meza, enviar memo personal administrativo funciones, consultar doctora tos niño, comprar bata Héctor, ver casita sur, dentista 3:30 p.m., comer Emma Acatlán, junta onda política 5:00 p.m., acordar luces de Tavira, entregar *Punto*, preguntar Lilia precio refri, inscribirme gimnasia, llevar dulces Alejandra, ir 100 representaciones homenaje-cena, Manqué cumpleaños, llamar Andrés León devolver cheque”.

Por supuesto todo ese revoltijo está rodeado del inevitable “se apagó el calentador”, “¿cómo quieres las calabazas?”, “fíjese que vamos a tardar en bajar el coche porque no hay luz” y “Mateo qué divino estás ¿por qué no tienes hambre?”, “pórtate bien con Lupita que te va a llevar al parque”, “sí mi vida que tengas buen día y puedas escribir”. Como había tantas cosas, acababa por hacerlas todas mal.

Me metí en ese agujero de querer ser de todo porque todo era importante y en todo era necesaria. El mundo se paraba si no cumplía mis deberes adquiriendo uno nuevo cada día. Imagínate lo complicado que resultaba que el despertador sonara como maldición, producía un sobresalto que iba con uno todo el día; sin embargo, ese despertador sí se apagaba. El despertador niño no tenía ese botón para apagarlo, había que moverse para callarlo y alimentarlo.

Una vez tuve que ir al Canal 5 a uno de esos programas de tele que organiza la UNAM y en el que Emma Rizo, mi amiga, me pidió participar. Fui porque trabajaba en Difusión Cultural y tenía que hablar de la cultura popular.

Siempre que pude me quitaba el vestido de funcionaria y me metía en los pantalones y las blusas que me hacían sentir mucho mejor. Me quitaba los zapatos de tacón, me ponía tenis. Cuando llegaba a la oficina en los enormes zancos que eran esos zapatos, me decía, en verdad que el hábito sí hace al monje, porque todo el mundo me trató como importante.

Durante el tiempo en que dirigí el Museo Universitario del Chopo, me permití la peregrina idea de que bajo ese techo altísimo y esas torres de encaje, no podía ser sino un instrumento de sugerencias y una coordinadora de afanes. Cada quien tenía que vérselas con su trabajo como mejor se les ocurriera y poner en sus quehaceres el esfuerzo y las ambiciones que la necesidad de convertir aquel lugar en un museo vivo, nos pidiera. Pensé que tal actitud mantendría en paz el sitio y nos ayudaría a trabajar armoniosa y libremente como era mi deseo que trabajáramos.

Mastretta se mostró como toda una mujer de mundo al decir aquellas palabras, su mirada se clavaba fijamente en los vasos con agua que teníamos enfrente. Buscaba tranquilizarse ante lo que seguramente pensaba le había faltado hacer en aquel lugar. Entendía que el coraje de sus palabras era el reflejo de ese gran deseo de hacer cosas nuevas día con día, su voz transmitía energía.

DESDE ENTONCES ME LLAMAN PERIODISTA

Ángeles Mastretta, egresada de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, había sido catedrática en la UNAM y colaborado en los periódicos *Punto*, *Excélsior*, *Unomásuno*, *Oraciones*, *La Jornada* y en el semanario *Proceso*. ¿Cómo había logrado aquellas oportunidades?

La revista *Nexos* publicaba en marzo de 1991: “Desde este número, la escritora Ángeles Mastretta, cuyo último libro es *Mujeres de ojos grandes*, escribirá mensualmente su columna *Puerto Libre*”. ¿era así como se ganaba el nombre de periodista?, mucho antes ya se desempeñaba en los quehaceres periodísticos.

—¿Cómo fue que dio el salto de periodista a escritora?

—Por fortuna me estás dando la respuesta al comparar con un salto la decisión de ponerme a hacer literatura. Imagina que una mañana cualquiera me siento a escribir, sin saber qué es lo que hago, solamente se trata de un “salto”, uno nunca es capaz de describir cómo dio un salto. ¿Verdad?

—¿Qué es lo que le produce más placer en la vida?

—No sé —me dijo suavizando su tono de voz, regresando a su posición inicial y ligeramente sonriendo. Muchas cosas me producen placer: la guerra y la paz de mis amores, la euforia de mis hijos, el pastel de manzana de mi madre, las conversaciones con mi hermana. Los buenos hoteles y los días en que mi casa parece un buen hotel, los buenos textos y los días en que mis textos parecen buenos. Oír las historias de otros, cantar en la regadera, en el coche o junto a la guitarra de mi cuñado, dormir más de seis horas, llegar a la penúltima pregunta de las entrevistas. Por conseguir algunas de estas cosas soy capaz de atreverme a ser feliz.

Tal parece que adivinaba que esta era la penúltima pregunta que le haría en este encuentro. Confieso que para cuestionar a un escritor, descubrirlo o conocerlo, es necesario leerlo, sin embargo, las respuestas de Mastretta hacían brotar una especie de sensaciones nuevas. Su cambio en el tono de voz, sus inquietas manos, lo juguetón de sus anillos, sus párpados reclamantes de caricias, sus piernas firmes, la manera de beber lentamente su agua, permitía suponer reacciones. Todo eso me obligaba a preguntar lo que según decían los libros de texto, eran las interrogantes más difíciles que alguien pudiera contestar.

—¿Le hace falta algo a Ángeles Mastretta, la periodista?

—Me faltan muchísimas cosas por escribir. Tengo miles de cuartillas elaboradas como periodista y, sin embargo, siento que aún me faltan miles más, quiero contar lo que pienso, lo que llevo metido en el corazón pero sé que nunca podré dejar de hablar de mí.

Con esas palabras dábamos por terminada esta reunión, abríamos la posibilidad de un tercer encuentro para conocer a los personajes literarios que han vivido gracias a Ángeles Mastretta. Ella me pidió que esa nueva ocasión la tuviéramos en su estudio, su rincón preferido.



Escenario III

Conversando desde el rincón preferido

*No hay necesidad de ser un genio, ni héroe, ni poeta para ser personaje;
hay que grabarse en el corazón y las ausencias de otros, hay que hacer falta,
para lo cual hay quienes han sabido tener genio, poesía y heroísmo.
Por eso no importa qué tan conocidos y famosos sean nuestros personajes,
sino qué tanto influyen en nuestras decisiones, cobijan nuestros secretos,
conmueven y fecundan nuestra memoria.*

Ángeles Mastretta

No imaginaba que nuestra siguiente charla resultaría tan agradable, no me había comentado que estaríamos en aquel popular y conocido restaurante. Me había citado en la Casa de los azulejos, en efecto, el encuentro se llevaría a cabo en el céntrico restaurante Sanbom's de la calle de Francisco I. Madero y Eje Central. En esta ocasión tenía todo un repertorio de preguntas y demasiado nerviosismo. No recuerdo cuántas ocasiones repasé las portadillas de cada uno de los libros escritos por ella, pues ese sería el tema central de nuestro tercer encuentro, además, habíamos acordado ir a comer y cambiar nuestro lugar de encuentro porque su estudio era un verdadero tiradero.

—Buenas tardes señora Mastretta, ¿cómo está? —saludaba cortésmente.

—Hola Feliciano, no me sigas diciendo 'señora', después de todo creo que ya nos conocemos ¿no? Me haces sentir demasiado grande y creo que todavía tengo muchas cosas que contar como para preocuparme por el paso del tiempo —replicó a mi saludo. Mejor llámame Ángeles simplemente.

—Está bien, como usted prefiera.

—¿Entramos?

—Adelante.

Nos dirigimos hasta la recepción del restaurante, me dijo que estaríamos mucho mejor en la planta alta. Atravesamos el nivel bajo y llegamos a las escaleras. Subimos juntos mientras me comentaba lo bello que le parecía aquel lugar y el mural que se presentaba ante nuestra andanza. Esperamos unos instantes junto al barandal del segundo piso, admiramos el mural de Siqueiros y el domo de grandes ventanales que adornaban el escenario.

Pedimos una mesa. Nos atendió una mujer delgada que había identificado a mi acompañante. La señorita Alma, como decía su gafete, nos conminó hasta una de las mesas del área de fumadores que la propia Mastretta solicitó. Quedamos junto a los balcones, lejos de la ajetreada cocina.

—¿Está bien este lugar? —pregunté mientras tomábamos asiento.

—Sí, gracias. Siéntate a mi lado para que estemos más a gusto. Hagamos que esta entrevista sea como una charla entre amigos, entre dos personas conocidas que se han reencontrado.

—Gracias, eso me permite estar más seguro. No se crea, también los entrevistadores suelen ponerse nerviosos —dije como para espantar esa palabra de mi mente.

El restaurante le daba un toque cálido a nuestra plática. Desde que llegué a ese lugar, me pareció un sitio encantador. Estábamos en una mesita adornada con dos pequeñas flores, atrás, lucía un cuadro de las construcciones de aquel lugar. Leíamos la carta mientras nos servían un poco de café. Convenimos en pedir dos órdenes de enchiladas suizas, “la especialidad de la casa”, para calmar nuestro apetito. Así pues, comenzamos con el asunto que nos había reunido por tercera ocasión.

Ella decidió que era el momento de ponerse solemnes, siempre lo hace cuando tiene que hablar de sí misma en una entrevista. El protocolo dio inicio y la voz de la escritora cambió. La bendije porque me estaba regalando una sensación similar a la de una tarde lluviosa, la misma que provoca un hueco estomacal cuando estás con un ser querido, la que nos dejan las buenas novelas, una especie de mezcla entre lo triste y lo audaz. Comenzó el cuestionamiento de cómo es la novelista que trae consigo esta mujer.

ESTA TESIS NO SALE
DE LA BIBLIOTECA

Recordemos que a Ángeles Mastretta se le conoce, entre otras cosas, por su carrera periodística, pero ¿qué hay de la literatura? *Mal de amores* es el primer libro que le permite ser reconocida a nivel mundial, según aseguran los críticos que la galardonaron con el Rómulo Gallegos en Caracas, Venezuela, hace un par de años.

LOS TRABAJOS LITERARIOS ¿CUÁNDO?

—¿Cuándo se inicia en las labores literarias?

—Creo que empecé en la literatura muy chica, estaba apegada al punto de la ficción. Me gustaba oír historias y leía menos de lo que escuchaba; sin embargo, escuchaba las cosas como asuntos fantásticos que pasan en un mundo irreal de la misma manera como quien los lee.

Es posible que fuera escritora desde antes de cumplir 18 años, cuando a solicitud de una hermosa anciana, con la que viajé de Los Ángeles a México, inicié una correspondencia con su nieto, interesado en cartearse con alguien en español y le conté tanto de quien era (y supongo que de quien me hubiera gustado ser), que tras un año de cartas el hombre se presentó en Puebla dispuesto a casarse con la mujer llena de virtudes que le escribía. No sé cuándo elegí ser escritora, lo que sé con claridad es que al elegir me quedé con ganas de ser cantante o bailarina, aunque cualquiera de las dos cosas las hubiera hecho mal.

¿Cuándo empecé a escribir? Cuando empecé a estudiar periodismo, ahí empecé a hacer ficción. Al mismo tiempo en que hacía tareas para el periodismo. Muchas de esas tareas las inventaba con gran placer, con muchísima diversión y lo hacía muy bien. Tuve suerte al inventar y asirme del lenguaje en sus manías y sus trucos, empecé a escribir ficción dentro del deber del periodismo.

A mí me dio muchísimo miedo semejante propuesta porque mi padre había muerto y yo tenía que terminar una carrera, estaba comprometida con ella y no podría ahora presumir que era escritora y cambiarme de licenciatura. Sin embargo, esa sentencia se me quedó dentro, me volví una lectora apasionada de cosas que me marcaron para siempre gracias a los buenos maestros de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Leí a Tolstoi, Dostoievski y Stendhal en una materia que se llamaba *Periodismo y literatura*, además, Borges, Cortázar, Fuentes,

García Márquez, tuvieron mucho que ver con lo que me dijo Gustavo Sainz. Entonces empecé a buscar cosas y a ser traductora en desorden. Así empecé a escribir felizmente.

—¿Quiénes son sus escritores favoritos?

—Mi escritor favorito es el que estoy leyendo. Abandono a quienes no doblegan mi curiosidad, a quienes me adormecen, a quienes me cuentan algo que no quiero saber. Pretendo que la literatura me seduzca y conmueva antes de que apele a mi razón y mis deberes. Por eso, cuando un libro me gusta, su autor se vuelve mi escritor favorito. Sin embargo, sí tengo mis escritores más queridos, no me gusta numerarlos porque me siento en falta con los que no menciono pero estoy en deuda con: Stendhal, Jean Austen, Isak Dinesen y Leon Tolstoi. También con Flaubert, Martín Luis Guzmán, Gabriel García Márquez, Anatoli Ribakov, Nelly Campobello, Rubén Darío, Jaime Sabines, Renato Leduc, entre otros.

—Hablando de escritoras mexicanas, ¿a cuáles admira Ángeles Mastretta y por qué?

—Admiro a Nellie Campobello. Hay que leer a escritoras como ella y hacer que otras mujeres las lean. Tú no tienes una idea de la cantidad de lectoras que tengo que no han leído a Nellie Campobello y te puedo explicar por qué. Solamente porque las mujeres no estaban de moda. ¿Por qué Nellie Campobello no aparece mencionada como una gran escritora de la literatura?

Cuando se habla de literatura mexicana (en la novela de la Revolución Mexicana está Nellie Campobello), ella ha existido como una bailarina muy graciosa que quiso contar las historias que le pasaban a su mamá y lo que ella vio cuando era niña. Ahí había una gran escritora que quizá no hizo muchos más libros porque no era heredera de nadie, porque no tenía dinero, porque tenía que vivir, porque tenía las vocaciones encontradas. Ser escritora era la peor cosa que te podría pasar, si no ganabas un centavo nadie te iba a hacer caso, escribías para entretenerte pero nada más. Claro, tenías que hacer otras veinte cosas, pero lo que escribí es prodigioso y aleccionador. Es una mujer que en la época de la Revolución pensaba como pensaba, veía como veía y era capaz de describir el horror con esa perfección. Si alguien me ha hecho vivir entrañablemente las peores cosas de la Revolución Mexicana son Nellie Campobello y Martín

Luis Guzmán. Pero Nellie tenía una habilidad extra para contar desde los ojos de una niña los crímenes, el horror, la intolerancia, la sinrazón, el hambre.

—¿Otras escritoras?

—Elena Garro que sólo con la obra *Recuerdos del porvenir* tendría para ser considerada una escritora excepcional. Rosario Castellanos en cuya poesía seguimos encontrándonos muchas mujeres, cuya voz urgida y desesperada aún se burla de sí misma y nos recuerda quién empezó primero cuando evocamos sus textos periodísticos. Y no debo decirte Sor Juana porque como esa genio nos deslumbra a todos. Acercarse a nombrarla es ya un asalto.

—¿Elena Poniatowska?

—A ella y María Luisa Mendoza las admiro y las descubro todos los días. No me gusta hablar de ellas porque son mis contemporáneas. Mis admiradas y elocuentes contemporáneas. Lo mismo que Julieta Campos, Luisa Josefina Hernández y... No es justo enumerar.

Piénsalo así: dentro de un tiempo todas ellas y todas las que empezamos a publicar cinco, diez o veinte años después seremos vistas como parte de la misma generación. Tal vez importará más quiénes hicieron los mejores libros, y ese otro litigio, para bien de nosotros, no lo vamos a ver.

—¿En qué sentido la presencia de unas ayuda a las otras?

—Creo que en muchos sentidos. Como también nos ayuda la presencia de algunos escritores. Todo ayuda, todo lo que oímos de otros, lo que otros descubren y armonizan, incluso lo que otros detestan o dejan fuera, hasta tus propias preguntas también ayudan a una a escribir y a hacerlo mejor cada día.

—¿En su preocupación literaria a qué escritores ha leído y cuáles influyeron en su prosa?

—Antes podía contestar esta pregunta con mucha soltura —dice a manera de reflexión—. Me bastaba enumerar mis aficiones. Sin embargo, ahora me cuesta más trabajo, porque supongo que tenemos

la influencia de todo lo que hemos leído, aun de lo que nos ha disgustado. Clarín, Pérez Galdós, Stendhal, Tolstoi, Balzac, Virginia Wolf, Karen Blixen, Jane Austen son escritores que todos leímos y que seguramente nos pesan. Fuentes, García Márquez, Sabines, Cortázar son algunas de las voces recientes más cercanas. Pero decir que uno escribe o quiere escribir o está influido por ellos es decir mucho y decir muy poco.

Creo que hacerle esa pregunta a un escritor es como preguntarle a la gente ¿qué personas han influido en su forma de hablar? No sabrían qué contestarte, porque están rodeados de voces. A veces repiten lo que oyeron al pasar y a veces nombran algo por primera vez de una nueva manera. Lo mismo sucede con los escritores. Estamos marcados por todo lo que hemos leído y encontramos una voz de repente, como si hubiera salido a buscarnos, cuando en realidad la hemos estado buscando desde la primera vez que nos sentimos atraídos por las palabras, quizá eso sí desde niños; no la certidumbre, ni siquiera el deseo de encontrarnos buscando palabras, pero sí el descubrimiento de la pasión que nos provocan.

Y podría decirte que tanto me pesa la música de algunos escritores como el tarareo que salía de tres de mis parientes hablando aprisa sobre algo que los apasionaba, o la melodía extraña que producen mis amigas cuando se cuentan sus amores. El problema está en qué sale de toda esa mezcla cuando la paso por mis oídos, hago el intento de organizarla en mis palabras y me propongo hacer literatura. Ahí está lo difícil, la aventura, el litigio y el placer.

Por ejemplo leí el libro de Julio Glokner, *Los volcanes sagrados* —que ya íbamos dejando atrás—, y te puedo decir que es un libro importante para cualquiera que tenga el privilegio y el valor de lidiar con él. La vida humana es apenas un suspiro en la edad del mundo. Así, para los que nos hemos relacionado o familiarizado con los volcanes, los extraordinarios volcanes convocan la pasión, el delirio, la religiosidad y la vena aventurera de tantos de nuestros antepasados. Duerme bajo su nieve más sangre y más dolor del que imaginamos, del mismo modo en que propician más sueños y riquezas que los engarzados en la bucólica paz con que los contemplamos creyéndolos nuestros.

Otro de los escritores a los que acudo es Sergio Ramírez por ser extraordinario. Para él, las palabras son como un delirio, un juego, un reto y un placer. Ha contado historias increíbles, enervantes, de resentimiento, de atropello, de amor y de barbarie. Se necesita querer tanto a la literatura como para rendirle el respeto de contarle todo.

He leído *Caracol Beach* de Eliseo Alberto. De ahí me gravé la frase “No amar a nadie es una inmoralidad”. Alguien que también me enseñó a querer la lectura y sobre todo las palabras fue mi abuela. Cuando tenía yo como doce años, ella había quedado parálitica y sobrellevaba la quietud de sus piernas moviendo la lengua y la memoria a una velocidad prodigiosa.

—¿Cuál sería la autocrítica para las primeras historias que escribía Ángeles Mastretta?

—Uno no puede ser devastador con sus propios ‘hijos’, también se necesita elogiarlos. A mí no me toca hacer eso. ¿Cuáles son los defectos y las cualidades de ‘x’ libro?, si vamos al detalle me sé muchísimos, que hable de ellos no interesa. Es mejor que otros lo hagan porque lo que importa es lo que pude entregar en los mismos, lo que hice de los personajes. Lo que hubiera querido, hubiera podido, etc., no tiene caso. A los críticos les corresponde encontrar eso.

—¿Siempre será una incógnita saber qué es lo que da el éxito a una novela?

—Por supuesto, uno no tiene la más mínima idea de que su novela tendrá éxito. Si lo supieras, te sentarías siempre deliberadamente a escribir libros de éxito y lo harías uno tras otro. ¿En dónde está el mecanismo, en dónde está el lazo que hace que un libro encuentre lectores en su época? No se sabe. Los escritores nos parecemos a los conversadores, queremos contar una historia y tener quien la escuche. No sabemos exactamente ni quién la va a escuchar ni si la van a querer escuchar. Siempre debemos ser fieles con lo que se tiene adentro, escribir una historia que nos duela, alegre, fascine, encante. Pretender que con la misma intensidad que pueda doler, fascinar, conmover a los otros, de eso se trata justamente escribir. Yo les cuento lo que a mí me duele, lo que gozo, lo que me ocupa o me preocupa, y se los quiero contar con tal eficacia que a ustedes también les duela, los conmueva y los provoque, qué tanto logro conseguirlo, no lo sé.

—¿Podríamos decir que Ángeles Mastretta también escribe para autoleerse?

—No, yo escribo para escribir, no escribo ni siquiera para leerme. Escribir me hace la vida, me da razón de ser, me alivia. Uno supone que detrás de lo que escribe hay una razón de ser. Los libros existen cuando otros los abren y los leen.

Sé que los libros van a dar a las librerías y ahí cruza todo tipo de seres humanos muy diferentes, alguno se puede llevar tu libro, gustarle o aventarlo. Si uno supiera que las cosas que le han dolido o emocionado logran ser vistas con desprecio, si estuviera consciente de eso, si lo tuviera todo el tiempo en su corazón y su cabeza, a lo mejor no escribiría, pero lo bueno es que se te olvida. Debemos pensar en el lector cuando escribimos pero sólo de manera abstracta. No puedes darle cuerpo al lector ni imaginar ni suponer el tipo de persona a quien le escribes o quien te leerá. Puedes acabar cometiendo terribles atropellos. Te voy a dar un ejemplo, tengo lectores en Argentina y en España (por citar dos países), si al ponerme a escribir en el castellano mexicano pensara en esos lectores conscientemente, acabaría diciendo: “pavita” en lugar de “tetera”, “pítillo” y no “cigarro”. Acabaría cometiendo barbaridades, hablando un idioma que no es el mío. Por eso escribo desde mí, a otros les tocará decidir si me leen o no.

Lo más sorprendente es cuando das con lectores muy cercanos en lugares nunca imaginados. Y no sólo en las traducciones, sino en los lugares donde se habla un castellano distinto, donde le dan otras concepciones; por ejemplo, en España publiqué y leí unos textos que aparecen en *El mundo iluminado*, había lectores a los que les fascinó escuchar cosas que ellos no hubieran dicho así, sin embargo, les gustaron de ese modo, dichas en un castellano mexicano.

No se sabe por qué una novela tiene “éxito”, yo no lo sé. Si lo supiera, caería en la tentación de escribir novelas de éxito a pesar de haber tenido suerte y muy buena fortuna con mis libros. Ninguno de mis libros se parece entre sí, quizá *Mujeres de ojos grandes* y *Mal de amores* tengan un tono parecido pero esta última y *Arráncame la vida* se parecen muy poquito y, sin embargo, son dos libros que han tenido éxito. A veces me entusiasma y me intriga la posibilidad de saber por qué, qué fue lo que vieron unos y otros lectores.

—¿Qué representó para usted haber ganado el Premio Internacional Rómulo Gallegos con su novela *Mal de amores*?

—Primero representó desconcierto porque yo no lo esperaba (y lo dije cuando recibí el premio). Crecí en un mundo que me educó para asumir con mayor talento y fortaleza las desgracias que las alegrías, y el premio era una gran alegría. Al principio tuve miedo y poca confianza en mí. A la larga me he sentido querida y acompañada como escritora y creo que tengo una fortuna enorme. No sé cómo agradecerle al destino que el trabajo que hago con gusto, con pasión, que me pierde, me haya dado el privilegio de encontrar lectores amigos que me sigan. Realmente soy feliz.

—¿Qué papel juegan las editoriales en las premiaciones de sus escritores?

—Las editoriales evidentemente controlan los premios que ellas mismas otorgan y organizan, pero el Premio Rómulo Gallegos no lo controlan las editoriales.

Ahora que voy a ser jurado en el Rómulo Gallegos y que tengo 220 libros de todas las posibles editoriales que publican en castellano en América Latina y España, sé que quienes asumen las decisiones somos personas poco cercanas a las editoriales. No decidimos bajo el criterio de qué editorial está publicando el libro, para nada. Vamos leyendo y conociendo los textos para tomar una decisión específica.

—¿Qué similitudes podríamos señalar en los personajes de Ángeles Mastretta?

—Las *Mujeres de ojos grandes* está más emparentada con las dos novelas que he escrito. Es un libro de ficción mucho más cercano a *Mal de amores* y *Arráncame la vida* que a *Puerto libre* y *El mundo iluminado* (aunque esa visión es absurda de cualquier manera). Cuando uno escribe, te sientas y en ese momento te vienen cosas a la cabeza, formas ideas y de acuerdo con las emociones las escribes y organizas cosas claras.

Lo que sucede con *Puerto libre* y *El mundo iluminado* es que son libros que hablan de mí, de la escritora, sin ningún problema. Por supuesto que las novelas y *Mujeres de ojos grandes* están llenas de cosas mías, algunas están en sus personajes y ni siquiera las encuentras (ya lo

decíamos), muchas veces de manera deliberada y otras no tanto. En los textos periodísticos, es decir, los libros *Puerto libre* y *El mundo iluminado*, hablo en primera persona y de mis experiencias. Aunque no son necesariamente autobiográficos, sí parten siempre de mí, de mis relaciones con los otros, de mi mundo, de lo que hago con él: juzgarlo, padecerlo, sentirlo, disfrutarlo...

—¿Cree usted que podríamos hablar de una "escritura femenina"?

—Con toda honradez y dispuesta a ser procesada por mi tibieza debo confesar que no estoy segura de nada. Podría responder que sí, que hay un discurso exclusivamente femenino, que sólo las mujeres podemos hablar de nuestro tedio, nuestras incertidumbres, teniendo un punto de vista femenino.

Lo que tal vez sí sea más claramente femenino en la literatura de las mujeres son los ámbitos, el modo, somos capaces de describir una casa, un juego de té, unas sábanas. A veces tengo la certidumbre de que sólo una mujer puede hablar de un recuerdo referido a los olores y sabores con gran precisión. La respuesta a esta pregunta es una duda que quiero compartir con mis lectores.

—En contraparte, ¿se podría hablar de una "lectura femenina"?

—Sí. Creo que las mujeres somos mejores lectoras. Entre otras cosas porque a las mujeres nos hace más falta imaginarnos otras vidas, nos gusta más, aun cuando no estamos leyendo. Somos especialistas en fantasear (ese es uno de los defectos que más nos reprochan los hombres). La literatura nos ofrece la posibilidad de oír historias, ser parte de la vida ajena, entrar en la cabeza de otros. Creo que las mujeres estamos más dispuestas incluso a mostrar interés por ellas. Nos encantan las anécdotas. Tenemos sobre los hombres la capacidad de sacarles provecho, miramos en ellas, temer y gozar sin avergonzarnos.

—¿Cuál es el rasgo más determinante que define a un escritor?

—Eso que lo define fundamentalmente es qué tan bueno puede ser, cuán grande artista. Un buen escritor lo es por la calidad de las cosas que imagina, por la rapidez y la eficacia con que las cuenta, por la suavidad y maestría con que pueda sorprendernos. “Plural ha sido la celeste historia de mi corazón” dijo Rubén Darío. “Yo he tenido un montón de novias muy cueros” puede decir cualquiera. La diferencia entre uno y otro es la que hace al escritor.

—¿Se considera usted feminista?

—Sí, en el más amplio sentido de la palabra. Quiero decir con esto que no pertenezco a un grupo de mujeres dedicadas específicamente a ser feministas, que ni siquiera rijo mi vida con esos principios.

—¿Existe una diferencia entre los temas elegidos por autores masculinos y los femeninos?

—No lo creo. El tema favorito de la literatura es el amor, las pasiones prohibidas, los imposibles, la risa, la voluntad del absoluto, el poder, el odio, la guerra, son temas elegidos por ambos sexos.

—¿Le parece que las obras escritas por mujeres son más autobiográficas?

—No. Creo que toda historia literaria está cruzada por la biografía de quien la escribe. Los escritores hacen aparecer en sus libros los ojos, las bocas y el tono de voz de las mujeres a las que han amado; las mujeres reinventamos las rodillas, las manos, el modo en que camina nuestro ser más querido. Lo mismo puede decirse de lo que se siente por los hijos, la patria, la comida o el cielo. Cualquier escritor, hombre o mujer, necesita de sí mismo y de sus emociones y razones para inventar o recobrar a sus personajes.

—¿En dónde quedarían las obras universales?

—Son las obras que conmueven al mundo, las que lo fascinan y se vuelven parte de la memoria colectiva, son las bien escritas.

—¿Para qué clase de público escribe usted?

—A veces creo que tengo el vicio de escribir para mis personajes. En quienes más pienso cuando estoy escribiendo es en ellos. Más que temer no agradarle a un público anónimo, lo que me preocupa es no gustarles a ellos. Hacer desastres con sus vidas, estar en desacuerdo con lo que les hubiera gustado hacer, con quienes les hubiera gustado ser. Pero quizá éste haya sido un mecanismo de defensa. Antes escribía para mis amigas, para hacerlas reír o inventarles un novio. Desde que *Arráncame la vida* empezó a ponerme frente a lectores desconocidos, imprescindibles, me aterró pensar que si eran muchos no podrían ser iguales y, si no eran iguales yo no sabría qué decirles a cada uno de ellos. Por eso escribí un segundo libro con muchos personajes, comprometida sólo con ellos como representantes de mis probables lectores. Sin embargo, al fin y al cabo esos personajes se parecían a las amigas que antes eran mis únicas lectoras.

—¿Suele usted leer las críticas de sus libros?

—No con frecuencia. Cuando las empiezo casi nunca las termino, me da miedo. Tengo la superstición de pensar que si las leo serán favorables. No puedo evitar concederle toda la razón a una crítica desfavorable. Si llanamente empieza llamándome idiota, la leo completa.

—¿Escribe usted todo el tiempo y en cualquier parte?

—No, mi cabeza sí registra todo el tiempo, siempre estoy mirando el mundo como algo digno de narrarse. Tengo que estar lejos del ruido, de preferencia frente a mi máquina de escribir y con la certidumbre de que tengo mucho tiempo por delante para gastarlo en equivocarme, corregir y escribir páginas que puedan ser tiradas a la basura. Me tardo mucho tiempo en entrar al tono y la situación que busco. Una vez dentro puede ser como esquiar, pero hay que salir con cuidado y sin caerse.

—¿Tiene usted temas preferidos?

—Me gusta mucho hablar de mujeres y me siento bien haciéndolo. Preguntándome sus preguntas, imaginándome sus desafueros y sus miedos, inventando su valor y recontándolo.

—¿Qué sería mejor para sus textos, un traductor hombre o mujer?

—Preferiría un buen traductor. Creo que una de las mejores traducciones de *Arráncame la vida* la hizo Mónica López a la lengua alemana. ¿Cómo lo sé? Lo sé porque lo he preguntado a lectores imparciales y bilingües y, sobre todo, porque me lo ha demostrado el mercado. Un traductor es un escritor, y si es un mal escritor puede devastar o contradecir un texto. Mónica López es una excelente traductora, también lo son Ann Wright que hizo la traducción al inglés y Twedde Drük el traductor holandés. Sé que son buenos traductores por el número de veces en que me escribieron para consultar sus dudas. En cambio otros jamás tuvieron dudas.

—¿El auge de la literatura de mujeres en Latinoamérica se debe a un cambio en las costumbres?

—Sí, pero sobre todo se trata del cambio en las costumbres de una clase social, de quienes en América Latina tienen acceso al conocimiento, al arte y la literatura. Entre ellos sí ha cambiado el trato a las mujeres. No sólo por una convicción ideológica de parte de los hombres, sino porque así lo ha pedido lo que podríamos llamar el acceso a la modernidad.

Entre algunos de nosotros ya no sólo estaría muy mal visto tratar a una mujer como a un ser inferior, sin embargo, existen mujeres que siguen padeciendo un trato desigual ampliamente y que no pueden ejercer su profesión.

Desde hace siglos en nuestros países las mujeres llevan una doble jornada. Aún a principios de la década de los noventa en México, el 40 por ciento de los hogares estaba mantenido y cuidado exclusivamente por mujeres que trabajan doble y que ni lo ostentan ni lo padecen como algo extraordinario. Mujeres excepcionales que aún no han tenido el tiempo para reconocerse como tales. Menos para presumir o reprochar su destino. Las otras, las privilegiadas, hace tiempo que obtuvimos el derecho a manejar nuestro destino, no sin problemas, pero tampoco con los de Juana de Arco.

Por eso no creo justa la autocomplacencia, el gusto por decir que aunque sean las menos hemos empezado a mirarnos diferente, a desafiar, negar, contradecir, darnos una vida propia y un destino mejor. Creo que esto es algo que empezó hace muchos años y que ahora florece porque las mujeres de hoy somos hijas y nietas de mujeres que con menos escándalo y menos compañía empezaron a buscarse y encontrarse. *Mujeres de ojos grandes* es el título de un libro que se propone salvar del olvido a mujeres que empezaron el litigio del que ahora tanto nos enorgullecemos nosotras.

—¿Qué opina de las escritoras de su generación?

—Creo que hay excelentes escritoras en mi generación y tenemos que superar la moda de ser mujeres. Hace poco me decía un editor: “¿Por qué quieres superar esa moda si por esa moda también vendes? Es un fenómeno de mercado. No puedes decir que no quieres escribir para las mujeres o que no quieres escribir como mujer”. Lo que quiero es escribir para todos, escribir como mujer, pero también como escritor y ser tomada en cuenta como escritor y no solamente como escritora.

Quiero trabajar para estar ahí cuando se hable de la literatura mexicana en general y no sólo cuando hablen de la literatura mexicana femenina. Eso sería como pertenecer a las ligas menores. Como ser considerada una de esas graciosas personas que en lugar de tocar el piano o bordar precioso ahora escriben, porque están de moda las computadoras o porque transcriben sus conversaciones telefónicas. No se trata de eso, sino de trabajar. Eso se me ha vuelto un reto.

—¿Existe una literatura mexicana femenina?

—Sí la hay y te puedo hablar de un grupo de mujeres que está escribiendo, pero también hay un grupo de hombres y a nadie se le ocurre preguntar si hay una literatura masculina. Hay una literatura que estamos haciendo las mujeres pero deberíamos pensar y proponernos que estamos haciendo los escritores.

Lo que Mastretta me transmitía era que las mujeres deben ser parte de los escritores, que no son un grupo aparte. Eso es lo que quisiera que pasara, que la gente no pensara que se trata de un grupo aparte. Mi entrevista se mostraba cada vez menos complaciente con cada pregunta, así que debía atreverme a preguntar todo lo que quisiera.

—Entonces, ¿es la gente quien clasifica a los escritores y no la crítica?

—Creo que son ambos. Por ejemplo, ¿cuántas veces puedes acudir a una mesa redonda sobre literatura femenina? La gente organiza mesas redondas sobre ese tema porque los críticos te clasificaron como tal y casi estás obligada a asistir a hablar de eso. No se les ocurre que podemos hablar de otra cosa.

Un editor me decía: “Oye, desalientas a tu público. Hay mujeres que te leen entrañablemente porque estás diciendo lo que quieren decir ellas, porque las representas”. ¡Qué tedio!, no me atrevería a hacer lo que hizo Karen Blixen, firmar como hombre (aunque a veces pienso que tenía razón).

—¿Cree que existe una forma femenina de escribir distinta a la masculina?

—No estoy segura de cómo responder, podría decir que sí, que hay un discurso exclusivamente femenino, que sólo las mujeres hablamos de nuestras pasiones, nuestro tedio, nuestras incertidumbres, pero entonces ¿qué decir del corazón de Emma Bovary, del de Ana Karenina?, ¿no son con toda precisión corazones femeninos?, ¿no han sido leídos y venerados por las mujeres durante años?

Uno podría decir que el modo de describir una casa, un juego de té, unas sábanas, es exclusivamente femenino; sin embargo, hay hombres que han descrito detalladamente sábanas y comedores. No sólo la mujer puede hablar de un recuerdo referido a los olores y sabores con precisión.

Los temas favoritos de la literatura pueden ser tratados con la misma sabiduría literaria por cualquiera de los dos sexos. Las obras que conmueven al mundo, las que lo fascinan hasta volverse parte de la memoria colectiva, son las bien escritas, no las escritas por hombres o por mujeres.

En la cúspide de la llamada literatura light, y al medio siglo de vida, Mastretta habla de lo molesto que es el menosprecio de algunos sectores hacia la literatura realizada por mujeres. En este sentido considera que dicha situación es una desgracia de la literatura mexicana a la que se tiene que enfrentar gran parte de las escritoras del país.

Ella también autora de *Mujeres de ojos grandes* y *Puerto libre* concluye que lo único que desea es que la califiquen de buena o mala escritora y no de femenina o feminista ligera, distinción en que deben participar los lectores y no sólo los críticos e intelectuales.

El ritmo al que se había sujeto nuestra conversación impedía que probáramos bocado, sin embargo, intentábamos hacer un poco más pausada nuestra conversación para que la comida no se enfriara. Íbamos dando pequeños bocados mientras continuaba la entrevista.

El Centro Mexicano de Escritores

Sus inicios en la literatura habían sido mientras era estudiante de Periodismo en la UNAM. Empezó a trabajar como periodista por necesidad, ya que su padre había muerto. Gustaba de inventar las entrevistas y los reportajes que le encomendaban. Uno de sus profesores, Gustavo Sainz, le aconsejó solicitar una beca para entrar al Centro Mexicano de Escritores.

—Al paso del tiempo acepté la sugerencia de Gustavo Sainz. Hice un proyecto para realizar una novela, lo aceptaron y me dieron la beca. Ahí me di cuenta de que no era una escritora como supuse, ni siquiera una mediana lectora. Empecé a leer con gran voracidad todo lo que tenía enfrente; leía a los clásicos, tanto extranjeros como mexicanos, de igual manera que a los románticos franceses y a los literatos norteamericanos de fines del siglo XIX y principios del XX.

Durante el año que tuve la beca (1974) saqué en claro que no había aprendido lo que debería. No había conseguido hacer una novela. Además, me desanimé y pensé que nunca sería escritora. Al principio entregaba quince cuartillas por sesión; después terminé entregando dos renglones. No quería saber nada de la literatura; lo que quería era que se terminara ese año de 'pesadilla', en el que cada vez temía más escribir.

Pasaron diez años para lograr una verdadera novela (*Arráncame la vida*), en realidad era ese el resultado de mi estancia en el Centro Mexicano de Escritores. Ahora me doy cuenta de que aprendí a saber cuáles eran mis miedos. Varios de ellos ya sé cómo superarlos y otros tantos cómo enfrentarlos. Creo que si no tienes miedo no puedes ser escritor. Las letras son mi pasión central, aunque no la principal. La literatura no es más importante que mis hijos, pero sí tiene un peso clave.

Mastretta llegó al Centro Mexicano de Escritores con muchas ganas y con la misma cantidad de dudas. Se preguntaba constantemente ¿cómo se le hace para escribir?, ¿hay una técnica?, ¿se le dice a uno cómo?, ¿puedo escribir un libro? Sólo entonces aprendió que escribir era asunto de cuidado y trabajo. "La escritura es algo que se puede manipular, la compones o descompones", decía a manera de consuelo.

—Tuve la beca, aunque no resulté una becaria exitosa, sí obtuve de ese año una gran enseñanza que era la que yo necesitaba, tener seguridad para escribir, creer en mí (cosa que no hacía, que no

tenía), necesitaba tiempo, necesitaba muchas más lecturas y soltura en las manos. Creo que también lo conseguí haciendo periodismo por diez años.

Cualquier cosa nos resulta creíble cuando pasa por el tamiz de la literatura; sin embargo, ésta es falsedad y mentira en su origen mismo, camina por lo fantástico, ambiciona lo inaccesible, nos ofrece como cierto lo increíble, lo mágico, lo inusitado, es muchas veces lo que más hemos creído en nuestras vidas. ¿Por qué? Porque la literatura es un conjunto de mentiras bien contadas. Porque nada es más cierto de lo que se nos ofrece como una fantasía. Porque a los hombres y mujeres nos atrae la ilusión como ningún discurso. En ese sentido, los políticos, los periodistas, los líderes, son escritores, es decir, ofrecen ilusiones. Y como los escritores, entre más hábiles son para contar, y entre más atractiva su ilusión, más creíbles y cercanas resultan sus historias. Sólo que los escritores buscan contar el modo en que otros lo padecen y gozan. Sin embargo, nunca nos ha bastado con las fantasías que nos cuentan los escritores para vivir en paz.

—¿*Arráncame la vida* debe dar gracias al Centro Mexicano de Escritores por haber nacido?

—Después del Centro Mexicano de Escritores, hacer literatura se me volvió necesidad. Ayudada por un editor dispuesto a confiar en mí y a pagarme un sueldo mensual mientras escribía, dediqué un año a crear *Arráncame la vida*, claro que tuvo que pasar toda una década para lograrlo. La terminé al mismo tiempo en que nació mi segunda hija, a la que llamé Catalina, porque no fui capaz de generar dos nombres claves al mismo tiempo. Aún no sabía que mi segundo libro sería una colección de historias sobre mujeres, que me volvería una ‘experta’ en la selección de nombres.

—¿Qué siente ahora al escribir?, ¿cómo es la escritora?

—Ahora, cuando camino por las mañanas para hacerme al ánimo de que ha empezado un nuevo día, me dedico a sentir cómo despiertan mis ojos, mis dedos, mis tobillos. Pierdo la vista en el lago que acaricia un sol tibio y llamo a Giocco, mi perro, que siempre se retrasa o se pierde. Hago el recuento de las obligaciones pendientes, de las culpas recientes. Camino entre los árboles, veo

saltar a los peces, navegar a los patos como barcos de seda, y de pronto todo es tan armonioso que uno se va olvidando de sus obligaciones y del cúmulo de cartas sin responder, de la ciudad agresiva y disparatada en que ha puesto a vivir a sus hijos. Voy caminando con el perro arrimado a mis talones, olisqueando la yerba, y soy una señora sin edad que no recuerda el ancho de su cintura ni el tamaño de sus deberes. A veces soy la escritora y ya no puedo escribir un rato. Sólo consigo hacerlo si paso seis horas encerrada y en calma frente a la computadora. Y tardo meses en saber cómo empezar un libro y quiénes lo habitarán.

Extraño el país de los Sauri, la guerra de Daniel Cuenca, el sosiego de Antonio Zavalza, la desmesura de Milagros, el *Mal de amores* de Emilia, la intensa vida de esos seres sin ratos muertos entre los que pasé todas las mañanas de los últimos años, mientras otros ardían de rabia o tedio. Mi deber es dejar esos personajes, soltar esa historia y asirme a otra. ¿Se puede uno imaginar mayor vanidad que la que se permite quien se atreve a dedicar su tiempo, su vida, a contar una historia que lo apasiona movido sólo por el deseo de que apasione a otros?

Qué importa si me duele una historia. Qué bueno que tú no eres de esas personas que se empeñan en que uno sepa contestar a preguntas como: ¿nota usted alguna particularidad en el oficio de escribir que tenga que ver con el fin de siglo?, ¿puede describirnos cuál es su lugar en la literatura femenina?, ¿cree en el amor?, ¿de dónde saca usted la teoría de que es posible amar a dos personas al mismo tiempo?, ¿acaso le ha sucedido?, ¿tiene miedos?, ¿recuerda sus sueños?, ¿qué horizonte prefiere?, ¿qué papel desempeña la política en su vida?, ¿el país de ahora se parece al de hace cien años?, ¿cuál símil le preocupa más?, ¿qué representa la religión para usted?, ¿no le parece anticuado ser atea?, ¿quiere usted aleccionar a la mujer dócil? En sus libros siempre hay amantes; ¿diría usted que un amante es igual a luz en las tinieblas?

Sería todo mucho más fácil si alguien se atreviera a preguntar ¿cómo es su proceso creativo? El proceso creativo es azaroso, desordenado y por fortuna inasible. De todos modos, hay que volver de la caminata y sentarse seis horas diarias a fingir que uno sabe ir y venir con soltura por los túneles y los abismos de semejante proceso.

La charla continuó, en una clara demostración de lo que significa que los papeles se inviertan, puesto que la escritora suele ser entrevistadora, ahora era ella la que estaba ahí, preguntando de vez en cuando. Todo eso sucedía en aquel escenario. De pronto, los dos nos quedamos sin decir nada, sólo escuchando nuestro silencio, interrumpiendo lo que el otro decía. Ángeles tiene una fama de periodista bien ganada, bravia como una luz de bengala. Era un privilegio estar ahí para hablar de sus novelas. Sin embargo, no he de contar de qué se tratan sus libros, no podría hacerles esa maldad ni a ustedes ni a los textos. Al respecto, opino lo mismo que mi entrevistada: "los libros no se cuentan, se recomiendan, se bendicen". Que les baste saber que ella los bendijo y con esto quedan ampliamente recomendados por la propia autora.

Lo anterior no quiere decir que podremos creer, como lectores, que es bueno nada más con eso, no. Los buenos lectores no se guían sólo por el autor, es necesario que existan fundamentos que sostengan esa aseveración y ella lo sabe, por eso enumeró algunas de las razones importantes que se encuentran en sus novelas: "La primera: los textos deben ser inteligentes, después deben hacer que la narradora sea capaz de hacer que sus lectores se conviertan en cómplices de esa inteligencia, porque es capaz de crear un viaje imaginario, obviamente, hacia el pasado y con ello se convierte en un engaño. Los libros, deben ser valientes porque se arriesgan en el tono narrativo, después de eso se convierten en fascinantes y llegan velozmente a ser conmovedores, porque no evita la obligación de provocarnos el llanto cuando no queda más remedio".

Los calificativos comenzaban a caer, o mejor dicho, a llegar a nuestros oídos, "son libros justos, clásicos, honrados" y la explicación de cada uno de estos atributos fue brindada no sólo a

mí, sino a todos sus lectores, no se quedó así nada más. De esta forma inició el tiempo dedicado a la literata, a la escritora, a la "valiente, sagaz, ingeniosa y provocadora Ángeles Mastretta" que aseguran los críticos. Ella conversó de las cosas que imagina, lo que sueña y desea, del mundo en el que le gustaría vivir y que tiene que ser "justo pero entretenido". Para cada pregunta o comentario siempre tuvo algo que decir, aunque a veces tardaba en responder. Ahora, recorreríamos el camino literario después del caos del periodismo.

Terminamos de comer y nos disponíamos a saborear un café...

PLATICANDO CON *LAS PROTAGONISTAS*



El lugar donde mi entrevista pasa la mayor parte del tiempo escribiendo es un estudio pequeño, con un “amontonadero” de libros y fotos que la cercan. Ese cuarto de dos niveles, guarda la máquina de escribir que le heredó su padre y alberga la computadora en la que se pasa mañanas enteras inventando historias.

—Tengo secretos y profecías escondidos en ese estudio, está ahí la foto de mi padre, Carlos Mastretta, abrazándome mientras me enseña el horizonte; tengo la risa de mi madre a los doce años y la de mi hija a los seis, tengo a Héctor leyendo en la redacción de un periódico y a mi hijo con la lengua de fuera pedaleando un triciclo. Tengo a mi hermana muy seria con un sombrerito de paja y flores, zapatos de charol y guantes blancos. Tengo al mar de Cancún y todas las mañanas miro el asombro con que abrazo una enorme langosta en Cozumel. Tengo una mesa con las patas que fueron de la máquina de coser, y un barco que pintó Mateo junto a un arcoiris irregular y voluntarioso que me regaló Catalina.

También tengo un aparatito Sony desde el cual emprendo viajes a Venecia y Polonia, a Viena en 1981 y al México de 1943, o escucho el adagio de Albinoni. Trabaja todo el día y me acompaña por las tardes opacando las voces de mis hijos y en las mañanas quitándole al silencio la resequedad. En las noches le subo el volumen y bailamos con Juan Luis Guerra o con el nuevo rock que mece las cabezas de estos adolescentes. Una cómplice me graba cassettes de noventa

minutos con la suave revoltura de canciones a las que agrupa bajo el título de “Música para locas”. Esos los oigo en las madrugadas o cuando el desierto quiere meterse a señorearme la vida.

En este espacio apenas y cabe el ruido del teclado de la computadora, me asusta a veces porque siempre depende de mí. En ese estrecho estudio, guardo en un librero toda la producción literaria traducida al inglés, italiano, francés, danés, turco, noruego, portugués, hebreo y holandés con que han favorecido a mis libros. ---

La pájara pinta



Angeles Mastretta

“Ángeles Mastretta parece ser de nueva cuenta la narradora de moda por el innegable éxito obtenido, tanto en México como en gran parte de Latinoamérica”, me decía Víctor Manuel Juárez Cruz, periodista y compañero de ella en la licenciatura. Ya no es aquella escritora primeriza de *La pájara pinta* (1975, poesía), tímida

y de mirada melancólica a quien le costaría trabajo tratar con los hombres y que tardó en entender que “debía tenerles miedo, además de ser prudente y recatada”, aseguraba Froylán López Narváez.

Ahí sentada, clavó la vista en los grandes ventanales de aquel lugar. Recordó su infancia:

—Éramos muy libres, una familia de gran inocencia, nunca imaginábamos el mal, pues para nosotros el mundo era puro. Creo que *Mal de amores* se parece un poco a la infancia que tuve y un poco a la infancia que soñé tener.

Mastretta, de buen humor, amable y vestida con discreto traje sastre, daba sorbos a su taza de café y pequeñas fumaditas a un cigarrillo, se animaba a recordar lo que sucedió 25 años atrás y relataba sus experiencias con sus primeros libros:

—Construí las historias con el permiso de los personajes, teniendo conocimiento de quiénes eran, pero ignoraba hacia dónde iban. Algunas cosas las suponía de antemano.

Quien fuera directora de Difusión Cultural de la ENEP-Acatlán y del Museo Universitario del Chopo confesaba sus experiencias en tono indiferente. El afán de crear algo para ser leído por la gente, la llevó a escribir *La pájara pinta*, una serie de “poemas catárticos” —según Froylán López Narváez, su profesor en la facultad.

—¿Sería *La pájara pinta* el momento para ubicar el inicio de su literatura?, pues recién había estado en el Centro Mexicano de Escritores.

—No, yo ya había escrito cuentos y cosas sueltas antes, incluso ya había tratado de escribir una novela cuando escribí *La pájara pinta*. Las cosas que escribí para este primer trabajo literario (si hemos de calificarlo de alguna manera), en realidad eran juegos que hacía en mis distintos

cuadernos de estudiante. *La pájara pinta* es un azar, yo no diría que es un buen libro de poesía. Sí es un buen libro catártico pero ese es un atrevimiento que no he podido volver a tener y que a veces no reconozco, se me olvida que está entre mis libros, pero al mismo tiempo es una cosa que hice jugando y que me ha dado numerosas alegrías porque hay mucha gente a la que le gustó.

—Entonces, el inicio de Ángeles Mastretta en la literatura ¿tendría que ser *Arráncame la vida*?

—Yo diría que *La pájara pinta* sería como la formación, y el inicio tiene que ser *Arráncame la vida*, la novela formal, la obra más completa, a la que me entregué durante mucho tiempo, la que no hice jugando sino trabajando con disciplina y comportancia (sic).

Diría que fue *Arráncame la vida*; sin embargo, podemos jugar a que pudo ser *La pájara pinta*, podemos decir, incluso, que fueron los 10 años que hice periodismo para *Ovaciones*, o el tiempo que había escrito para *Las Últimas Noticias*. Muchas veces lo que estaba haciendo era ficción y ambicionando la literatura; hacía cosas que estaban habladas en primera persona y tenían mucho más que ver con quién era y qué me pasaba; escribía de qué modo vivía la sociedad, no puedo explicarlo pero no era precisamente periodismo. Muchos de los textos periodísticos ya tenían dentro una cara literaria.

Arráncame la vida



Ángeles Mastretta

—¿Cómo nacen los personajes de *Arráncame la vida*, cómo le dio vida a Catalina Ascencio, cómo se fue formando esta idea?

—Cuando decidí escribir *Arráncame la vida*, estaba muy marcada por las enseñanzas de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Lo que quería hacer era un libro que tuviera que ver muchísimo más con cómo se ejerce el poder y de qué manera se padece. Estaba mucho más obsesionada con el cacique, lo que quería era contar la historia de ese cacique, de sus rencores, de sus desmanes, quería ordenar eso, quería entenderlo por completo porque no había conseguido entenderlo en las historias de mis familiares y mis amigos cercanos, de la gente que lo padeció en carne propia hace muchos años.

Se hablaba de este cacique con tal terror y tan a medias que yo decía, bueno, “pero cómo fue en realidad, qué fue lo que pasó”. Recuperar esa historia me parecía importante y sabía que la tenía que recuperar en ficción, no quería ni podía recuperarla como sociología o como documento histórico. Lo que quería hacer era ficción, era nutrirme de las historias de este personaje.

Cuando empecé a indagar, me di cuenta de que nunca iba a tener ni el deseo intenso ni la posibilidad de saberlo todo, por ese motivo tendría que hacer mucha ficción y lo que necesitaba era una voz que me ayudara a hacerla, una voz omnipotente para unas cosas, una voz sabia, que conociera muchas cosas de la vida de este hombre y al mismo tiempo ignorara muchas otras o que tuviera visiones diferentes.

Se me ocurrió entonces que quien podría ser esa voz fuera la esposa. A ella la inventé completa, yo oí poco hablar de la esposa, sobre todo de una mujer como Catalina Ascencio no oí hablar, simplemente se me apareció una mujer muy cercana a las mujeres actuales que a las de entonces, y sin quererlo, expresamente mandé a las mujeres de mi generación a lidiar con aquel fenómeno de hombre, a permitirse una pasión escandalosa, a cantar la música que acompañó a sus madres, a tergiversar con su voz beligerante y ávida un mundo que tal vez no fue del todo como lo cuenta Catalina, pero que la apasionaba, como a mí, aún más que el mundo del que provenía su mirada.

¿De qué modo la novela se me fue convirtiendo en la historia de la educación sentimental de la mujer enfrentada al poder de un hombre? Es una cosa que fue sucediendo durante el transcurso del libro, mientras lo escribía y creo que a la larga, ahí es mucho más fuerte el personaje de Catalina y esto marca la novela, me ganó la historia personal de la señora Ascencio. Aunque no era exactamente lo que me proponía, quedé más contenta con lo que hice que con lo que quise hacer y no lo lamento. La obra (como bien se dice) siempre es la calavera de lo que uno se imagina. Hubiera querido tener las dos cosas: la historia sentimental de esta mujer y la historia de quien era este cacique.

—¿En algunos aspectos podemos identificar a Ángeles Mastretta con Catalina Guzmán, la esposa de Andrés Ascencio?

—De eso no tengo la menor idea (por fortuna), porque ¿qué tanto de uno pueden tener sus personajes? Es algo que sucede de manera inconsciente y si uno se diera cuenta a lo mejor lo evitaría porque los escritores somos terriblemente impúdicos y al mismo tiempo desoladamente púdicos, pudorosos. Yo no querría que este personaje tuviera cosas mías, pero sé que las tiene, ¿cuáles? no tengo la menor idea, porque del mismo modo en que Catalina tiene cosas mías, Andrés también las tiene y Carlos. Esa es una respuesta que pueden dar los propios personajes de *Arráncame la vida* y *Mal de amores*, porque los personajes tienen cosas de uno, salen de uno porque viven dentro de ti.

—¿A qué le atribuiría el éxito de *Arráncame la vida*, al tema, al estilo, ...?

—Es muy difícil que uno lo sepa. Yo supongo que habrá quien lo pueda decir y analizar, pero a mí me cuesta mucho trabajo saber a qué atribuirlo porque es una cosa que he vivido como algo mágico. No escribí ese libro pensando que iba a ser un éxito. Lo escribí pensando que lo quería escribir, pero no deliberadamente para que fuera un *best-seller* (que es una de las cosas de las que he sido acusada y que resulta muy chistoso). Nadie puede proponerse escribir un *best-seller*.

En México todavía hay la teoría de que existe la “literatura difícil” y “la fácil”, según esto, yo hice “literatura fácil”. Ha costado mucho trabajo que se imponga la idea de que atrás de la

persona que escribió ese libro hay una escritora. Incluso creo que eso me llevó, en parte, a escribir *Mujeres de ojos grandes* en un tono y con un estilo tan distinto al de *Arráncame la vida*, no porque tuviera que probarle a nadie que era una escritora, sino porque tenía que probármelo a mí misma. Sabía que no tenía la voz de Catalina Ascencio, que no podía volver a contar un libro con esa voz porque había sido inventada para ese libro. Mucha de la gente criticaba ese libro y a mucha otra le gustó. Podían haber pensado que era Catalina Ascencio, creyeron que yo hablaba así.

Creo que el éxito de *Arráncame la vida* puede atribuirse a muchas cosas. ¿Al hecho de ser mujer? A mí y a otras mujeres que están escribiendo ahora les ha tocado la fortuna de escribir en una época en que hay muchas mujeres ávidas de leer específicamente eso, historias sobre mujeres. Porque a mí me preguntan: “Usted ¿por qué escribe sobre mujeres?”. Yo respondo con otra pregunta: “¿Usted a un escritor le pregunta por qué escribe sobre hombres? ¿Por qué me arremete con esa pregunta?”. Yo escribo sobre mujeres porque soy mujer, pero también creo personajes masculinos. *Arráncame la vida* es un libro que tiene una historia política detrás y por eso es un libro que atrajo a los hombres también. Es una historia de una mujer, pero también es la historia del poder y la historia de un hombre que lo ejerce y de los hombres y mujeres que lo padecen.

—Corríjame por favor, ¿el tema está basado en la situación política y social de México o es completamente ficticio?

—Es una mezcla. Todo lo que uno convierte en fantasía o lo que mete dentro de un libro es finalmente una fantasía; todo lo que uno pesca del mundo real para ‘meterlo’ en un mundo fantástico que después va a regalar, se acaba volviendo falso. Por supuesto que utilicé cosas de la realidad para ese libro. Como otros escritores, necesito contar con la idea de que escribo algo que pudo suceder. Por eso en *Arráncame la vida* eché mano de personajes y situaciones reales que me ayudaran a tejer la ficción en que se convirtió mi novela.

Me atraía contar el poder, imaginarme las emociones y los pensamientos que puede haber dentro de las personas que deciden destinos ajenos. Durante los años 30 y 40 de este siglo estaba formándose lo que ahora es México. Muchos de los modos de hacer política, de intuir y crear problemas, de autoritarismo y justicia que hoy rigen nuestro país se gestaron entonces. Me resultó muy atractiva la idea de mirar dentro de quienes iniciaron los malos hábitos de hacer política que aún padecemos.

No sé en qué momento lo real se torna ficción, sé que hay en este libro mucha más ficción que realidad. Cuando intenté acercarme a la historia del hombre que se identificaría con el general Ascencio, quienes más sabían de su vida, menos hablaban de él. Así que recurrí a mis recuentos. De niña, escondida tras un sillón o bajo la mesa escuché varias veces los horrores que de él se contaban, para entonces, hacía más de diez años que se había muerto, pero aún era un tema vivo y amedrentador. Mis parientes hablaban trémulos de cosas que nunca sabré si fueron ciertas. Reconstruí lo que recordaba, pero imaginé mucho más de lo que sabía.

En Puebla hubo un cacique parecido a Andrés Ascencio. Ese hombre no estuvo casado nunca con una mujer como Catalina, a esa muchacha la inventé. Las amigas, el amante, el hecho de que el cacique asesine al amante, todo eso lo inventé. Todo es mentira y a mucha gente en México le ha costado mucho trabajo aceptarlo. Al principio, tú no tienes idea de cómo, por ejemplo, los políticos modernos me decían: “óyeme, no seas mala, hazme una lista de los que aparecen ahí, quién es quién”. Yo les decía: “no te puedo hacer esa lista porque nadie es nadie”. No me creían. “Yo vi realmente que ahí está *fulano*”. “Pues no”, le decía yo, “ése no es”. Y eso también costó muchísimo trabajo, por ejemplo, entre la gente mayor que me decía: “en eso que puso hay muchas mentiras”. En efecto, yo nunca dije que iba a hacer un libro de historia, es una mentira, dice “novela”. Por supuesto que hay cosas de la realidad mexicana.

—Decía que las mujeres de la novela simbolizan a las mujeres de hoy...

—Creo que muchas de las mujeres de *Arráncame la vida* son anacrónicas, es decir, que están fuera del tiempo. Son mujeres mucho más cercanas a nosotras que a las mujeres de los años

treinta (es probable pero no estoy muy segura). Estoy segura de que en esa época había mujeres que pensaban y vivían de ese modo. Esas mujeres son las precursoras de las que ahora decimos las cosas y eso en *Mujeres de ojos grandes* está muy claro. En esa época por supuesto que podían vivir así y hubo muchísimas mujeres que así vivieron. Lo que pasa es que si lo hacían no lo pregonaban, pero estoy segura de que había mujeres que pensaban así.

Hace poco lei un libro de Teresa de la Parra, una mujer venezolana muy crítica. Escribió ese libro en 1924, justo en la época de Catalina Guzmán y Andrés Ascencio. Es una mujer llena de ironía, muy libre cuando piensa, sus personajes se burlan de las costumbres establecidas. Cuando tiene que afrontar su mundo no es nada libre. Pero es igual que aquellas que pensaban y deliberaban que querían sus vidas como las mujeres de ahora.

—¿La intención de estas mujeres tendría que ser la emancipación femenina?

—Sí, creo que mis personajes son mujeres en busca de su emancipación sin ser teóricas del feminismo. Mi intención fue valirme de la búsqueda y de la curiosidad de una mujer inconforme para contar un mundo que provoca mi curiosidad y frente al cual no pude sino manifestarme inconforme. La conducta de mis personajes es contradictoria y no responde a ninguna voluntad teórica, sino a su propio descubrimiento de que las cosas no tenían por qué ser como eran, y de que era posible intentar vivirlas de otro modo.

—¿Recuerda cuando escritores, artistas e intelectuales fueron llegando a "El Cuervo", allá por Coyoacán, un 13 de marzo de 1985 como a las siete de la noche, y esperaban la presentación del libro *Arráncame la vida?*, platíqueme un poquito más de ese día.

—Me acuerdo que estaban ahí Elena Poniatowska, Margo Glantz, Elena Urrutia, el gobernador Pedro Joaquín Codwell y Vicente Rojo, entre muchos otros. Todos guardaron silencio confiados en escuchar la reseña del libro, de oírme decir cómo fue la espera para que la Editorial Océano lo publicara, de mi intención para reconstruir la época de los años cuarenta mexicanos a través de la esposa de un importante cacique poblano y de los pormenores y anécdotas que se presentaron

durante la elaboración de la novela. Tras agradecerles su presencia, acompañada por *El Negro* Ojeda y Jano, empecé a cantar:

"Arráncame la vida
y si acaso te hierne el dolor
ha de ser de no verme
porque al fin tus ojos
me los llevo yo..."

Empezaron a aplaudirme y acompañados por "los humos de alcohol", continué cantando durante casi dos horas. Al concluir el acto, tras las felicitaciones, los abrazos y las despedidas, no faltó el comentario de algún "intelectual dogmático" que insinuara que, como cantante, era buena escritora. La verdad es que me divertí muchísimo en aquella ocasión. El título del libro me lo "regaló" Agustín Lara cuando escuché ese bolero.

—Ahora que hace un recuento de su novela ¿qué piensa de esa historia?

—Sigo creyendo que es una novela que pensé mucho; que los hechos que narra son ficticios. Busqué recrear la manera de ser y sentir de una mujer de hace 50 años y las reflexiones (un tanto locas) que ella hace. La narración se sitúa en la tradicional Puebla y dos son las fuerzas centrales que la rigen: el amor y la política. Al escribirla, me divertí y padecí. Me sentaba a escribir, a contarle una historia a una amiga. Es una novela con arrebatos, las 400 cuartillas iniciales pasaron a convertirse en 230.

La depuración fue necesaria, quité varias reflexiones y preferí quedarme con los hechos; quizás porque me autocalifiqué de cursi, sentí que en un principio mi novela se reduciría a ser un texto tedioso y opté por dejar el chisme para mantener la atención del lector. Asimismo, nunca me propuse escribir un libro vendible, mas sí una historia agradable, con un lenguaje sencillo.

Catalina es una mujer que se hace a través de los hombres. Se casa con el cacique buscando existir de otra manera. La política rige gran parte de la historia. Imaginé cómo viven las mujeres de ciertos políticos, como si los espíaran, lo saben todo e incluso algunas de ellas llegan

a participar en una forma activa e indirecta en la acción de su hombre. Catalina es una mujer muy entrada en sí misma, quien cumple la maternidad como una obligación, sus hijos son su ruido ambiental.

Una vez me complació mucho un comentario de Rosa María Roffiel, periodista y crítica literaria, quien afirmó que es un libro donde la mujer no se autocompadece sino que por el contrario se muestra como un ser vital, continua buscadora de lo nuevo.

No sé qué disfruta más Ángeles Mastretta, si escribir o platicar. Pienso que para ella las dos cosas vienen siendo lo mismo, ya que cuando escribe, en realidad está platicando con el lector y mientras platica, escribe historias que ella misma escucha asombrada. Así de asombrado la escuché en aquel restaurante, mientras hablábamos sobre su primera novela, *Arráncame la vida*.

Entre sorbo y sorbo de su café, Ángeles me explicó que en realidad la novela trataba de la educación sentimental de una mujer llamada Catalina. Su autora quiso que esta mujer estuviera casada con un cacique para poder hacer más burda y obvia la relación del hombre y la mujer. Sin embargo, Catalina lo engaña, no obstante que se trata de un señor capaz de matar a la menor provocación. Para ella era un desafío sumamente importante. "Si una mujer con su temperamento engaña a un marido que es un idiota, pues no le resulta tan atractivo", me dijo muy convencida.

—¿Cómo se controla a los personajes?

—Controlar a los personajes no es fácil. Escribiendo la novela me di cuenta que es muy cierto aquello de que primero inventas a un personaje que pones ante una circunstancia, pero después, conforme avanzas en la escritura, este personaje te exige, ya no te deja que sigas inventando para

donde tú quieras. Te reclama cierta lógica, es decir, que al describir a Catalina a los 14 años tenía que ser la misma de adulta, así de vital, desafiante, sentimental, sensible, aventada y apasionada.

La misma Catalina me empezó a preguntar a mí, su narradora, qué hacía, qué iba a pasar con ella. Como no sabía qué contestarle, decidí transformarme en Andrea Palma, su mejor amiga y “mandarla a la fregada”.

Durante 10 años Ángeles Mastretta contaba que quería escribir una novela que relatara cómo las mujeres quieren y sienten. Hasta que un día se sentó en serio frente a la máquina y se dijo: “de aquí no me muevo”. Durante un año escribió, a diario, de nueve de la mañana a tres de la tarde. Por las noches, metida en el mundo de Catalina, se le iba el sueño cambiando párrafos, frases y capítulos. Amanecía afligidísima pensando que Carlos Vives se tenía que morir. Que no había de otra. Mientras cuidaba a su hijo Mateo que andaba en el triciclo, en su cabeza mataba al amante de Catalina. Cuando por fin lo mató, lo lloró mucho, lo extrañó. Pero lo que más padeció fue el momento de corregir. Cuando se hace periodismo no hay tiempo para corregir; en cambio una novela “la tienes que corregir veinte, treinta, hasta cuarenta veces”. Mientras la leía, tachaba y tachaba. Darle orden fue lo que más le costó trabajo. “Fue como hacer una licenciatura pero sin profesores”, confiesa riéndose.

Puebla, ciudad donde sucede la novela tenía en 1920, 500 mil habitantes. Entre éstos había un pequeño grupo que mandaba, que se controlaba, que se casaba entre sí. Siempre era el mismo, que se marginaba y censuraba. En ese entonces, Ángeles tenía una opción: o pertenecer al grupo o irse. Se fue.

—¿Por qué la infidelidad de Catalina?

—Había cuartillas y cuartillas de culpa, de mucha culpa, pero decidí quitarlas. Decía cosas como ‘yo lo maté’, ‘soy mala madre’, ‘no he sabido hacer a mi marido honrado’. Había mucho azote, pero comprendí que eran mis propios juicios. Era la seguridad de que uno debe tener culpa y remordimientos ante tales situaciones, pero eso no estaba en la esencia de ella; en el fondo le gustaba lo que le pasaba y eso era lo único que tenía que contar. Llegué a la conclusión de que Catalina tenía menos prejuicios que yo y no le parece tan dramático. Estas cosas no las sabemos manejar las mujeres, pero a mi manera de ver, los hombres son peores, no soportan que no se les quiera.

Pero Ángeles Mastretta no nada más se imaginó la novela para escribirla, se tuvo que documentar mucho sobre la corrupción de la época, sobre la política y su nepotismo. No podía inventar la sociedad en la que vivió el general antes de casarse. Tenía que saber ¿de qué se morían los pobres en 1915?, ¿quién gobernaba?, ¿cómo eran las calles, los militares?, ¿cuánto costaban las cosas?, ¿cuántos panes se compraban con un peso?, ¿cuál era el salario mínimo? Para eso tuvo que leer, entre otras obras, *La historia de México*, del Colegio de México, el *Calendario de Galván*, los puntos de vista de Alfonso Taracena.

—Aprendí muchísimo. Encontré que uno no es descubridor de los pobres. Como periodista averigüé que México había pasado por épocas terribles. Descubrí que la crisis que vivimos ahora no es tan grave como otras. En 1915, la gente se mataba por un puñado de maíz.

En *Arráncame la vida*, hablo de influencias y predilecciones, lo mismo que reclamo una literatura, una escritura y una crítica ajenas a las clasificaciones del sexo de los autores.

—Retomando un poco el tema de los personajes "reales" en esta novela de ficción, ¿qué han dicho de ellos?

—Una vez lei, "Ella encarnaba boleros", artículo de Anamari Gomis, que apareció publicado en la revista *Nexos*, poco tiempo después de que saliera a la venta el libro. En este texto ella se encarga de descifrar, relacionar o interpretar a cada uno de los personajes, sin embargo, a mí siempre me ha parecido que esta novela es más ficción que una novela histórica.

Después de las palabras de Mastretta, decidí localizar el texto al que hacía referencia y constatar cuál era la crítica que la periodista hacía a la publicación de Ángeles. Quería comparar lo que mi entrevistada había dicho de ese texto teniendo el original en mi poder. Sobre todo, descifrar por qué sólo citado ese artículo como crítica a *Arráncame la vida*. Anamari Gomis escribió:

Más que cualquier otra forma literaria, la novela muestra el modo en que una sociedad se articula, donde mejor podemos reconocemos como partes integrantes de un organismo social es el novelesco. En *Arráncame la vida* de Ángeles Mastretta, se introduce con enorme desparpajo una sociedad y una época que aún hoy reverberan con intensidad. La historia la cuenta Catalina Guzmán, la esposa de un político de los de entonces que montado en la cola del cardenismo no vacila después en aliarse a los estratos más reaccionarios del México posrevolucionario. Catín, como sus hijastros llaman a Catalina, asume la primera persona y el tono confesional para narrar su vida desde el momento en que se une —"por lo civil"— a la vida del general Andrés Ascencio. La mayor parte de los sucesos ocurren en Puebla, ciudad en la que Ascencio asumiera la gobernatura del estado. La novelista le da un sabor amenísimo a los hechos que conforman la trayectoria política de su marido; por ejemplo, aquella ocasión en que el general, aún joven, sigue fielmente la máxima priísta, "lo que hace la mano hace la tras", e intenta imitar al general Aguirre —la ficción que personifica al presidente Cárdenas— en "eso de pasar horas y horas oyendo a los campesinos" durante su campaña como candidato a gobernador. "Sólo un día soportó Andrés esa tortura. A la mañana siguiente desde el baño mentó madres contra las necias costumbre del general Aguirre y me preguntó si no me parecía que cada quien tuviera su estilo.

Como buena narradora, Catalina se convierte en una suerte de *voyeurista* que recoge, para luego juzgar, implacable, las acciones de su cónyuge, a quien poco a poco le pierde el miedo y el respeto. De ser una niña, impresionada por la fuerza y la sagacidad del improvisado general, pasa a convertirse en una mujer inteligente y sensible. El libro se vuelve un *bildungsroman* en tanto que Catalina es, como todo personaje novelesco que se precie de serlo, educada por la vida: sus primeras inquietudes con respecto al orgasmo ("me había quedado obsesionada con sentir"), desembocan en el amor adúltero, fugaz y trágico con un

joven director de orquesta de filiación izquierdista, y luego llegan a la decepción y al desencanto. De repentinos impulsos, Ascencio se transforma, a los ojos de su mujer, en alguien perfectamente pronosticable: "Aprendí a mirarlo como si fuera un extraño, estudié su manera de hablar, las cosas que hacía, el modo en que iba resolviéndolas. Entonces dejo de parecerme impredecible y arbitrario".

Historia lineal, sin digresiones y sin otra forma de narración que no sea la voz de Catalina, *Arráncame la vida* se impone como enjuiciamiento de Andrés Ascencio y, en consecuencia, de lo que el personaje representa. Y, claro, no está de más pensar que la infusión de hierbas milagrosas, "hojas de limón negro", traídas por una mujer del pueblo, cuyo marido fue asesinado con otros campesinos en un ingenio de Atencingo (de Ascencio era la mano negra de ese crimen, como también lo fue de muchos otros), haya matado lenta y justamente al envejecido general. "Se lo merecía", parece ser el sentir oculto de los personajes. No hay *rosebud* que valga, una vez muerto el cacique, que con tantísimo afán jugó para presidente de la República, se acabó la 'malencia', aunque sabemos que no es exactamente así. Ascencio no era un hombre único sino un integrante de una remesa en serie. Como él, múltiples políticos llegan al poder despóticos y arbitrarios, tiranos y asesinos, adornados con el lenguaje conmovedor y justiciero de una revolución interumpida.

La novela oscila entre arquetipos positivos y negativos. ¿Qué salida queda en cuanto al género masculino y a su actuación política? ¿Acaso el entonces líder de la CTM, que acusa a los de CROM de vendidos, habría sido una mejor opción, vinculada, según se infiere, a la izquierda? ¿Será el joven artista Carlos Vives después de sus estudios en Inglaterra, director de una recién estrenada sinfónica nacional, la figura trascendente, la del intelectual politizado y por desgracia víctima de un México bronco e injusto? Probablemente Vives sea la alternativa, el ideal, el "eterno masculino", el que invoca la perfecta relación edípica de Catín con su padre.

Catalina, la narradora, resulta menos consistente que los otros personajes, puesto que si no logra, estoica y senequista, asumir su vida con Ascencio una vez asesinado Vives, entonces ¿para qué tolerarla? Si atravesó por un proceso de educación sentimental, simultáneo al de su politización ¿cómo seguir fungiendo como la esposa del general? En todo caso, narrativamente no importa mucho. Catín es contradictoria y excesiva, no es un personaje ni dramático ni filosófico. Su autora quiere, ante todo, hacerla pasar por inteligente. Catín lo demuestra en la medida en que desea impresionar a sus hombres. ¿Qué hará Catín cuando se quede sola? El futuro sin Ascencio le proporciona una sensación de *quasi* felicidad. Por fin, cree la pobre, se ha liberado, pero analiza a Catalina Guzmán viuda de Ascencio a partir de su "verdadera liberación" sería asunto de otra harina novelesca.

Por otra parte, *Arráncame la vida*, orquesta un mundo inteligible y encantador... Hollywood desde el poder, en su versión mexicana, es recreable. Así resulta posible que Agustín Lara intervenga en una serenata a una hija del general (la que luego habrá de casarse con un Ascárraga-ficción), y que Toña la Negra, que comparte amistad y modista con Catín, se presente una madrugada en casa de los Ascencio, a petición ansiosa de Catín y gracias a la eficacia del chofer, un auténtico y fiel Babieca. La última parte de la novela, la que inicia con una fiesta en Los Pinos y con el adulterio de Catalina (y de aquí habrá de erguirse la sombra de la tragedia, como sucede con las grandes novelas de adúlteros del siglo XIX) concluye con Vives al piano (de Mahler a Lara) acompañando a la divina Toña. El pasaje es espléndido, y la novelista despiadada, introduce el elemento discordante de la escenografía de película: la voz de Catín, que todo lo arruina. El general presencia la escena bajo los humos del alcohol, baruntando la relación amorosa entre su esposa y el músico.

Por lo demás, no sobra decir que Ángeles Mastretta narra hábilmente una parte de la sociedad mexicana y que hilvana sabrosamente sus anécdotas. Alguna vez

Robbe Grillet escribió que, en última instancia, el verdadero objetivo de una novela radica en contar bien una historia. Y no cabe duda, pues, que este es el mérito de *Arráncame la vida*.

Anamari Gomís describía no sólo la historia de Catalina Ascencio, sino que aplaudía la habilidad narrativa de Mastretta.

—¿Cómo han calificado la novela sus editores?

—Como el glorioso ambiente musical anunciado en su título, *Arráncame la vida*, que cuenta historias apasionadas y tenaces. La novela tiene todos los ingredientes que hacen a cualquiera palpar: iniciación social, adulterio, sacrificio y venganza. Señalan los editores que la fuerza de esta novela radica en "las resonancias internas, los tránsitos del mundo del poder a la cocina, del corazón de la política a la política del corazón".

Alguna vez llegaron a afirmar que en *Arráncame la vida* y a través de los ojos de Catalina, una muchacha ingenua, casada con un general, yo denunciaba la corrupción del poder en la sociedad mexicana.

***Arráncame la vida* a la pantalla grande**

—En alguna ocasión tuve la oportunidad de leer que existían compañías cinematográficas interesadas en su novela para adaptarla a este medio.

—En realidad *Arráncame la vida* es un libro que he vendido más de tres veces para el cine y he conversado con posibles productores como siete ocasiones. En todas ellas, han estado seguros de que la novela parece escrita para convertirse en película, sin embargo, una primera vez el productor no pudo conseguir el dinero necesario para filmar una historia de época, otra me arrepentí al conocer a la extravagante productora mezcla hindú y colombiana que llegó a la *Sociedad Mexicana de Escritores*, con su dinero bajo el brazo y una beligerancia verbal que asustaba. Una más salí corriendo antes de estar en tratos con un productor ambicioso y autoritario que pretendía hacerme tomar un curso de guiones, con el objeto de que yo misma trabajara en el

salto febril y luminoso hacia un medio menos perdido que el literario. Esta última vez cedi ante la oferta de unos compradores que leyeron la novela en alemán, y le pusieron a mi imaginación la posibilidad de una película dirigida por un buen cineasta.

Debe ser un mal propio de la soledad con que los escritores tenemos que decidir el destino de nuestras historias, el caso es que firmé el contrato de venta, segura de que cometía una traición con el libro. No conforme con eso, cada vez que hablo con la suave mujer a cuyo cargo ha quedado el guión, entro en unas tristezas que sólo desaparecen cuando logro quitarme el asunto de la cabeza. ¿Qué necesidad tenía de compartir con otros mi trabajo? Yo había terminado con esa historia. Conforme o inconforme ya les había dado un destino a los personajes, ya los había hecho hablar, odiarse y querer como mejor quise. Lo que otros sueñen o maldigan a partir de mi decisión, es asunto de otros, yo no tengo por qué corregirlo, ni explicarlo, ni pretenderlo distinto.

Si quien lee el libro quiere pensar que Andrés Ascencio mata al amante de su mujer porque se mete a hacer política, o prefiere pensar que lo mata por celos, es muy su decisión. Pero si al convertir la novela en película, quienes hacen el guión interpretan según su parecer, cosa que hacen, el escritor, si no ha conseguido la salud mental necesaria para desprenderse de su historia y cederla, como bien dice el contrato, pasará como yo pasé, por una crisis de zozobra y arrepentimiento.

En 1995 cuando estuve en Nueva York, revisando la primera versión del libreto para *Arráncame la vida*, la guionista, una mujer inteligente, inventó unas escenas que para mi gusto confunden y no son necesarias. Cuando le pregunté cuál era su propósito, me dijo que “el cine debe mostrar lo que el libro sólo sugiere”. Me hubiera podido decir cualquier otra cosa, no me habría convencido de nada que no fuera la certeza de que no debí venderle nada a nadie.

La guionista vive en Nueva York, casada con un alemán, y no entiende, por ejemplo, que Catalina Ascencio pueda seguir viviendo con su marido después de que intuye o sabe que éste mandó matar a su amante. ¿Cómo se lo explico?, ¿cuánto tiempo la pongo a vivir entre nosotros?,

¿cuántos años tendría que oír a nuestras abuelas?, ¿cómo le hago entender que el México de los cuarenta no es el Nueva York de los noventa?, ¿cómo impido que su cine cambie la historia que escribí con palabras, con insinuaciones, con sugerencias?

A veces me pregunto, ¿si uno pretende que en la cabeza y las emociones del lector perdure la historia contada con palabras, debe negarse a venderla para el mundo de las imágenes? Para salvar nuestra versión de una historia ¿hemos de negarle a esa historia la oportunidad de hacer su camino en otras cabezas y de otro modo? No lo sé. He aprendido de cierto, que una diferencia clave entre el trabajo de un escritor y el de un cineasta, es que el escritor trabaja solo y condesciende poco. Deja sus mañanas y sus insomnios en un texto y sólo con él debe sentirse comprometido. Después, si el cine lo toma por su cuenta, la historia será problema del cine y de su lengua, el escritor y sus fantasías son otro cantar. No hay regreso al sosiego que no pase por esta convicción.

Así para cuando la película irrumpa con su propia moral en los sueños ajenos, uno estará curado y a salvo del penar que puede ser encontrarla tan distinta que parezca de otros. Será de otros. ¿Y qué importa? Si sólo de eso se trata la literatura, de inventar historias para que otros las hagan suyas. ¿Y de qué otra cosa, si no de eso mismo se trata el cine?

Mastretta hablaba de las complicaciones en las que había metido a su libro junto con sus personajes. Una vez que esa película estuviera lista, sería momento idóneo para descubrir las diferencias y/o las cercanías que el cine tiene con la literatura. Ella ya se había encargado de inventar ese mundo, había dicho cómo lo consiguió. La autora de *Arráncame la vida* aclaró que “el cine utiliza la palabra y de eso vive la literatura, que el cine nos regala historias fantásticas y que esa ha sido desde hace siglos la primera ambición de la literatura”, concluyó bendiciendo la suerte que le guarda el destino a su texto.

Tomábamos un poco de más de café. *Alma*, la persona que nos atendía, cambió el cenicero en el que Mastretta depositaba la colilla del cigarrillo que terminaba de fumar.

Mujeres de ojos grandes



—Después de haber logrado "abandonar" a los Ascencio, ¿qué siguió, cómo empezó un nuevo libro, qué se debía hacer, cómo nació *Mujeres de ojos grandes*?

—Empecé a buscar la historia de mujeres extravagantes olvidándome del discurso incambiable del hombre que todo lo deja caer sobre uno. Un día al volver del Chopo y encontrar la mesa puesta, el niño sonriente y las macetas regadas me pregunté cómo era posible que hubiera mujeres que sólo se dedican al quehacer de la casa cuando es algo tan sencillo que deja tiempo para que una se realice en varios campos profesionales y hasta tenga las uñas pintadas y el rimel en su lugar.

A mi me costó mucho trabajo desprenderme de la voz de Catalina porque era una voz muy fuerte y porque la usé mucho tiempo, pero yo sabía que no era mi voz. Por eso me tardé más

en escribir *Mujeres de ojos grandes*. Ahora, si yo me propusiera escribir libros oscuros podría escribir libros oscuros (no tengo ganas de escribir libros oscuros). Quiero regalarle a los lectores un boleto de avión a otro mundo. Quiero que ellos lleguen a ese mundo y que ese mundo se les haga entrañable y accesible sin necesidad de que ellos hagan más de lo que tienen que hacer como lectores, que es apearse a su libro.

En un principio Ángeles Mastretta se acercó a la poesía y escribió *La pájara pinta*, poemas que considera como catárticos, como ajustes de palabras. De allí brincaría al periodismo y a la narrativa.

—Tenía planeado escribir *Cuentos para Catarinas*, una serie de historias para contarle a mi hija sobre mujeres excepcionales a las cuales podían parecerse sus tías, abuelas y las amigas de todas ellas. No me molesta ni me disgusta que se hable de literatura femenina, puesto que las mujeres no contamos historias como los hombres, nuestras prioridades son distintas, y en lo personal leo indiscriminadamente a escritores de ambos sexos, aunque tengo especial admiración por Elena Poniatowska —decía la también autora de *Puerto Libre* de manera entusiasta.

Ella, incluso ya había bautizado el texto sin saber que terminaría en lo que sus lectores conoceríamos desde 1990 como *Mujeres de ojos grandes*.

—El largo camino que habría que recorrer para llegar a una nueva historia, la forma en que debía yo desprenderme del libro anterior, lo fueron conociendo quienes me rodeaban. Se acostumbraron a preguntarme cómo iban mis planes para la novela y escuchaban con prudencia mis distintas respuestas. La verdad es que tenía pensada esta novela sobre mujeres, en la que hablaran quienes no pudieron hacer nada distinto para ser importantes, lo fueron gracias a los hombres con los que se vincularon. Una novela que cuenta las vidas de mujeres que por su inteligencia o su valor podrían haber sido importantes por sí mismas y, sin embargo, no pudieron

más que usar todo su ingenio y sus fuerzas en tolerar, comprender, convivir, amar o despreciar a los hombres que las mantenían.

Contar la vida de quienes por razones impuestas pasan o pasaron la vida negadas a otro mundo que no fuera el propio. Mujeres que deben la mayoría de sus neurosis a todo el tiempo que han tenido para desarrollarlas, acariciarlas, masticarlas o tragárselas. Mujeres agazapadas, espiando y llevando la cuenta de todo, tejiendo la vida de quienes las rodean, intrigando porque no conocen otro modo de modificar el mundo que padecen. Mujeres que traicionan, indultan, adoran, envidian, enloquecen. Mujeres que todo lo desean, mujeres para las que no hay tedio ni felicidad posibles (al principio me pareció bonito para tenerlo sólo como un plan). Yo sigo hablando de estas mujeres cuyas historias tenía planeado escribir.

Cuando dejé uno de mis trabajos y redacté cartas de despedida, le dije al editor que ya estaba lista y me fui a Puebla unos días a recopilar algunas anécdotas para el nuevo libro.

Señala la editorial de *Mujeres de ojos grandes* que la obra "relata la vida de una serie de mujeres educadas para el matrimonio y sus servidumbres tradicionales: marido, hijos, casa, cocina. El centro de su vida se reduce a la familia y toda posibilidad de realización de su persona está sujeta al marco estricto de dicha institución. Sin embargo, la anécdota misma de tales vidas no resulta dramática, sino que muestra con gracia, sentido del humor, y ágil economía expresiva a tales mujeres en cuanto depositarias de una sabiduría femenina anterior a toda revolución emancipadora, que, tras la cotidianidad en apariencia sin grandes batallas de mujeres dedicadas a sus labores, revela personalidades femeninas particularmente vigorosas, ellas a menudo eclipsan a los hombres, ya sean éstos fantasmas románticos o perfectos desconocidos. La inteligencia expresiva de Ángeles Mastretta y su complicidad con los personajes hace de *Mujeres de ojos grandes* una de las muestras

más personales e inventivas de la actual literatura escrita por mujeres en español”.

Puerto libre



Tres años después apareció un nuevo libro *Puerto libre*. Éste no tenía una historia en común, se trataba de la recopilación de algunos de los textos escritos para la columna del mismo nombre, publicada en la revista *Nexas* por Ángeles Mastretta.

—Ese y ningún otro trabajo me ha dado la vida. Nunca aprendí a bordar, jamás me alcanzó el talento para tocar el piano, no imaginé siquiera la posibilidad de liarme con la ingeniería, no sabría administrar una empresa, ni obedecer a mi partido o a mi jefe, no se me ocurre cómo salvar la ecología y sé de medicina lo que mi ansia de médico me ha enseñado a leer en el *vendemécum*. No he podido jamás memorizar dos renglones de una ley, no sabría llevar las cuentas de una tienda, ni soy capaz de vender un paraguas en mitad de un aguacero. No me quejo de todas mis carencias, escribir es un oficio que enmienda casi cualquier mal.

¿Qué es hacer un libro? ¿Para qué hacer un libro? Los libros son objetos solitarios, sólo se cumplen si otros los abren, sólo existen si hay quien esté dispuesto a perderse en ellos. Quienes hacemos libros nunca estamos seguros de que habrá quien le dé sentido a nuestro quehacer. Escribimos un día aterrados y otro dichosos, como quien camina por el borde de un abismo. ¿A

quién le importará todo eso? ¿Será que habrá quien llore las muertes que hemos llorado? ¿Habrá quien le tema al deseo, quien lo consienta y lo urja con nosotros? ¿Para qué hacer una novela de costumbres?

A mi entrevistada le cuesta hablar de su obsesión por las palabras, pensaba al escuchar el modo en que hablaba de este libro, por su búsqueda de adjetivos para describir qué había sucedido realmente con esa publicación. Todo eso se convertía en una parte secreta de su vida privada.

—Que las cosas parezcan naturales requiere de un artificio peligroso. Que carezcan de artificio puede resultar aún más peligroso. Tengo vicio por los sonidos, gusto por oír las palabras redondas, cobijadoras, tibias. Escribo desde el principio pensando que tal vez nunca regrese al texto, pero es inútil, cien veces regreso y mil volvería para seguir dándole vueltas.

Mastretta se mostraba confundida entre las palabras que buscaba para calificar el trabajo realizado en *Puerto libre*.

Se trata de textos en los que la autora narra mundos y personajes cotidianos con “una luz de un mar imprevisible, altanero, único, irrepetible y fugaz con puertos que a veces oyen el mar, los volcanes, los muertos que no se han ido, la lengua y las lágrimas, el huracán y la pérdida, el tiempo y la conversación”, publicó la Editorial Cal y Arena. Aquí se albergan temas tan distintos y tan similares. En este libro, Mastretta “nos guía al puerto libre de la escritura y sus contornos inusitados. Es un lugar de encuentros, nos habla de un mundo que se sueña sin fronteras: viajar, dormir, y enamorarse son tres invitaciones que la autora nos hace a lo mismo, a la lectura”, afirman los críticos ante la aparición de *Puerto libre*.

—En *Puerto libre*, cualquier cosa nos resulta creíble cuando pasa por el tamiz de la literatura. La literatura que es falsedad y mentira en su origen mismo, la literatura que camina por lo fantástico, que ambiciona lo inaccesible, que nos ofrece como cierto lo increíble, lo mágico, lo inusitado, es muchas veces lo que más hemos creído en nuestras vidas.

—¿Por qué *Puerto libre* tendría que ser considerado como literatura?

—Porque la literatura es un conjunto de mentiras bien contadas. Porque nada es más cierto que lo que se nos ofrece como quimera que fue posible. Porque a los hombres y mujeres nos atrae la quimera como ningún discurso.

Estamos habituados al humorismo practicado por hombres, pero aquí la cuota de ingenio y de envolvente gracia proviene de una sensibilidad de mujer de forma original y saludable. En *Puerto libre*, se transcriben varias de las máximas y decires de mujeres (tías). Te voy a leer algo —dice al solicitarme el libro que guardo en el portafolio del que me acompañé, “Todo amor es eterno mientras dure (tía Clemencia); El amor para toda la vida se inventó cuando el promedio de la vida eran treinta años. Ahora que es de setenta, ¿qué se hace con los otros cuarenta? (tía Isabel); En México hay dos congregaciones: la de las hijas de María y la de las hijas de la Chingada. Con ninguna de las dos me identifiqué (tía Marisol)”.

Nosotros platicamos por escrito porque uno tiene que inventarse preocupaciones que le den chiste a la vida y nos atrevemos a manifestarnos tan orgullosos y conformes con nuestros textos. Cuando alguna ocasión me decidí por fin a redactar mi planeadísima renuncia a la dirección del Chopo, renuncia que por supuesto tiene su fundamento en la gana de cumplir con otro plan menos ‘realista’ —señala de manera un tanto irónica—, que todo el que me conoció pudo saber que se trataba del *Plan Global para el Desarrollo de una Improbable Novela* —me recomendó que lo escribiera con mayúsculas—, lo de *Global* lo lleva porque surgió en el sexenio de López Portillo —ríe al recordarlo.

Pertenezco a una corriente literaria empeñada en contar historias, antes que opinar sobre ellas; intentar que mediante sugerencias al lector las invente, o jugar con el lenguaje como único objetivo. Yo quiero ser como los escritores más tradicionales, una escritora empeñada en crear mundos cerrados como boletos que se regalan a los lectores como uno de avión, como un viaje con todo pagado a otro mundo, al mundo privadísimo y único de otros seres humanos. Quiero trabajar para que otros puedan acceder a vidas ajenas y remotas como si fueran las suyas propias, quiero crear personajes y situaciones redondas, casi reales y, sin embargo, a salvo de la realidad llena de tiempos muertos, frecuentes aburriciones y tedios inevitables.

Mal de amores



—Para la creación de *Mal de amores*, tuvieron que transcurrir otros tres años desde la publicación de su libro anterior, pero ¿qué sucedía entonces?, ¿cómo tenía proyectada esta obra?

—Tú sabes que los proyectos son siempre las fantasías de los escritores. Las novelas están hechas de las fantasías y cuando uno las termina nunca son iguales a como las conversó. Así que a mí me da muchísimo miedo hablar de lo que estoy haciendo porque creo que si lo cuento demasiado voy a dejar de hacerlo.

Cada quien tiene sus mitos y sus ritos respecto de lo que escribe. Yo inventaba a una mujer que vivía irremediabilmente en Puebla (no sé por qué pero acabo necesitando siempre que mis personajes vivan al menos un tiempo en Puebla). Esta es una mujer que ya se había instalado a vivir en el Distrito Federal en el año de 1900, pero no pude creerme su primera infancia fuera de Puebla. Me hace falta el impulso de esa nostalgia para que una historia pueda correr por mi cabeza.

Mi personaje era una mujer con actitudes de mujer de los años setenta en 1910, cosa que era bastante posible porque la época de la revolución de 1910 a 1940 fue una época bastante permisiva, transformadora, enriquecida, muy vital, en la que se aceptaba con naturalidad a la gente distinta y extraña, sin considerar sus desacatos como algo punible.

Esos años resolvieron las cosas de tal modo que entonces la gente que vivía de una manera extravagante, por ejemplo, una mujer que no se casaba, no tenía que ser una solterona amargada, podía ser una mujer con varias pasiones, con una vida personal pública y privada que no está regida ni por las instituciones locales ni por las reglas sociales, sino por lo que ella decide hacer con su vida. Esta mujer hereda una farmacia y de allí es que tiene cierta libertad (porque las mujeres no tienen libertad cuando no tienen dinero). Ella es capaz de encontrarse un modo de vivir, obtener pasiones profesionales, no como vendedora de medicinas sino quizá como curandera, y mantener una pasión por un hombre que es un extravagante, que es un aventurero y que va y viene y que vuelve a ella como a su casa, pero no vive con ella. Esto a lo mejor suena muy extraño. Estaba en mi cabeza y no sabía cómo iba a quedar.

—¿Cómo fue creado el personaje de Emilia Sauri?

—La primera vez que pensé en ella, Emilia Sauri estaba sentada en el patio trasero de su casa, dándoles de comer a unas gallinas inquietas y blanquísimas. Su falda recogida dejaba ver unas piernas fuertes y largas como después las tuvo. Emilia Sauri sería una mujer presa de dos pasiones. Doméstica y audaz, suave pero beligerante. Tendría una casa grande llena de hijos y parientes, un marido deseado, generoso y trabajador como el agua, un amante cuya historia yo no

sabía de cierto, ni quería conocer sino hasta la mañana en que irrumpiera a medio libro para alzarnos en vilo a ella y a mí. Impertinente y desordenado, con los hombros caídos y la cabeza prediciendo portentos.

La siguiente vez que la vi, dilucidaba sin tregua si era verdad o era que un sueño la había puesto a querer dos hombres al mismo tiempo, sin más dolor que un enigma de horarios y amaneceres. ¿Cómo sería que Emilia fue naciendo a finales de un siglo carcomido como el nuestro, por el abuso, la esperanza y la sin razón? ¿Cómo fue creciendo hasta dar con la juventud y la guerra? No sé.

En otra ocasión, Emilia se para por primera vez y da un paso levantando la cabeza como una bailarina. ¡Qué logro!, ¡qué adelanto! Por fin, después de setenta cuartillas, conseguí que Emilia Sauri deje de ser una bebé, entonces me preguntaba ¿alguna vez podré empezar a contar cómo pierde al amor de su vida? Y cuando le leía algo de esto a mi madre, también ella me preguntaba ¿en algún momento va a pasar algo?

Emilia me encanta y creo que hay pedazos de ella en mis amigas, en mí, pero al mismo tiempo es mejor que todas nosotras, es como quisiéramos ser. Lo que más me gusta del personaje es que duda poco, tiene una enorme certeza de lo que quiere en la vida.

—¿Cómo se entrelazan los otros personajes?

—La primera vez que pensé en Emilia supe que sería una mujer presa de dos pasiones, capaz de querer a dos hombres al mismo tiempo. También supe que tendría un padre (Diego Sauri), una madre (Josefa Veytia) y una tía que la podría querer tanto y consentir en sus locuras (Milagros).

Tantas cosas pasan durante un libro, tanta ocurrencia y tanto afán caben en trescientas cuartillas, que cuando me preguntaban de qué se trataba el libro (cuando recién lo había terminado), sentía un gran temor de poder decir en diez palabras todo lo que fui diciendo durante

años de llegar puntual como a ninguna parte, al cuarto cuyo silencio exorcizo con el diario deber de inventar una historia.

—Hace unos minutos mencionó que el autor se puede reflejar en sus personajes, en esta novela ¿dónde está Ángeles Mastretta?

—Escribiendo he podido sentir a una mujer con la voz de ángel que no tengo, he conseguido enamorarme de diez hombres con toda el alma, he recuperado al padre que perdí un amanecer, he convivido con él y su gusto por la ópera, la política y el buen vino, como si el fuera el boticario Sauri y lo albergara el inocente fervor de su hija Emilia. He sido cuerda como Josefa y demesurada como Milagros Veytia. He tenido un tío rico que me hereda una casa colonial y he jugado por fin junto a la fuente que había en el jardín de mi bisabuelo. Es más, lo he conocido, he aprendido de sus palabras cómo curar heridas, cómo reconocer gravedades, cómo sacar hijos de las panzas azules en que los guardan sus madres.

Escribiendo *Mal de amores* (que terminé en noviembre de 1995), me subí a los trenes de la Revolución, me hice médico, curandera, adivino, aldeana, general, cura, librero, guerrillera, amante de un hombre que me necesita y de otro que no sabe lo que quiere. Ahora que la novela se ha quedado en manos de otros, que la han leído ya los tres lectores a los que más temo, y los tres que mejor me perdonan. Ahora que ya está vendida a los editores y que tal vez empiecen a llegar las cuidadosas cartas de los traductores, me ha tomado la nostalgia de todo ese mundo entre dominante y bendito en que viví mientras la escribía, echando maldiciones, durmiendo mal, abrumando a los otros con el pesar de quien un día sí y otro también, se siente perdida en una realidad extraña y ardua que quién sabe cómo la atrapó y quién sabe cuándo pensará soltarla.

¿A quién conmoverá el olor a sopa caliente bajando por las escaleras que sube un aventurero como Daniel Cuenca? ¿Quién apreciará el silencio anticuado y valiente de Antonio Zavalza? ¿Valdrá la pena leer diez libros sobre yerbas y menjerges para encontrar dos nombres que hagan creíble media página? Menos certeros que los físicos, más empeñados en la magia que

los médicos, los escritores trabajamos para soñar con otros, para mejorar nuestro destino, para vivir todas las vidas que no sería posible vivir siendo sólo nosotros.

Una vez que tenía la historia de cada uno de los personajes, escribir *Mal de amores* se volvía una necesidad para Mastretta, tardó en dar con el tono y las condiciones en que nacería este proceso creativo; volvería a sentarse a escribir durante seis horas diarias para dar con el hilo conductor de la vida de Emilia Sauri.

—Empecé a escribir la novela para Emilia Sauri casi un año después de verla y ambicionarla por primera vez. Era enero de 1993. Decidí que ella naciera justo cien años antes porque quise pensar la vida en esos tiempos, entre otras cosas porque fueron años de riesgo y sueños que parecían remotos. No imaginaba tiempo más distinto del nuestro. No supe sino después de muchos meses de lectura, cuánto ignoraba de lo que según yo, todo mexicano sabe como su nombre. ¿Qué pasaba en nuestro país durante los años anteriores a la guerra civil? ¿Qué era el porfiriato además de un periodo de treinta años en el que gobernó un general llamado Porfirio Díaz? ¿De qué vivía la gente, qué profesión elegía, quiénes no podían elegir y quiénes no elegían porque ni eso necesitaban? ¿En dónde estudiaban los niños de clase media, qué jabón usaban, qué médicos veían, qué medicinas tomaban, qué diversiones los acunaron, en qué viajaban? Después, a la novela, sólo pasó el perfume remoto de eso que aprendí. No hacía falta más. Al parecer no se necesitaba la especialización en héroes y convocatorias, proclamas y manifestaciones que cruzaron la historia patria entre 1893 y 1917. Sin embargo, no me hubiera atrevido a creerme la novela sin temerla. Aunque al corregir hayan quedado sólo dos o tres menciones de todo aquel enjambre. Obtuve en cambio, del presente que se nos fue imponiendo, materia de reflexión y anécdotas para temblar por un pasado que a veces parece de regreso.

Yo imaginé a Emilia Sauri, primero como una mujer de treinta y siete años que no sabe qué hacer con los vericuetos de su corazón, después como una anciana que recuerda frente a una nieta preguntona. No importaba la política, ni se sabía de guerras en su entorno. En *Mal de*

amores, Emilia Sauri nunca nos muestra sus años treintas. Conocemos en cambio a sus padres con todo y amigos, familia, fantasías, ambiciones políticas y líos educativos. Recorremos con Emilia la infancia y la primera juventud, no la segunda. Asistimos a la guerra que jugó con su vida. No sabemos si tuvo gallinas, ni cómo crió a sus hijos. Tampoco habla nunca con su nieta. Esas cuartillas se quedaron afuera, sobraban a pesar de existir con tanta contundencia en mi cabeza. De ahí que la estructura del libro se volviera un problema.

Ángeles Mastretta cumplió con el deber de inventar cada mañana un mundo y escribir para sentir que mejoraba el presente invocando el pasado; para asegurarse que la vida ha sido difícil y hermosa muchas veces antes que ahora. Sin embargo, topó con sentencia de que nada tiene remedio y se dio cuenta que de nada servía su empeño para tratar de mejorar el pasado, no obstante, se privó de la familia y de los amigos mientras escribía para sentir que ese mundo que inventaba era necesario, no le importó privarse de las cosas que esta vida le brindaba mientras disfrutaba de las que Emilia Sauri le entregaba en sus andanzas.

—No eran iguales todas las mañanas, por más que los de afuera me vieran sentada igual, torcida igual sobre la máquina, irritada con el ruido igual. Cada día era un tormento o una feria y nunca era predecible lo que me esperaba. Ahora, sin embargo, recuerdo esos días aún cercanos con la misma nostalgia con que se recuerdan los remotos tiempos de vino y rosa. En eso, la experiencia creadora sí se parece a un parto. No puedo evocar ni un solo de los malos momentos, si no fuera porque están para recordármelos quienes me oyeron quejarme y maldecir mi suerte a toda hora, yo diría que nunca la he pasado mejor que en los tiempos, la casa, y el país de los Sauri. Empecé queriendo una novela centrada en los deseos y ambigüedades de una mujer y quién sabe cómo esta mujer y sus deseos quedaron dentro de una historia menos asible, más complicada.

No recuerdo (porque no le conviene a mi actual afán de tranquilidad), la desesperación que me agitó durante los meses en que convencida de que el libro era muy largo, daba explicaciones innecesarias y andaba caminos que podían evitarse. Acepté buscarle un orden distinto. Hubo noches en que desperté segura de que de tanto borrar lo había borrado todo. Hubo otras en que no pude dormir, pensando en si sería mejor dedicarme a dar clases de lentitud y meditación. Y hubo unas peores, unas en las que estuve cierta de que nadie me aceptaría como alumna del primer grado de yoga. Si alguno de esos días hubiera invadido mi casa una familia de ratones me hubiera vuelto loca. Por fortuna el azar y la lluvia supieron esperar. No a que yo terminara el libro, los libros nunca se terminan, pero sí a que me desprendiera de él.

Muchas cosas, arduas e incomprensibles pasaron en el país mientras tuve media cabeza tomada por la fuerza de una realidad que a nadie sino a mí le importaba y que de nadie sino de mí dependía. Pienso ahora que preferí el pasado, instalar en él los pies y los ojos de Emilia Sauri, ha sido la manera de soñar que estos tiempos tienen remedio, que no son peores que otros, que nuestros hijos tendrán pasiones, futuro y abismos, como los tuvieron nuestros abuelos y los vamos teniendo nosotros.

—¿Qué dijo la Editorial Alfaguara de este libro?

—La casa publicadora de *Mal de Amores* dijo que ésta es "la historia de una pasión entretejida a la historia de un país, de una guerra, de una familia, de varias vocaciones desmesuradas". Todo eso porque la protagonista, Emilia Sauri, vive enamorada de dos hombres. Por un lado está el revolucionario aventurero Daniel Cuenca, por otro está Antonio Zavalza, médico y diplomático que busca la paz entre las facciones sociales. Insisto en que la novela hace alarde de una talentosa manera de conversar con las novelas costumbristas; pero al mismo tiempo, también ofrece lecciones fascinantes de cómo entender el presente a cabalidad sonora.

La revista estadounidense *The Economist*, consideró a *Mal de amores* el libro más exitoso en México. La buena fortuna que lo abrigó en el extranjero le permitió vender miles y miles de

ejemplares en todo el mundo. “El lenguaje y la arquitectura literaria de una obra, permitió que esta publicación tuviera como objetivo contar bien una historia”, dice la traducción del artículo norteamericano.

—Que el lenguaje parezca accesible no es tan fácil. Existe un gran trabajo de elaboración en el libro, una opción profesional, ni mejor ni peor, pero de momento he querido escribir libros así: que empiecen por el principio y terminen con el final. Cada libro es una experiencia distinta y lo único que sabemos de cierto son nuestras propias pasiones, afanes o medios.

Respondía Mastretta ante la aparición de tan importante declaración. Asimismo, reflexionaba ante su pasión por los temas del pasado.

—Me pregunto también por qué camino con tanto gusto por el pasado, a lo mejor porque es otra variante de la ciencia ficción. El pasado es un mundo, de todas formas, desconocido. Por más información que se tenga, es un mundo con el que soñamos y por el que caminamos con el mismo temor que lo haremos por el futuro, sólo que el pasado te da la oportunidad de trastocarlo o, por lo menos, podemos fantasear con esa idea. Pensar en que algo que ya pasó puede ser tocado por ti, es muy atractivo. Esa etapa de la historia (la revolucionaria) me despierta un gran atractivo, porque es una época fundadora, la madre del tiempo que ahora vivimos, que hemos gozado y padecido.

Hay situaciones en los últimos años, por ejemplo, que se consideran como lo peor que nos ha sucedido, pero creo que no es así. Hay que enterarse de lo que pasaba antes, porque la ciudad de México en 1915 no sólo estuvo desgarrada por el odio y los desacuerdos políticos, sino también por el hambre y las epidemias, entonces también se creía que era lo peor. La historia sirve para que el presente cobre sus verdaderas dimensiones. Aunque también se reflejan los aspectos del momento en el que se está escribiendo la novela. Escribía sabiendo del

desgarramiento interno que se suscitaba en el país, de los pesares, del desconcierto por el que atravesamos en 1994 y el movimiento zapatista. Encontraba similitudes con los miedos y, al mismo tiempo, la necesidad de promesa que había a finales del siglo pasado, no sé si será verdad.

—Usted trastoca el pasado a través de voces femeninas muy contemporáneas...

—Y, sin embargo, la narradora en mis libros es una voz femenina y es una voz que puede ser la mía, no lo sé, pero tampoco he tratado de alejarme de ella. Hay quienes me han dicho que las mujeres de *Mal de amores* son totalmente anacrónicas, yo así lo creo. Están, en apariencia, fuera de tiempo, pero estoy segura de que mujeres así existieron hace cien años, para que ahora tantas mujeres y hombres podamos reconocernos. Yo creo que sólo se trata de ser buena o mala escritora.

—¿Tuvo usted la certeza de hacer una novela romántica?

—Creo que sí. Hay un alegato romántico, porque quienes vivimos en el tardío siglo XX (y ojalá caminemos por el XXI), nos debemos el gozo de fantasear con la posibilidad de ser románticos. Me has puesto a pensar, porque en realidad no podría decirte qué actitud o tono específico de la novela estamos calificando de romántico (no sé, creo que voy a hurgar en los personajes y haré un artículo). Por otra parte, esto es muy peligroso, porque todavía estoy muy atada a los personajes de *Mal de amores*, la prueba es que me pongo a planear otro libro y me da tristeza, pienso en otros personajes y creo que van a ser menos imprescindibles. Es ridículo o romántico, ponlo como quieras.

Los comentarios para esta novela y para la escritora de *Mal de Amores* no se hicieron esperar. Muchos de los amigos cercanos de Mastretta o aquellos que seguían su lectura, se atrevían a decir que ésta era la mejor de las dos novelas que había escrito hasta la fecha la también autora de *Arráncame la vida*. Existen algunos escritores que alabaron lo hecho por mi entrevistada, otros, en cambio, comentaban que se trataba de una “cuestión de suerte”, que había

sucedido sin que el escritor se lo hubiera propuesto. Entre algunos de ellos se encuentran los siguientes textos:

Jorge Echeverri González, escritor y periodista señaló en una publicación:

Mastretta como habitante del corazón de la ciudad de México, no refleja en su temperamento público las pasiones y tormentos por los que pasan sus personajes femeninos. Ha asumido el amor como el tema central de sus novelas. El amor y el desamor y con ellos la pasión y la tragedia. Su vida intensa se refleja en los personajes de sus novelas, aunque no sean biográficas en la anécdota. Partidaria de la diferencia, una característica que se impone entre los rasgos de la cultura de sociedades de fin de siglo XX, cuestiona los dogmas y es apasionada por la vida. Y así es Emilia Sauri: amante contra las convenciones, liberal en un momento en que una mujer no podía serlo, vital y que por serlo conoce la felicidad y la desgracia (...).

Los sentimientos femeninos —finalmente su preocupación mayor— han permitido señalar a Ángeles Mastretta como feminista o por lo menos que escribe para mujeres. Ella lo desmiente enfáticamente. Escribe como mujer, lo cual es distinto, pero no reivindica su condición de mujer para lograr ser leída. Pero escribe para mujeres y hombres y de mujeres y hombres. No tiene la fácil pose del feminismo desarticulado y fanático. Y no cree que haya un *boom* de literatura femenina, aunque sea leída con fruición por las mujeres y aumente sus ventas por su condición de mujer: es 'como si Gabriel García Márquez saliera a convencer a los hombres de que lo lean, porque él es hombre' dijo en su paso por Colombia (septiembre de 1998) al editor cultural de un periódico de Santafé de Bogotá. Y al escribir desde los fantasmas que rondan el espíritu femenino nos sirve a los hombres para aprender a mirar el mundo desde esa perspectiva (...). Mujer que debe construir su mundo femenino en un ambiente masculino. Y en ese mundo, a Emilia Sauri le corresponde construirse como mujer.

Con maestría inigualable y cristalina ligereza, Ángeles Mastretta nos ofrece en estas páginas el vivo retrato de una mujer tan frágil como aguerrida, que asoma al mundo moderno despojándose de las ataduras y prejuicios de sus antecesoras. La protagonista de esa cautivante novela no sólo debe enfrentar los tradicionales problemas domésticos y femeninos, sino también los embates políticos de la vida de su país, motivo por el cual se ve obligada a llevar una doble existencia para seguir siendo fiel, contra viento y marea, a su primer amor. *Mal de amores* habla de una pasión entrelazada a la historia de un país, de una guerra, de una familia, de varias vocaciones desmesuradas. Lo que los caracteriza es su habilidad para estar atentos a tantos aspectos de la realidad con un tipo de percepción tan femenino de lo latinoamericano, algo tan sacudido en la historia, que hay tiempo, temura e imaginación para sobrellevar esos acontecimientos.

El crítico español **Eduardo Berra** señaló unos rasgos que bien pueden aplicarse a *Mal de amores*:

La ironía y el humor se combinan con la frustración y el desamparo en una narración que refleja finalmente un proceso de rebeldía en busca de la afirmación de la propia identidad, sacando a la superficie aspectos siempre eludidos a la hora de narrar ese gran relato del México revolucionario y posrevolucionario.

Mario Benedetti escritor y periodista, escribía en la revista *Nexos*:

La imputación de Ángeles Mastretta en la literatura mexicana sacudió varias de sus rutinas folklóricas, y, casi sin proponérselo, puso en tela de juicio algunas de sus tradiciones en perpetuo acicalamiento y desarrollo. Como era previsible, a partir de títulos del tenor de *Arráncame la vida* (1985), *Mujeres de ojos grandes* (1990) y *Mal de amores* (1996), resultó inevitable que más de un crítico le colgara el sambenito de 'escritura femenina'. No estoy de acuerdo y creo que tampoco lo está la propia Ángeles Mastretta. Ella es sencillamente una mujer que escribe bien. Es obvio que sus personajes mejor diseñados, pensados y sentidos suelen ser mujeres.

Las mujeres de Ángeles Mastretta no son estereotipos y quizá por eso circulan por el ámbito narrativo con una naturalidad tan seductora. Catalina Guzmán y Emilia Sauri toman decisiones que sorprenden al lector, lo cierto es que cada una en su contorno y en su tiempo, se mueven con la libertad que otorga la ficción bien entendida.

El éxito de *Arráncame la vida* (traducida a once idiomas) y de *Mal de amores*, en sus protagonistas —que tal vez tienen algo de verdad pero seguramente mucho más de ficción, o sea de mentira—, se nos impone como un personaje de carne, hueso y alma. Y tanto nos cautiva que nos mete a todos, mexicanos o no, en ese pasado de agitaciones y revueltas de lealtades ambiguas y cambios de consignas, y también de amores móviles, casi portátiles, y, sin embargo, tan perdurables y acuciantes que dos de ellos llegan irremediabilmente a coexistir de por vida en el abrumado y pragmático corazón de Emilia Sauri, una mujer tan especial que no siente celos de otra mujer sino de la revolución, ese ente abstracto y a la vez concretísimo que en dos por tres, la priva del cuerpo y el alma de su amado Daniel Cuenca.

Con su mente y su corazón entregados a esa Puebla en que nació, Mastretta ha adquirido una indudable pericia en extraer el contexto popular, ya no la pertinencia meramente folklórica, deformada por siglos de rutina, sino la escuela y honda sabiduría. Ese atributo forma parte de su originalidad y en cierto modo justifica su innegable capacidad de comunicarse con el lector, y no sólo el cultivado sino cualquier lector.

En la Puebla de fin de siglo y principio de otro, las relaciones humanas, como en cualquier tiempo y lugar, no son fáciles, pero allí son aún menos fáciles, porque la revolución, la contrarrevolución y la posrevolución transcurren, y a veces se cruzan frente a las puertas y las ventanas. Mastretta desdramatiza ese caótico tránsito con la naturalidad de su buen humor y su ironía. Y ahí nos brinda otra sorpresa.

Y una virtud adicional, por cierto nada frecuente: el ritmo. La escritura de Ángeles Mastretta es ágil, nerviosa, de continuo va sembrando inquietudes y curiosidades. Desmintiendo al clásico, se la lee sin pausa pero con prisa. Cuando acaba un capítulo el lector aborda de inmediato el siguiente, ya que quiere saber cómo se va a cerrar la interrogante que, con naturalidad y astucia, la autora abrió en el capítulo anterior. Aquí el triángulo amoroso, aunque sin duda no es equilátero, es mal y bien de amores. La protagonista va de ángulo en ángulo (y nosotros con ella) buscando afanosa y alegremente su identidad. Y en cada ángulo es ella misma.

¿Cuántas Emilias?, se pregunta, en la última página, un gozador y atribulado Daniel Cuenca, que más que el enamorado es el *portenaire* de Emilia. Y el lector a su vez se pregunta: ¿Cuántas Ángeles Mastretta? A veces, se resumen en una sola; otras veces, nos parecen incontables. Una o múltiple, ojalá sobrevengan muchas más. Lo seguro es que todas serán bien venidas.

Por su parte **Gabriella de Beer** escribe en *Los acantilados de la pasión en Nexos*:

Ángeles Mastretta se dio a conocer en el escenario literario en 1985 con *Arráncame la vida*, obra que marcó un hito en la evolución de la novela mexicana contemporánea. Su protagonista, Catalina Ascencio, cautivó al público lector con la desfachatez de un proceso de autodescubrimiento a través del cual pasó de joven ingenua a mujer con ideas propias y sin temor a desafiar la tradición. En *Mujeres de ojos grandes* (1990), Mastretta presentó una galería de 37 tías todas extraordinarias, distintas y memorables porque también enfrentan problemas y situaciones con actitudes inesperadas y sorprendentes. En la novela *Mal de amores* (1996) la escritora creó a Emilia Sauri, quién nació en los últimos años del siglo XIX y creció en una familia liberal y moderna. El comportamiento de Sauri la representa como una mujer mucho más típica de nuestro tiempo que de los años pre y posrevolucionarios donde Mastretta la sitúa cronológicamente. Si reunimos a las protagonistas de las tres obras narrativas —Catalina Ascencio, las 37 tías y Emilia Sauri—, para encontrarles una característica en común, damos con lo que Mastretta denomina “anacrónicas”, fuera de su tiempo.

Vale recordar que Ángeles Mastretta nació en Puebla y pasó los 20 primeros años de su vida en esa ciudad. Este periodo es tan significativo que la mayor parte de la acción de sus novelas ocurre en su ciudad natal donde, por nostalgia o debido a recuerdos e impresiones indelebles de la niñez y adolescencia, la autora vuelve en busca de inspiración y modelos. La nostalgia que la escritora siente por Puebla se extiende al mundo de sus antecesoras y a la historia política de México. La atraen el siglo XIX y la primera mitad del XX y, en efecto, su narrativa refleja esa fascinación. En *Arráncame la vida*, además de tejer una compleja trama sobre la relación de Catalina y el general Andrés Ascencio, Mastretta capta de una manera gráfica y absorbente cómo se gobernaba en los años treinta y cuarenta. *Mal de amores* es una novela cuya acción empieza en las últimas décadas del siglo XIX, coincide en la época en que Porfirio Díaz asumió el poder y pasa por la Revolución y su consolidación. Como la obra presenta los puntos de vista y la participación de varias familias de Puebla en los eventos históricos, ella se inscribe dentro de la “novela de la Revolución mexicana”. Mastretta hace un esfuerzo consciente por recuperar esos años, por rescatar muy en particular a las mujeres de la época y buscar en el pasado los patrones políticos gestados entonces. Para la autora, tanto las mujeres como los hombres que la precedieron la acompañan hoy y le permiten caminar por el borde del acantilado de la vida cotidiana. Este es uno de los temas centrales de su obra.

Emilia, y en menor medida su madre Josefa y su tía Milagros, son las protagonistas anacrónicas que tanto fascinan a Ángeles Mastretta.

Mal de amores es una obra multifacética, atractiva y asequible al gran público lector. La historia de una larga pasión extraordinaria que sobrevive a pesar de los embates, marca la novela indeleblemente, a la vez, es de igual importancia la creación de personajes, tanto hombres como mujeres. En eso Mastretta sobresale al presentarnos tipos extravagantes, fuera de serie, distintos, independientes y valientes que se enfrentan a la sociedad sin temor a represalias. Estos personajes, incluso los secundarios, interesan al lector y, a la vez, dan testimonio de la gama de personajes que pueden ser creados para enriquecer las historias.

Emilia Sauri despierta nuestro interés no sólo por su capacidad de equilibrar dos relaciones amorosas simultáneamente sino por ser una mujer contemporánea en todos los sentidos —liberal, autodidacta, profesional e independiente—. Su

dedicación a la medicina que combina lo físico con lo espiritual y lo tradicional con lo experimental, señala a una mujer absolutamente anacrónica, más representante de nuestros tiempos.

Todo ello nos lleva a concluir que Ángeles Mastretta es una escritora cuidadosa, cuya narrativa muestra el estudio de los documentos históricos, políticos y culturales necesarios para representar su mundo de ficción. En *Mal de amores*, Mastretta hábilmente maneja la prosa y nos lleva a ver el pasado desde otra perspectiva.

María José Obiol en “Dos veces amando”, escribió:

Sería bueno conocer de dónde toma el aliento para escribir la mexicana Ángeles Mastretta. De dónde le nace esa letanía de palabras que dan forma y sentido a su historia. A sus bellas historias. *Mal de amores*, cuenta con la voz de una mujer, Emilia Sauri, que amó a un hombre; de la revuelta íntima de una mujer que afirmó que querer a dos hombres no era dividir el caudal amoroso, sino duplicarlo. De una mujer que quiso a un amante como a su hombre, y a otro hombre como su amor. De este último, la mujer protagonista dice: “Era querible como ningún otro porque como ningún otro fue capaz de comprender la riqueza de alguien que sin remedio y sin pausa tiene fuerzas para dos amores al mismo tiempo”. Estar dos veces amando es lo que consigue Emilia Sauri.

Ángeles Mastretta se ha encargado no sólo de hacerlo posible, sino creíble. “Saltó varias veces el precipicio de sus miedos y supo que el cariño no se gasta aunque se ponga completo en cada gente”. Alimenta de la mejor despensa literaria, habla de una familia, de la revolución y de una particular revuelta con sus otros modos de amar.

Mal de amores tiene entre sus páginas el color de México y dibujado con todo ese color está el cambio de siglo, y está Puebla, ese lugar donde nació la autora, ese lugar que cobra vida y misterio, que contiene una de esas historias que deben haber sido escritas con la sabiduría y el disfrute que produce el más firme y gozoso pálpito literario.

Cada uno de los periodistas citados tenía su propia concepción del trabajo que había realizado Mastretta en *Mal de amores*. Su cercanía con la autora hacía suponer un cariño pero también una gran responsabilidad para ésta porque trabajaban para la misma empresa de comunicación, la revista *Nexos*. Alguno de ellos había cuestionado a Mastretta sobre la infidelidad. Ella decía al respecto que la infidelidad no tenía que ser considerada como un fenómeno.

—Decía Renato Leduc, un poeta mexicano al que tuve la fortuna de tratar y querer: ‘yo no soy fiel, soy leal; porque la fidelidad es una virtud canina, y yo hasta dónde sé soy una persona’. ¿Es un fenómeno que las mujeres sientan lo mismo?

Escribí una novela que me hace pensar en los modos que hemos establecido los hombres y las mujeres para descubrirnos y convivir. Digo los modos porque creo, y con esa idea estoy trabajando, que no hay un solo modo, el machismo o en todo caso dos, el machismo y su contraparte como prototipo de una perfección que nadie alcanza. Sería como decir ‘sólo hay mujeres sumisas y mujeres enfurecidas’. Creo que a pesar de que existen muchos comportamientos comunes, cada uno está tan lleno de matices, cada uno genera historias personales muy distintas.

Tal vez sea más fácil tratar con los libros en los que claramente está expuesto quiénes son los villanos y quiénes los buenos, en los que el personaje central, que termina por ser el bueno, con el que tomamos partido, lucha durante todo el libro para finalmente vencer al malo. Historias en las que la mujer hace su voluntad y lucha contra un hombre que condensa todas las virtudes de un macho. Pero dejar los libros en esto, atenerse sólo a los prototipos y desgastarlos, una y otra vez, es hacer telenovelas.

El problema está, por fortuna y por desgracia, en proponerse novelas, es decir, libros que al ir contando la vida de otros se empeñan en descifrarla y por ahí, como de paso, sugerir cosas que nos ayudan a descifrar las nuestras. Es muy ambicioso, pero creo que los escritores no nos distinguimos por nuestra humildad. Los que se distinguen lo hacen justamente porque no sólo se proponen tocar las cosas de un modo descabellado y pretencioso, sino porque las tocan. Y uno, si quiere ser escritor, tiene que proponerse la locura, el deseo descabellado de contar la vida con cada libro (debería yo decir con cada texto).

Muy pretencioso, ¿verdad? Y todavía más complicado si uno cree que no tiene derecho a evitarse los matices. Pensar en los hombres y las mujeres como los miembros de dos ejércitos empeñados en devastarse, y contarlos así, es un error.

Yo no sé porque uno nunca sabe bien qué logra y qué no, si yo los he contado así. Digamos por ejemplo que cada vez creo con más énfasis que cada quien es como puede ser, ni mejor ni peor, y que todos estamos lejos de ser nada más lo que nos proponemos ser. Malos o buenos, dichosos o infelices, machos o inteligentes, vulnerables o fuertes, luchadores o desarmados. No hay mujeres que son un dechado de virtudes luchando contra hombres que nunca entienden nada y que no las aman jamás. Puede haber mujeres complicadas con empeños complejos y hombres simples sin más empeño que ellos mismos. Pero también hay mujeres sosas y hombres con sentimientos sofisticados.

Y si uno se propone en lugar de enfrentar los opuestos, enfrentar los iguales (cosa que en la vida sucede con más frecuencia de lo que nos gusta creer), ¿qué pasa? Y si esos iguales se creen opuestos, ¿qué pasa?

Yo creo que muchas cosas, de hecho muchas de ellas han pasado en las buenas novelas. Por eso leer puede resultar muy emocionante. Lo malo es cuando uno pretende que cosas así pasen en los libros que escribe. Y ese es el reto y a no alcanzarlo es a lo que más terror le tenemos.

Mastretta terminaba con otro cigarrillo y una nueva taza de café. Se mostraba atrapada e interesada en el recuento de las historias de las protagonistas a las que había dado vida en sus novelas. Comparaba las vidas de Catalina Guzmán (recordada mejor como Catalina Ascencio) con lo que fue Emilia Sauri.

—Emilia Sauri, es una mujer ideal (muchas veces me la han criticado). Esta mujer es un prototipo que no existe, es una mujer anacrónica. Con unos papás que educaron a su hija en libertad y con respeto y que la dejaron elegir libremente a su pareja y que la acompañaron en cuanta aventura quería entrar.

Esos papás de principios del presente siglo y finales del siglo pasado, son inauditos (aunque no creo que lo sean del todo), creo que para que esto que ahora nos parece tan natural ‘que los papás seamos cómplices de nuestros hijos, los acompañemos mucho en lo que hacen y respetemos mucho su libertad’; creo que hubo quien lo fundó, que no es por generación espontánea. Hubo padres que hicieron eso, eran una franca minoría, pero existieron, lo fundaron. Y esa misma obsesión tengo yo en *Mujeres de ojos grandes* cuando me dicen: esas mujeres son en cierto modo anacrónicas, son mujeres muy libres para su tiempo.

Yo lo que digo es que son mujeres pioneras, que hicieron con su vida (de pronto y en momentos muy precisos) lo que quisieron, pero al mismo tiempo son mujeres que no innovaron su desacuerdo. Son mujeres que simplemente forjaron sus vidas o sus destinos como quisieron. Esas mujeres que tienen como brotes de libertad, tienen que haber existido para que de pronto, poco a poco se gestara la actitud general de que las mujeres pueden ir a la universidad, deben y pueden elegir libremente con quién vivir, cuántos y cuándo tener hijos. Todo lo que ahora aparentemente es natural.

Tardé en escribir *Mal de amores* aproximadamente tres años y medio, y lo redacté con más dudas e incertidumbres que los anteriores, con más miedo, pero también con más pasión y obsesión. Supongo que la tardanza se reflejó en mis personajes. Por ejemplo, Emilia Sauri no tenía la fuerza suficiente ni era tan tonta como para quedarse con uno de sus dos amores. Ella amaría a dos hombres con la misma intensidad desde el segundo capítulo.

La narración casi se me salió de las manos, había crecido demasiado. Yo quería contar cómo había hecho Emilia para amar a dos hombres con la misma intensidad, pero después ella creció, junto con todos sus parientes.

Ahora resultaba necesario preguntarle ¿qué siguió después de *Mal de amores*?, ¿cuál era el reto de Ángeles Mastretta al ver terminada su novela? Indudablemente, debía existir una gran fuerza, valor e imaginación para crear nuevos personajes; quizá por eso tardó en llegar la publicación de *El mundo iluminado*. Hay muchas historias que rondan a los escritores; sin embargo, Mastretta volvió a recurrir a la recopilación de textos ya publicados para conformar el siguiente material literario. Quizá aún no podía comprometerse con ninguna historia, quizá no se atrevería a trasladar la realidad a un nuevo libro, había que preguntárselo.

El mundo iluminado

Angeles Mastretta

El mundo iluminado



 cal y arena

Con un rostro aparentemente tranquilo, atento, satisfecho por haber escrito *Mal de Amores*, continuó hablando de *El mundo iluminado*, una colección de ensayos y relatos que incluyen las reflexiones de Ángeles Mastretta sobre temas tales como el cine, sus lecturas favoritas, o el proceso de escritura. Pensados para explicar detalles cotidianos, Mastretta utiliza la metáfora de los "ojos cerrados" para mirar los misterios de su mundo. Así, por ejemplo, al narrar sus rutinas matutinas, ilumina también su interior, o nos cuenta cómo platica con un extraño a quien le confiesa cuáles son las tareas de una escritora cuando no está escribiendo. La autora de *Mal de amores* se la pasa contestando una infinidad de preguntas. En la lucidez, humor, y paciencia de la escritora, todo está hilvanado con finos logros.

En *El mundo iluminado*, recupera textos personales. Se mira en un espejo que puede romper y recrear. No le interesa rendirle culto a lo femenino, sino nombrar el mundo e imaginar que lo comprende.

—¿Qué representó para usted publicar un cuarto libro y que éste fuera una recopilación de textos?, ¿qué nos cuenta en ellos?

—Considero que *El mundo iluminado* es un privilegio en el oficio de escribir. Es como un sencillo homenaje a las tantas mujeres y tantos hombres a quienes sólo los ha regido el deseo de contar una historia para consolar o hacer felices a quienes se reconocen en ella.

En este libro no quise contar sólo una historia para desentrañar y bendecir la complejidad de lo que parece fácil, quise escribir la importancia de lo que se supone no importa, de lo que no registran ni los periódicos ni los libros de economía, de lo que no explican los sociólogos, lo que no curan los médicos, ni aparece como un peldaño en nuestro curriculum. Simplemente quise contar lo que cada día te exige, la hazaña de sobrevivir.

—¿Podríamos entender que la publicación de *El mundo iluminado* responde a la complicación de separarse de los temas de los libros anteriores?

—Sí, a mi me costó muchísimo trabajo desprenderme de los personajes de *Mal de amores* tanto que cuando escribí un cuento para el periódico *El País*, lo titulé *Ninguna eternidad como la mía*, lo hice y se convirtió en un librito en Argentina, y tuvo mucho éxito y también se publicó en México. Habla de Isabel Arango, que se parece a mis otros personajes. Está tocada como por el mismo afán; a lo mejor eso es irremediable, a lo mejor los personajes se parecen entre sí (es muy probable que así sea), a lo mejor uno no tiene que ser tan drástico y asumir que sus personajes están emparentados; los míos lo están: Milagros y Emilia se parecen; Milagros se parece a muchas de las *Mujeres de ojos grandes*; pero lo que me propongo es otra cosa o al menos eso quisiera.

Quando me senté a escribir *Mal de amores* nunca me dije: “voy a escribir una novela que hable de una mujer que se enamora de dos hombres al mismo tiempo y que vive con esas dos pasiones toda su vida”, no escribí ese libro, hice otra cosa. Finalmente, los libros te van ganando y se van convirtiendo en otra cosa.

Engañoso en su brevedad, *Ninguna eternidad como la mía* es un relato amplio en su hermosura. Cuenta la historia de Isabel Arango. Ella nació en la costa, pero ya en plena adolescencia insiste tanto en que la dejen irse a estudiar a la ciudad de México, justo al comienzo de la segunda mitad del siglo. Llega a una ciudad que la recibe con las ventanas abiertas, repletas de peligros y seducciones. Es su historia, narrada con la precisión de un bolero.

Ángeles Mastretta miraba insistentemente su reloj, mientras me decía que debíamos marcharnos, que era un poco tarde y tenía que regresar a casa porque debía cumplir otros compromisos. Llamó sin más a la chica que nos atendía, me dijo que ella pagaría la cuenta. Dedicué ese último par de minutos a culminar con el tema.

Proyectos Literarios



Descubrir a Ángeles Mastretta en un nuevo libro resulta difícil, sin embargo, ella misma me comentó los proyectos literarios que han abrigado su mente y su corazón.

—Ahora, ¿de qué piensa escribir?

—Me hace mucha falta escribir del tiempo (un poco mítico) que fueron los principios de siglo, la verdad es que me divierte 'horrores' más que escribir de los años setentas. No se por qué me gusta más hablar de una carretela que de un Volkswagen, me da más gusto, me divierte más. Sin embargo, ahora necesito escribir de un Volkswagen y encontrarle la gracia a eso y dársela (no solamente encontrársela), hacer que a los otros les resulte entrañable, simpático y agradable meterse en un Volkswagen conmigo, con mis personajes y dar guerra dentro de él.

No sé quien va a ser el personaje que cuente esta historia; será un personaje que se parezca a mí (si es verdad que se parece a mí). El texto disparador del nuevo libro podría ser el que publiqué en *Nexus* titulado *No oigo cantar a las ranas*. Mi objetivo central es escribir quién

he sido de los 20 a los 50 años, pero sobre todo, quién fui entre los veinte y los treinta; de qué modo esa que fui sigue estando dentro de mí. Eso es lo que quiero hacer en este libro.

Si escribo eso de quién soy y quién fui, si lo pongo en un libro, estoy segura que los lectores avientan el libro. Lo que una historia tiene que hacer es cazar y cautivar al lector.

Hace tiempo (a principios del 1999) que ya me persigue la gana y la certeza de que haya un libro y es probable que me lo ponga a escribir, y todavía más probable que a él acudan personajes como *Virginia*, una señora de 50 años que esté activa en el libro para que tenga chiste la comparación; pero esa señora no puedo ser yo porque no tendría chiste hablar de mí, porque no tengo derecho ni ganas de hablar de Héctor, Mateo o de Catalina, como personajes de un libro. Lo probable es que invente una mujer soltera o divorciada, que tenga una amiga a la que admire profundamente y podría meterme en ella y contar la historia. No sé cómo voy a hacer eso, para qué te lo digo. Continuaré dándole vueltas pero he de dar con esa historia.

Por el proceso creativo que guardo, dudo que sea pronto, porque lo que más trabajo me cuesta y lo que me encantaría poder encontrar (cosa que nunca he tenido) es tener como una columna vertebral del libro y saber: “si salgo de aquí voy a llegar aquí, y el libro se va a tratar de esto”; si pudiera conseguir eso, sería un gran adelanto pero a lo mejor no lo consigo.

—¿Dentro de sus proyectos estará la idea de escribir de su padre?

—Al principio pensé que sí, pero ahora no sé si lo voy a necesitar, la verdad no está entre mis más inmediatas prioridades. Tengo más ganas de contar quién fui cuando tenía la edad de ustedes los jóvenes de entre 20 y 25 años y quiénes éramos o de qué modo entendimos el mundo y lo señalábamos, de qué modo acunamos esperanzas, enfrentamos decepciones, y quiénes somos los jóvenes de los setenta. Cómo nos enamorábamos y por qué, pero sobre todo (es algo que me intriga últimamente) qué de eso, qué de cómo enfrentamos el mundo nos hace vivir ahora, nos mantiene vivos.

Por ejemplo, tengo zonas de juego que elegantemente se llaman lúdicas, tengo necesidades lúdicas (que no necesariamente están socialmente bien vistas) pero que yo sé que tengo, cómo las busco, las satisfago, me hago cargo de ellas, no tiene porqué ser un asunto público, pero es una urgencia y hay otras.

Yo que fui una niña y sobre todo una adolescente mística, rezadora, llena de fe en Dios, que me convertí en una joven incrédula, sin religión y sin Dios, con qué suplí eso, o de qué tamaño es esa carencia, porque si tuve esa pasión y la viví con intensidad y luego me deshice de ella o la vida me la ajustó, qué cosas he hecho para suplir eso. Hay en el hecho de escribir una necesidad espiritual, mística, o sea que es para mí como una ceremonia, lo que yo encontraba, la devoción con que yo rezaba, dónde está esa pasión, en qué la he puesto (porque la he puesto en otras cosas), no la desaparecí, dónde está, quiénes son. Acaso será por eso que veo a mis hijos como dioses y a mis amigos y a los escritores, y a los músicos. Las necesidades, las urgencias que he tenido en la vida no las desaparezco, las cambio. Una novela que contara todo esto es lo que me gustaría escribir.

También tuve la firme idea de escribir de mi padre, Carlos Mastretta. Una cuarentona con la orfandad a cuestas es más patética que conmovedora. Toda yo, con todo y mis deseos y mis recuerdos, acudo al dolor de ser huérfana. A veces voy por la calle cantando una canción o jugando con mis hijos a encontrar figuras en las nubes, y de repente ahí están, como en un sueño del que no gozan suficiente, un papá y una hija conversando de nada, una hija y un papá haciéndole al futuro un guiño al despedirse, un papá que lleva a su hija a comer fuera, una hija que acaricia la nuca de su padre vivo como un tesoro, un papá y una hija que no saben el lujo que es tenerse ni mal sueñan el precipicio de perderse. Tener papá siendo adulto debe ser como andar por la vida bajo un paraguas inmenso, como poder caminar sobre el océano, como encontrar la olla de oro al final del arco iris, como haber escrito ya las treinta novelas que me gustaría escribir. No sé, pero hace mucho tiempo imagino que tener de vuelta al abuelo de mis hijos sería existir de otra manera y asirme a la existencia del modo más seguro en que uno puede asirse.

Tal vez la pena sería menos intensa y la pérdida más fácil de aceptar si yo hubiera acabado de hacer las cosas que las hijas deben hacer con sus padres, mejor dicho, si hubiera podido al menos empezar a decir las que mi torpe lengua de adolescente no llegó ni a pensar. De todo lo que no dije cuando aún se podía, ahora lamento antes que nada no haberlo dicho.

Los deudos acabamos sabiendo mucho más de quienes vivieron a nuestro lado cuando ya no podemos conversarlo con ellos. Es más: uno de los primeros modos de establecer algún tipo de conversación con nuestros muertos es buscarlos en el pasado que no les conocimos. Otro es reandar los caminos que fueron suyos y que no compartimos. De esas dos búsquedas he obtenido miles de preguntas, reproches y noticias.

Esas cosas están entre las necesidades menos primordiales como escritora, es algo como más personal, algo que se debe quedar conmigo hasta poder dar con una voz que me permita contarlo. Espero que cuando ya esté, a quien le interese de mis lectores lo lea y lo haga con el cariño y la generosidad con que han leído los demás.

Otro de los proyectos literarios de la autora de *Mal de amores*, es contar las historias de Vicky, algo que para ella se convierte en un trabajo difícil porque esta mujer habla con términos que la escritora no comprende. Existen cosas que no entiende de las anécdotas que le regala la masajista que se encarga de ‘enderezarla’ cada tarde después de haber pasado horas ‘torcida’ frente a la computadora escribiendo, por ejemplo, hay mujeres que viven con hombres que les pegan y Mastretta no concibe contar eso.

—No lo conseguiría contar como algo que no entiendo y que me disgusta. El chiste sería que consiguiera comprenderlo, eso es un desafío que espero no se me vaya a cumplir.

Tengo una desconfianza instintiva de quienes hacen planes y los platican. Convertir en agradables conversaciones planes fascinantes que nunca me salen o resultan muy distintos de los imaginados, me ha conducido a no creer demasiado en los planes que otros platican.

Ángeles Mastretta tomó la cuenta que Alma había dejado sobre la mesa. Yo coloqué un billete para agradecer las atenciones de aquella muchacha que nos atendió durante ese par de horas. Mi entrevistada se prendió de mi brazo y nos dispusimos a salir. Caminamos hasta la caja. Mientras sacaba de su bolso una billetera le hice una pregunta más.

—¿Qué puede decirnos de las ventas de sus libros?

—Sería una pesada insufrible si te dijera que vender libros ha resultado una experiencia dolorosa. Más bien ha sido bastante grato, muchas veces desconcertante, pero al fin de cuentas agradable. Escribir un libro puede costar el mismo trabajo si éste se vende que si no, y el trabajo lo haces y mientras lo haces lo gozas y lo padeces. Después, si al libro le va bien todo es añadidura.

Yo no soy famosa, soy conocida en el medio de la escasa gente que lee en nuestros países. Famosos Luis Miguel, Vicente Fernández, Verónica Castro.

Tengo la suerte de vivir con las ganancias que me dan los libros y las cosas periodísticas que hago, y comparada con la mayoría de la gente que vive en mi país eso es ser “bastante rica”, pero no puedo comprar acciones en ninguna empresa, ni puedo dejar de trabajar. Soy una mujer de la clase media. Compró mi ropa en las tiendas de departamentos, no en las boutiques, nuestra comida en los autoservicios, no en las *delicatessen*, puedo tener un coche mediano de la Volkswagen, no un Cadillac, y una casa con tres recámaras, no una con siete, más cuarto de juegos, biblioteca y piscina y otra en la playa. No pinturas de Tamayo, no cualquier otra ocurrencia.

Mientras bajábamos las escaleras y llegábamos a la salida de aquel lugar, acordábamos que nuestra siguiente cita sería una semana más tarde en su hogar y así podría, finalmente, conocer su estudio.

—Finalmente ¿cuál es su rincón preferido para sentarse a escribir?

—Cada quien encuentra su rincón preferido, su lugar secreto, su pequeño pero intenso espacio privado. Cada quien su creación, su amigo del alma, su cobijo de seres entrañables que la enorme ciudad no sólo no prohíbe sino prodiga.

Yo lo encuentro en medio de cuatro paredes blanquísimas, frente a una mesa donde reposan libros diversos: sobre la vida y obra de Feliciano Béjar, sobre la antigua ciudad de México de los siglos XVI al XX, o el abordaje de Carla Zerebska a la obra de Sábines, y siempre al lado de un teléfono que no deja de sonar, rodeada de muchas fotografías, ahí escribo, ese es mi *mundo iluminado*.

Dijo al despedirse a la entrada del estacionamiento subterráneo cercano a la Casa de los Azulejos.





Escenario IV

La Ángeles Mastretta que todos conocemos

*El mundo, por insoportable que parezca un día,
recobra al siguiente, quién sabe ni cómo,
hasta el último de sus encantos.*

Ángeles Mastretta

En esta ocasión, nuestro encuentro tendría que ser indudable e irremediamente en la propia casa de la periodista. Ya había acudido hasta este lugar en la ocasión en que fuimos a Puebla; la siguiente vez fue cuando acudí para hablar de su actividad periodística. Ahora volvía para conocer cómo es la literata cuando toma el papel de ama de casa, es decir, para descubrir a Ángeles Mastretta cuando es simplemente ella. Llegué sin más tardanza a la nueva cita. Estuve a punto de encontrarme con el propio Héctor Aguilar a la salida del domicilio, segundos antes y a la distancia, pude ver que se marchaba en una camioneta blanca. Conducía don Lino, el chofer de la familia Aguilar Mastretta; a su lado, viajaba él con camisa blanca y corbata gris.

Después de que me invitaron a entrar y me instalaron en la sala para esperar a mi entrevistada, pude colarme hasta el estudio de Aguilar Camín inventando cualquier pretexto. Había gran cantidad de libros perfectamente acomodados, más que un estudio daba la impresión de ser una biblioteca. Al centro del escritorio yacían varios periódicos entreabiertos y desacomodados, completaban el cuadro varias fotografías, una en especial llamó mi atención, Ángeles posaba con mirada fija, se veía de aproximadamente veinticinco años, lucía cabello corto y aretes diminutos, un vestido azul y los labios poco maquillados.

Todo eso cambió las primeras preguntas para la entrevistada, tendría que saber y descubrir ¿cómo conoció a Héctor?, ¿cómo eran entonces?, ¿qué tan complicado puede resultar vivir con una persona de la misma profesión? Tantas cosas me permitieron esos segundos en el estudio aquel. Regresé a la sala, aún no bajaba Mastretta; sin embargo, estaban sobre la mesa de centro una charola con dos vasos con agua, tomé uno y caminé unos instantes por el lugar. Contemplé las fotografías de su hija Catalina, algunas

la mostraban en la playa y otras cuando era niña, pero ninguna dejaba ver a la señorita de quince años en la que se ha convertido. Desde lejos veía las fotos del comedor, eran de Mateo, el primogénito, quien ya debía tener la mayoría de edad.

Volví a tomar asiento, bebía un poco de agua y contemplaba las cajas que dormitan bajo aquella diminuta mesita de centro junto a los libros de arte; no podía adivinar cuántas eran, pero había de todos tamaños y materiales. En eso llegó Mastretta, con tenis, pantalón de mezclilla, blusa blanca y una chaqueta azul de medio cierre al frente; escaso maquillaje lo mismo que joyería. La cicatriz que le había dejado la quemadura de un café de hace mucho tiempo se dejaba ver en su brazo.

Al fin estábamos ahí, ella, yo y una entrevista más por delante.

—Buenos días, ¿cómo ha estado? —salude cortésmente.

—Muy bien ¿y tú?, perdón por esta tardanza. Estoy apenada contigo y no quiero volver a fallarte...

Seguramente sus palabras se referían a las tantas veces en que cancelamos nuestro encuentro y que, ahora, no podía aplazar más. No recuerdo cuántas veces llamó, incluso horas o días antes, para cancelar la entrevista por uno u otro problema que se le presentaba. Sin embargo, éste sería el último encuentro, tendríamos que aprovechar el tiempo y por eso agradecía su atención. Así que estaba decidido a no perder un solo minuto, quería corroborar si las lecturas previas y los testimonios recopilados se acercaban en algo a *la Ángeles Mastretta que todos conocemos*.



—¿Cómo inició su relación con Héctor Aguilar Camín? —dije después de confesar que había conocido el estudio del historiador.

—Nos conocimos en casa de Carlos Monsiváis, durante una reunión en donde no podíamos haber hecho pareja más que él y yo. Salimos de la fiesta al mismo tiempo y caminamos por las calles de la Zona Rosa donde Carlos tenía un departamento. Nos hicimos amigos, en realidad eso fue lo primero que hicimos (antes no se hacían amigos ni novios), aunque muy rápidamente nos hicimos novios (creo que fue como al mes). Novios en el sentido desatado de la palabra que era el frenético modo de hacerse novios en los años setenta.

Nos tocó vivir en esa época de libertad y de desafío en un grupo social de quienes acudían a la UNAM y estudiaban Ciencias Sociales o Literatura, o sea, teníamos las libertades de la píldora y, antes del Sida, éramos totalmente libres y permisivos. Esto nos hizo coincidir fácilmente y además teníamos muchos intereses comunes.

—¿Cómo construyen una relación de más de veinte años?

—Eso es una cosa como las novelas, las vas haciendo cada día, vas poniendo lo que tienes que poner y se va afianzando lo que se tiene que afianzar. Nosotros nunca nos casamos, nunca nos juramos amor para toda la vida, nunca creímos en las parejas a perpetuidad y nos estamos convirtiendo en una, ¿cómo pasó eso? Quién sabe.

—¿Cómo describiría la escritura de Héctor y la de usted?

—No alcanzo a describir a mi marido. ¿No te pasa que cuando describes algo que te resulta entrañable, haces que pierda parte de su encanto? Y mi marido tiene varios encantos que no quiero que pierda.

Indagar por qué vivo con él equivaldría a visitar al psicoanalista, me he resistido a hacer una visita porque tengo el temor, quizá necio, de que si lo hago voy a dejar de escribir. Ese lujo no me lo puedo dar, ni siquiera sé si tengo algún encanto, pero por si las dudas tampoco me gusta describirme.

—¿El nacimiento de sus hijos ha contribuido a enlazarlos aún más?

—Yo creo que cuando decidimos que nacieran Mateo y Catalina, ya éramos una pareja bastante segura de serlo, vivimos juntos cinco años antes de pensar en tener hijos y por supuesto que los hijos afianzan y fortalecen la relación, los hijos todos; los hijos reales, los hijos entrañables, los hijos de carne como Mateo y Catalina y también los hijos que son los libros que también uno va tramando y conversando junto con el otro.

—¿Es fácil la relación cuando se tiene un lenguaje similar, es decir, la escritura?

—No, más bien creo que lo que hace que una pareja sobreviva al tiempo que vivimos, tiene más que ver con la intensidad de sus afectos y la capacidad para sobrevivir a la frustración. Al principio, ni Héctor ni yo esperamos vivir con un príncipe azul, lo cual ha hecho que demos con el príncipe azul, con el amor que necesitábamos, pero estábamos dispuestos al desencanto y decididos a volver a encantarnos.

Este asunto de vivir con alguien es un juego de encantos y desencantos, es un juego de mutuos acuerdos y de paciencia con los desacuerdos, también es una asunto de buena fortuna, de cómo se van dando las cosas, de qué es lo que la vida va poniendo en el camino de cada quien. Lo mismo puede ser muy difícil vivir con alguien que tiene la misma profesión porque se puede

convertir en un asunto de rivalidades y de pleitos, o se puede convertir en un acuerdo. Nosotros eso llevamos y diría que muy bien, pero no sé cómo.

Nunca se ve eso de: ¿y por qué a ella le pasa esto que a mí no me pasa?, ¿por qué le dan esto que a mí no me dan?, ¿por qué yo no puedo escribir a esa velocidad?, ¿por qué yo no tengo ese orden mental?, ¿por qué yo no tengo esa cantidad de lectores? No tenemos ese asunto. Si está ahí no es una cosa que nos duela ni que nos enfrente; a eso le llamo buena fortuna porque igual podría enfrentarnos. Creo que hemos aprendido a considerar lo bien que le va al otro. Entonces cambia tu pensamiento y ya no dices ¿por qué le pasa a él? sino ¡qué bueno que nos pasa!

Otro lujo que tenemos es el acuerdo del manejo del dinero (que también puede separar a las parejas). Nosotros tenemos un manejo bastante libre y bastante responsable de nuestros ingresos porque nunca nos imaginamos que tendríamos nada más allá del pan nuestro de cada día. Siempre llegamos a ser adultos, buenos adultos, de más de treinta años sin tener nunca más de lo que necesitábamos para vivir esa quincena, cualquier otra cosa extra que hayamos tenido es producto del azar y de las precisas leyes que regían nuestros sueños y era una fortuna. Nunca hemos discutido por dinero. Soy una derrochadora, no sé ahorrar ni me interesa, gasto lo que gano, eso me da una enorme libertad: compro mis zapatos, camino con ellos a donde se me da la gana y de verdad que lo hago. De repente me encuentro a personas que me dicen: oye, 'y tu marido no se enoja de que te vayas de viaje', entonces me doy cuenta de que hay maridos que opinan sobre ello. En toda esa parte debo decir que he encontrado en Héctor un verdadero cómplice, ni siquiera diría que tolerante, porque toleraría lo que le disgusta, es que no le disgusta, no le parece fuera de lugar ni anormal ni reprochable que yo sea una gente que hace con su dinero y con su tiempo lo que le da la gana. No paso por encima de él, no lo atropello para hacer eso, no le digo: "si tú quieres que te acompañe a tal parte pues no te voy a acompañar porque ya decidí que me estoy yendo a otra parte". No hago eso, pero no lo hago porque no lo quiero hacer, pero nunca se me ha ocurrido decir: "hay, no voy a poder ir a tal parte porque no sea que Héctor no vaya a querer".

Cuando leí el anuncio del espectáculo de *Sólo para mujeres*, decía "y no le pidas permiso de ir", a mí se me olvida que todavía hay muchas mujeres que les piden permiso a sus maridos para hacer cosas, desde dinero; eso es algo que yo no puedo concebir. A veces, a lo mejor, es muy cómodo. He escuchado mujeres que me cuentan que los que ganan el dinero son sus maridos y ese dinero se divide en dos. No critico eso, pero la certeza que sí tengo es de que bajo ese régimen no podría vivir.

—Leí acerca del bautizo de Mateo, decía que Miguel Ángel Granados Chapa fue su padrino. Una ocasión en que lo entrevisté le pregunté al respecto y él negó que tuviera una relación 'familiar' con ustedes. ¿Qué fue lo que pasó?

—Organizamos el bautizo de Mateo en la sacristía de la parroquia de Los Ángeles, en la colonia Guerrero. Del lado de Héctor estaba su hermana Emma y de mi lado Miguel Ángel Granados (a quien mi familia aceptó como su mejor representante), ellos fueron los padrinos, atrás se sentaron los demás. El cuadro debió haber sido conmovedor porque el padre Ciro en lugar de proceder a la ceremonia nos instó a expresar los motivos que ahí nos llevaban.

Yo le hubiera pedido a Miguel Ángel que se encargara de eso porque él es muy bueno para improvisar, pero el padre Ciro quería la opinión de los papás. Sabía que Héctor no diría ni una palabra y así que tuve que hablar para que las cosas siguieran su camino.

El padre Ciro me felicitó por mi honradez y siguió adelante con la ceremonia. Acabando nos fuimos a comer espagueti y a comentar otros tantos temas. Quizá lo de Miguel Ángel sea por las posturas políticas que hemos asumido ahora, él comulga con el Partido de la Revolución Democrática y nosotros no estamos tan de acuerdo con los manejos que este organismo político ha expresado.

—Con relación a los hijos ¿cómo es Ángeles Mastretta?

—Dice todo el mundo que soy muy consentidora pero no estoy segura de serlo, o el hecho de que lo haya sido, resultara mal. Tengo dos hijos que van al colegio con bastante flojera, no es la

pasión en sus vidas y, sin embargo, sacan muy buenas calificaciones, cumplen con todo lo que rigurosamente tienen que cumplir. Se levantan todos los días a las 6:30 de la mañana y una hora después están en el colegio, sacan buenas calificaciones, aprenden lo que se tienen que aprender.

No son niños a los que les he tenido que decir: 'no has hecho la tarea', 'qué te dejaron', etc., jamás; ellos han caminado solos en eso. He tenido la posibilidad y la fortuna de que lo que han ido queriendo, lo han podido tener, nunca han deseado cosas irracionales, nunca se les ha ocurrido que quieren tener veinte pares de zapatos ni diez, quieren tener los que necesitan. Cuando me dicen 'ya no tengo tenis', les digo 'cómpratelos' y eso los ha hecho niños muy naturales, a lo mejor yo los hubiera podido hacer niños mucho más consumistas, ellos son hijos muy sensatos con sus emociones, con el modo en que eligen a sus amigos. Estoy muy orgullosa de ellos.

Hay algunas seguridades que los niños deben tener en la vida, una esencial, tienen que saber que quien los parió y los crece, tiene aberración por ellos, no me importa que ellos estén seguros de eso, no creo que tenga que regatearles ningún milímetro de afecto, no creo que el exceso de cariño devaste. Espero que tenga razón porque como me dijo una amiga cuando la felicité porque una hija suya cumplía quince años: felicítame cuando tenga veinticinco, haya terminado una carrera y sea una persona de provecho. Uno puede pensar que los niños cuando son adolescentes son encantadores, no tienen por qué no serlo cuando sean adultos; ellos son así.

Una de las obligaciones que tienen en la vida es la de ser felices, no sé si el saberlo los lleva a conseguirlo, pero saben también que para ser felices una de las escasas restricciones es que no pueden ser felices por encima de otros. Esas dos cosas las tienen muy claras y las demás, creo que las han ido aprendiendo a partir de esas.

—¿Qué recomendaciones procura con sus hijos en las condiciones en que vivimos en el DF?

—Desde la hora del desayuno y la colección de noticias, hasta la hora de la cena y el enfrentamiento a sus varios y muy disímboles intérpretes, se ha hecho presente el tema: 'el país

que habitamos', dividido en capítulos que suben y bajan en el escalafón según cobran o pierden relevancia, se ha vuelto nuestra obsesión, nuestra piedra de toque, nuestro motivo de agravio, nuestro pretexto para buscar o denostar héroes, para evadir o negar la ética que se funda antes que nada en la prohibición absoluta de matarnos con un modo de arreglar nuestros agravios y diferencias.

Está muy en el aire 'el mundo que les estamos dejando a nuestros hijos', 'este horror de país que estamos heredándoles', 'esta tragedia en la que los hacemos vivir'. Una vez les pregunté '¿ustedes creen que esto sea espantoso?', porque como todo el día oigo que es terrible, ya me estoy sintiendo un poco culpable de haberlos puesto a vivir aquí. Se supone que debería estar muy arrepentida y pidiéndoles disculpas por haberlos puesto a vivir en este mundo. Ellos me dijeron que no, que les gustaba mucho este mundo y que estaban contentos de vivir en él. Ya saben que viven en una ciudad muy insegura, pero también viven en una ciudad que les puede proporcionar muchas cosas que una ciudad segura no les puede proporcionar. Conocen en esta ciudad seres humanos entrañables, locos, febriles, desafiantes, distintos, que no hay en todas partes, impredecibles, y todo eso que falta; y si hay que correr el riesgo para dar con esa gente pues hay que correrlo. En los lugares totalmente más apacibles también hay otros riesgos, a veces me aflige haberlos puesto a vivir en una ciudad tan hostil como puede ser ésta. Ellos ya lo vivieron.

Una tarde salieron del colegio con la misma frescura de todos los días, Lino, se había estacionado en la puerta de la escuela para recogerlos, dos hombres con pistola los obligaron a bajar y se llevaron a Lino con todo y camioneta; al poco rato apareció a salvo. Los asaltantes tuvieron la generosidad de no lastimar a nadie al llevarse la camioneta. Los niños estuvieron asustados, afortunadamente nada les pasó. No me atrevo a contar mi pérdida sino como una dicha. Sólo nos robaron una camioneta.

A la gente de mi generación, las crisis la angustia mucho más porque de niños no sabíamos de crisis, el mundo era (en apariencia) estable. Nuestros niños son hijos de la crisis, Mateo nació en el 82, o sea que es un hijo de la crisis y desde entonces para acá ha oído la palabra crisis y en realidad la estabilidad es la crisis; entonces ya no lo aflige tanto, lo acaban afligiendo las cosas esenciales, las cosas que finalmente también nos afligieron a nosotros: el amor, el sexo, la ambición de saber quiénes son y qué quieren hacer con sus vidas; eso finalmente les duele y los angustia como nos dolió y nos angustió a nosotros. Tampoco es tan abismal la diferencia, espero que ellos puedan tener más elementos, más ayuda de la que tuve yo para resolver las cosas.

Nacemos en un mundo injusto, un mundo marcado por la desigualdad y el abuso, en un mundo que a veces parece no tener remedio. Saber que en el mundo hay infamia y desdicha no nos releva de la obligación cotidiana de intentar que sea mejor. Lo que no podemos olvidar es nuestro deber de comunicarles que cuando decidimos compartir con ellos la existencia estábamos aceptando: uno, que la vida es un tesoro que vale la pena y el júbilo; dos, que el mundo, por más lleno de afrentas y pesares que lo encontremos, merece el diario afán de quienes creen que tiene remedio.

Quienes vivimos en la ciudad de México no nacimos en ella. Hace 20 años que vivo y veo crecer este enredo y sé, por más que protesto, que aquí voy a seguir viviendo. Oigo la voz de Guadalupe Pineda, una cantante con voz de ángel, diciendo la canción que fue un éxito en los años cuarenta y que ahora ha vuelto a ponerse de moda: “Te llevo muy dentro, te niego, te busco, te oigo, te quiero...”, *Te oigo y te quiero*, vivimos diciéndole a esta ciudad quienes la padecemos y gozamos.

Con todo, le doy dinero al ciego que adivina el vidrio de mi coche en una esquina; escucho a una mujer hablando del terror que una pandilla le tiene impuesto al barrio en el que

vive; atestiguo la boda de dos niñas que dejan de cursar la secundaria y cambian las mochilas por barrigas y la tarea por pleitos conyugales.

‘Pinche país’, dicen algunos, como si al llamarlo ‘pinche’ quedaran exentos de la ‘pinchez’ de habitarlo. ‘País lleno de mierda’ dicen como si al mencionar la palabra no fuera a salpicarles la boca. ‘Políticos perversos, extorsionadores, desquiciados’, decimos como si al describirlos, con tan exacta buena conciencia, pintáramos la raya que nos separa de su índole despreciable. Sin embargo, es un país en el que tenemos el privilegio de vivir.

No se merecen nuestros hijos el país que les estamos creando, aunque uno ande por la vida con la seguridad de que las cosas no tienen remedio, es su deber mantenerse decidido a cambiarlas, siempre me lo repito cuando amanezco en esta ciudad hostil y peligrosa, desafiante y, sin embargo, entrañable. Aquí nacieron mis hijos, aquí sueña su padre, aquí he encontrado amores y me cobijan amigos imprescindibles.

—¿Fue difícil tener su propia casa?

—Siempre que me cambio de casa paso los primeros días de mi vida entre las nuevas paredes, recordando mis casas anteriores. Por cálida y blanca que sea la nueva casa voy de cuarto en cuarto añorando otros cuartos, y mientras pienso en dónde colgar los cuadros o en el color de la alfombra o en si le pongo al comedor una duela como la del Chopo, voy deseando el mosaico rojo de la *15 Sur* en Puebla, la cocina de *José María Rico*, la regadera de *Reforma 449* y el balcón de *Cadereyta 17*.

La casa de la calle de José María Rico fue una prolongación descongelada y divertida de la casa en que viví con mis padres durante casi 20 años, allá en Puebla. Ahí nos vinimos a vivir los Mastretta y mis primos los Escalera mientras estudiábamos en la Universidad. Ahí todos nos peleamos con Dios, perdimos la virginidad y tuvimos que buscar nuestro primer empleo. Esa casa no tenía dueño, era tierra de todos y a nadie le importaba la decoración y el mantenimiento.

Una prima y yo colgábamos posters en la sala pero nuestros hermanos los tiraban cuando jugaban fútbol. Teníamos un sillón tieso de pana amarilla, un comedor bellissimo de la tía Nena, una alfombra y un librero que ya no quería otro tío. Los cuartos de los hombres tenían los colchones en el piso y el nuestro unas literas que hacía temblar en las noches siempre que iba al baño.

Teníamos el lujo de una tina y la cocina más grande y luminosa de todas las casas. Además quienes la habitábamos teníamos derecho al más absoluto libertinaje que era un lujo sin precio.

En otra ocasión fui a visitar un condominio que anunciaban (tengo una necesidad por los condominios y veía cuantos podía aunque no me alcanzara ni para una mensualidad), lo recorrí y vi que era como una caja de zapatos llamada residencia. Me decían siempre “ésta es la sala, éste el comedor, éstas las recámaras de los niños, ésta la principal...”. Por lo menos dos años pasé visitando condominios.

El departamento de Reforma 449 lo encontramos cuando mi madre se quitó los miedos y llena de amor por sus vástagos decidió mudarse desde Puebla para vivir con nosotros. Fue una de las primeras casas que visitamos y que no nos había gustado. La cocina era del tamaño de un clóset y el baño se veía sucio y era el único, además teníamos que pagar cinco mil pesos en 1975.

Mi mamá es tan obsesiva (como yo) y transformó ese departamento en donde nos instalamos. Verónica se casó, Sergio se fue a seguir a Jesús y regresó del brazo del proletariado. Mi mamá y yo mantuvimos varios pleitos, me acompañó con su habitual bondad por toda clase de encuentros y desencuentros, amores y desamores, ilusiones y desamparos. Siempre imaginándose lo peor, siempre dando gracias a Dios cuando volvía algo raspada por los amores que me tocaban.

Cuando vivía en Reforma fue que conocí a un hombre generoso y sabio que supo perdonar las inclemencias del tiempo, era Héctor, un historiador del que me enamoré. En Reforma dejé a mi familia y salí para Cadereyta un sábado en la tarde; ávida y febril a vivir con mi nuevo amor. Ni tiempo me di para nostalgia. No teníamos sarapes, ni trastes, ni toallas. Le robé dos vasos a mi madre, nos prestaron un sarape y la mañana del domingo nos secamos con las sábanas.

En abril de 1983 nos mudamos a Contreras, a la que siempre consideré con un aburrido aire del que no quería saber. Me parecía grandísima y lejos de todo, hasta de Héctor que la primera semana no vino a comer un sólo día. Ahí, una vez, cuando dieron las tres y no estaba la comida y ya estaba desesperada de todo aquello, Héctor llegó chiflando dispuesto a comerse lo que fuera, salí corriendo al cuarto de arriba donde estaba mi escritorio y había cuadros tirados por el suelo, cerré la puerta y me dije “este lugar es mío y aquí no puede entrar nadie a pedirme nada”. En esa casa también se tejieron buenos recuerdos, ahí fue donde Mateo brincaba de un lado a otro, ahí vivió su infancia.

—¿Cómo fueron esos primeros días en que iniciaba su convivencia de pareja y ama de casa?

—Recuerdo una anécdota en especial: intentando escribir un texto sonó el teléfono por quinta vez al mismo tiempo en que mi hijo Mateo gritaba desde la cuna donde lo había puesto a dormir una siesta. Voy, lo saco de ahí, lo veo sonreír mientras contestaba el teléfono. Era una llamada para Héctor (el padre de familia en que se convirtió el señor que hasta antes fue mi amante). Después volvió a sonar y esa sí era para mí, me invitaban a una mesa redonda y el tema era (no me lo vas a creer): “¿De qué se rien las mujeres?”, preguntaban si podría hablar diez minutos de eso.

Después de esos días agitados en que una se tiene que hacer cargo del hogar y de los hijos me mandé enmarcar un NO y lo colgué junto a mi escritorio. Cada vez que lo miraba me preguntaba de dónde viene mi incapacidad absoluta para negarme. Creo que se debe al pánico que me produce la idea de no ser querida, pero ésa no es una respuesta científica.

Cuando Mateo reía al escuchar sonar una cajita de música, me producía un gusto tan grande que se me olvidaba todo. Entonces pensaba en lo maravilloso que es parir hijos y cuidarlos, ver que hubiera comida y ahorrar en el gasto, y eso lo podía conjugar con escribir, además de amamantarlos. También era mi obligación saber de política y discutirla, saber cuánto cuesta el kilo de huevos y qué marchanta tiene mejor fruta. Trabajaba las mismas horas que el señor de la casa, pero era mi culpa si no había hielos en el refrigerador. La mujer ha accedido al divino derecho de ser hasta gobernadora y secretaria de Estado, pero nunca faltan los críticos que se quejan de que no se pintan las uñas.

Sin embargo, sigo sin atreverme a salir sin rimel, lo mismo que sumir la barriga cuando paso frente a un espejo, pensando que hay que ir al ginecólogo, las enfermedades de los niños, leer los periódicos, pedir que cambien el foco fundido de la cocina.

Cuando tenía paz en mi casa, cuando me podía maquillar de nueva cuenta por las mañanas sabiendo que existía alguien que podría ocuparse de los quehaceres domésticos, cuando sentía que cumplía con un buen trabajo de ejecutiva en la Difusión Cultural de Acatlán o en el Chopo, me podía dar el lujo de sentirme novelista.

Ahora, observo el lugar por donde entran sin tregua los periódicos y su caos, la lista de artículos que no he entregado, las conferencias a las que no quiero asistir. Doy vueltas en la cama, me acerco al reloj cuyos números laten iluminados a mi derecha.

Ángeles Mastretta se mostraba un poco nostálgica al recordar aquellos primeros días de pareja.

—En esos primeros días Héctor era un loco enamorado, yo estaba y sigo estando enamoradísima de este hombre memorioso que no olvida nada, jamás olvida el primero, segundo y tercer apellido de cualquiera con quien haya cruzado tres palabras, ya no se diga si éste es intelectual o político. Tampoco olvida dónde fue que lo conoció y qué ha hecho de útil o inútil en la vida. Sé

de remate que si ahondo más y le pregunto cosas como cuándo fue la última vez que lo vio en el periódico y qué era lo que estaba declarando, lo sabe. Me guardo de preguntarle qué estaba haciendo esa persona cuando lo declaró porque de sobra recuerdo que los periódicos sólo registran las declaraciones, los hechos son algo que consideran de segunda.

—Otra parte importante de su familia son sus hijos, ¿cómo son?, ¿recuerda anécdotas especiales con ellos?

—Recuerdo muchísimas pero creo que contándote una en especial podrás darte una idea de cómo son mis hijos. Una ocasión en el bosque de Chapultepec, yo iba caminando, Mateo andaba en su bicicleta y Cati en sus patines, me dejaron atrás y terminaron esperándome sentados en el borde de una fuente. Querían que subiéramos al Castillo por las escaleras. Mi hijo subió cargando la bici y ella se tropezaba a cada escalón, pero también subió. Me decían que ya ‘estaba ruca’ y que además era una indecisa porque no quería subir más. Pensaba entonces lo difícil que parecía subir con la ‘carga’ de los años. Tras el último tramo, unas escaleras muy empinadas que suben desde el célebre instituto de Investigaciones Históricas hasta el aún más célebre Castillo que de noche parece volar sobre Chapultepec, llegamos a la puerta y no pudimos entrar porque faltaban unos minutos para que lo abrieran, entonces me propusieron aprovechar ese ratito para volver a bajar y subir las escaleras.

Un minuto después no sabía qué hacer conmigo. Me sentía venir y cuando eso pasa me temo, no me quiero dar permiso de perderme otra vez en los insondables vericuetos en los que de repente me encierro. Cómo estaría la cosa que preferí seguir a estos dos acertijos, antes que volver a la desolación de mis trastabillantes emociones, para disfrutar de un helado doble junto a ellos.

Mis hijos se han vuelto lo más importante para mí, aunque bien sé que de todo lo que le pasa al mundo algo ha de tener que tratar con nosotros. Y si no es así, si no somos protagonistas de la historia, ni es con nuestros deseos y nuestro afán, nuestros riesgos y nuestros sueños como

se consiguen las palabras que todo lo nombran, de cualquier modo hay que vivir como si así fuera. Junto con ellos quiero mirar el mundo iluminado que late a nuestros pies, como si nada.

Quiero revisar los cuadernos que cargan en sus mochilas, manejar para ellos bajo el tránsito reacio de Insurgentes, llevarlos al cine, buscarles historias que corroen, reunirme también con sus amigos, conocer a sus compañeros de clase, y a las maestras, comer con ellos y leerles mis libros o a mis autores preferidos, llevarlos a la panadería conmigo. Quiero hacer todo para y con ellos. Muchas veces se dice eso de que “si la madre esto, si la madre aquello, si la madre lo otro”. A parte de engendrar, qué otra cosa hace el padre.

Cuando llevé a mis hijos a una clase de gimnasia y pasé enfrente de una iglesia en Polanco, leímos sobre la banqueta una enorme piedra labrada que exhibe y guarda una hermosa sentencia de San Agustín. “Ama y haz lo que quieras”.

Con aquellas anécdotas que me platicaba la mujer que tenía a mi lado, me obligaba a preguntar cuál era la concepción que guarda de las mujeres de estos tiempos. Ya había descrito que lo mismo le daba jugar con los pequeños niños que considerarlos unos sabios comprensores de la vida literaria en la que se metía cada mañana.

—Estamos viviendo de una manera que muchas de nosotras ni siquiera hubiéramos podido soñar hace veinticinco años. Las cosas no son del todo iguales. Creo que con la prisa y la fiebre con que nos ha tocado participar, padecer y gozar estos cambios, ni siquiera sabemos cuánto han cambiado algunas ideas y muchos comportamientos. Muchas de las mujeres que viven en las ciudades trabajan cada vez más fuera de su casa, dejan de necesitar que un hombre las mantenga, se bastan a sí mismas, se entregan con pasión y con éxito a la política y al arte, a las finanzas o la medicina. Viajan, hacen el amor sin remilgos y sin pedirle permiso a nadie, se mezclan con los hombres en las cantinas a las que antes tenían prohibida la entrada, deambulan por la calle a

cualquier hora de la noche sin necesidad de un perro guardián o marido que las proteja, no temen vivir solas, controlan sus embarazos, cuidan y gustan de sus cuerpos, usan la ropa y los peinados que se les antojan, piden con más fuerza, que vergüenza, la ayuda de sus parejas en el cuidado de sus hijos, se divorcian, vuelven a enamorarse, leen y discuten con más avidez que los hombres, conversan y dirimen con una libertad de imaginación y lengua que hubiera sido el sueño dorado de sus abuelas.

Comparo por ejemplo el modo en que las mujeres de mi generación cumplíamos quince años, y el modo en que los cumplen nuestras hijas. Algunas de las mujeres jóvenes que viven en el campo también han empezado a buscarse vidas distintas de las que les depararía el yugo que nuestros campesinos tienen sobre sus mujeres. Muchas de ellas son capaces de emigrar sin más compañía que su imaginación, y llegan a las ciudades con la esperanza como un fuego interno y el miedo escondido bajo los zapatos que abandonan con su primer salario. Son mujeres casi siempre muy jóvenes que están dispuestas a trabajar en cualquier sitio donde estén a salvo de la autoridad patriarcal y sus arbitrariedades. Mujeres hartas de moler el maíz y hacer las tortillas, parir los hijos hasta desgastarse y convivir con golpes y malos tratos a cambio de nada.

Mujeres que desean tan poco, que se alegran con la libertad para pasearse los domingos en la Alameda y las tardes de abril por las banquetas más cercanas a su trabajo. Mujeres que andan buscando un novio menos bruto que los del pueblo, uno que no les pegue cuando paren niña en vez de niño, que les cante una canción de Juan Gabriel y les diga mentiras por la ventana antes de violentarlas sin hablar más y hacerles un hijo a los quince años.

En muchas mujeres estas nuevas maneras de comportarse tienen detrás la reflexión y la voluntad de vivir y convivir fuera de lo que hizo famoso a México por el alarde de sus machos y la docilidad de sus hembras. Entre más aptas son, entre más acceso tienen a la educación y al trabajo, más libres quedan para querer o detestar a los machos que sus brazos cobijan.

No fueron educadas para su nuevo destino, se deshicieron de una carga, pero han tomado algunas más arduas, por ejemplo, enfrentar todos los días la idea aún generalizada de que las mujeres deben dedicarse a atender su chiquero, a hablar de sí mismas entre sí mismas, para sí mismas, a llorar su dolor y su tormenta en el baño de su casa, en la iglesia, el teléfono, a tararear en silencio la canción que les invade el cuerpo como un fuego destinado a consumirse sin deslumbrar a nadie.

Hay quienes piensan que el feminismo es una corriente ideológica, yo creo que es un instinto. Un instinto que, como tantos, la humanidad ha escondido entre cortesías y crueldades hasta no dejar en las mujeres sino un recuerdo casual y placentero que alguna vez nos tuvo en armonía.

—¿Falta algo que permita ver esa igualdad con el hombre?

—Falta justamente la igualdad. Nos hace falta reflexionar en cosas como: ¿por qué si un hombre tiene un romance extraconyugal es un afortunado y una mujer en la misma circunstancia es una piriña?, ¿el hombre un ser generoso al que le da el corazón para dos fiebres y la mujer una cualquiera que no respeta a su marido?, ¿por qué no nos parece aberrante un hombre de cincuenta años entre las piernas de una adolescente y nos disgusta y repele la idea de una mujer de treinta y cinco con un muchacho de veintiséis?, ¿por qué una mujer de cuarenta y cinco empieza a envejecer y un hombre de cuarenta y cinco está en la edad más interesante de su vida?, ¿por qué detrás de todo gran hombre hay una gran mujer y detrás de una gran mujer casi siempre hay un vacío provocado por el horror de los hombres a que los vean menos?, ¿por qué los esposos de las mujeres jefes de Estado no se hacen cargo de las instituciones dedicadas al cuidado de los niños?, ¿por qué a nadie se le ocurre pedirle al esposo de una funcionaria de alto nivel que se adscriba al voluntariado social?, ¿por qué las mujeres que ni se pintan ni usan zapatos de tacón son consideradas por las propias mujeres como unas viejas fodongas cuando todos los hombres andan en zapatos bajos y de cara lavada sintiéndose muy guapos?

¿Por qué se consideran cualidades masculinas la fuerza y la razón y cualidades femeninas la belleza y la intuición?, ¿por qué si un hombre puede embarazar a tres distintas mujeres por semana y una mujer sólo puede embarazarse una vez cada diez meses, los anticonceptivos están orientados en su mayoría hacia las mujeres?, ¿por qué al hacerse de una profesión las mujeres tienen que actuar como hombres para tener éxito?, ¿por qué pretextos femeninos “tengo la regla o mi hijo está enfermo”, no pueden ser usados para fallar en el trabajo, y los pretextos masculinos “estoy crudo, perdonen ustedes pero vengo de un tibio lecho”, son siempre aceptados con afecto y complicidad?

¿Por qué la libertad sexual a la que accedimos las mujeres ha tenido que manejarse como la libertad sexual de la que hace siglos disfrutaban los hombres?, ¿por qué las mujeres nos pusimos a hacer el amor sin preguntas cuando cada vez seguía latente en nuestros cuerpos la pregunta ‘qué es esta maravilla’? Y aceptamos sin más la respuesta que los hombres se dieron tiempo atrás y que a tantos desfalcos los ha conducido: ‘éste es un misterio, ponte a hacerlo’.

—¿Y qué hay de la política?

—Quiero educarme en la costumbre de callar cuando la política, ese remolino de discordias, irrumpe la conversación. Con esto no quiero decir que el destino del país me tenga sin cuidado, ni que me haya hecho al ánimo de no tener opiniones y certidumbres en torno a lo que sucede. Lo que quiero decir es que no estoy dispuesta a defender mis convicciones dejando en ellas el hígado, ya no digamos las amistades o los cariños entrañables, cada vez que me invitan a una cena, concilio o desayuno.

Me propongo, pensando en la política: no hablar sobre lo que no sé, no hablar sobre lo que creo que sé, no hablar sobre lo que imagino, no afirmar lo que otros me dijeron que imaginan o creen, no hablar sobre lo que dijo un editorialista, no citar a un columnista, no decir que no le creo a ningún político, no preguntar cuánto gana la voz más radical de la reunión, no poner gesto justiciero cuando alguien vierte opiniones que comparto, no contradecir a quien esgrime a gritos

una contundencia que me parece descabellada, no maldecir por lo bajo preguntándome qué hago en tal reunión, no contrariar a quien pregunta desafiante tras dos argumentos increíbles: “¿O no?”.

Pero no quiero que lleguen a la conclusión de que no tengo valor ni convicciones, porque no es cierto. Quiero ser respetada en esta ideología política lo mismo que en mis creencias muy particulares.

Matretta sorbía, lo mismo que yo, un poco de agua para retomar aire, buscaba con la mirada todas las partes de la mesa, sus manos se pronunciaban nerviosas y no dejaban de frotarse una a la otra entre pregunta y pregunta.

LA SATISFACCIÓN DE ESCRIBIR

—¿Cuáles han sido las satisfacciones que le ha dado la escritura?

—Vivo de mi trabajo y de la buena suerte que lo acompaña. Por ejemplo, en México *Arráncame la vida* vendió 200 mil ejemplares en cinco años, lo que significa un éxito de venta. Además el libro está traducido al alemán, holandés, danés, portugués, inglés, italiano, israelí, francés, turco, finlandés, noruego. En menos de cinco años se ha traducido a más idiomas de los que nunca pude imaginar. Me gustaría ser traducida al ruso, chino y al japonés. De los viajes que ha hecho este libro he podido vivir.

Además puedo visitar muchos países con la obligación de promover mis libros (los editores usan al escritor de vendedor), la tarea es: escribir, viajar y promover, contestando preguntas parecidas (gajes del oficio en estos tiempos).

Hay momentos en que terminas harta de andar vendiendo libros, pero cuando lo hago aquí en el país, lo disfruto como el mejor del mundo. Aquí puedo llegar a ver el mar, subir un cerro, andarme por los alrededores de Puebla, disfrutar del cielo de Guadalajara, de la alegría de los pájaros, las campanas, la certeza de que tengo un lugar en el mundo, un agujero en el cual reconstruirme. No hay como la casa de uno. Aquí te dispones a hacer con tu tiempo lo que más te guste y poner atención en lo que se te antoje.

Hace mucho tiempo que mi atención, mi espacio, mi tranquilidad, mi medio ambiente y mi seguridad no eran completamente los mejores hasta que estás en tu casa, eso es lo que busco por lo menos cada semana. Sin embargo, tengo presente la idea de que “siempre he de hacer lo que quiero”.

Premios y reconocimientos

Entre los premios y reconocimientos que le han entregado podemos citar el **Premio Mazatlán de Literatura** por *Arráncame la vida* en 1985. Al respecto de esta satisfacción la autora comentó:

—He tenido la suerte de que mis textos sean bien recibidos por la gente. Recuerdo que recién aparecida la novela *Arráncame la vida* recibí el Premio Mazatlán de Literatura. Con el dinero que obtuve por ese premio pude colocar los techos de la casa que habito. Con el dinero de las ventas en Alemania puedo seguir habitándola. Mis ventas en otros países a donde han viajado mis libros son otro premio. Además me han invitado en innumerables ocasiones a presentar libros de diversos autores. Me siento muy contenta por el recibimiento que le han dado a estas historias.

Ángeles Mastretta también participó como jurado en el **Premio Planeta** (Argentina) de 1996, junto con Mario Benedetti y Tomás Eloy Martínez, otorgándole el premio al escritor Carlos Franz por el texto *El lugar donde estuve o Paraíso*.

Mal de amores fue finalista del Segundo **Premio Nacional de Literatura Impac** en 1997, homónimo del cada vez más prestigioso premio de literatura que se otorga en Irlanda. Se habían recibido 72 novelas aspirantes al Impac '97, de las cuales el jurado, integrado por Mempo Giardinelli, David Martín del Campo y Eduardo Parra, seleccionó 10 finalistas: Leonardo da Jandra por *Samahua*, Josefina Estrada por *Desde que Dios amanece*, Margo Glantz por *Apariciones*, Ángeles Mastretta por *Mal de amores*, Angelina Muñoz Huberman por *Castillos en la tierra*, Rafael Ramírez Heredia por *Con M de Marilyn*, Agustín Ramos por *Tu eres Pedro*, Ignacio Solares por *Columbus*, Hugo Valdés por *El crimen de la calle de Arumberri* y Juan Villoro por *Materia dispuesta*.

La novela de Ángeles Mastretta, *Mal de amores*, fue merecedora del **Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos**, creado en 1964 en honor del escritor venezolano, autor de *Doña Bárbara*. Este galardón se otorga cada dos años, celebraba sus 30 años de trayectoria y tuvo participación de 180 obras de 20 países.

Pero, ¿qué fue lo que pasó días antes de que se diera a conocer al ganador de dicho premio?, ¿qué decía o cómo actuaba Ángeles Mastretta al saberse ganadora? El diario mexicano *La Crónica de Hoy* publicaba al respecto:

La obra *Mal de amores* de la mexicana Ángeles Mastretta figura entre las 31 novelas finalistas del premio de literatura 'Rómulo Gallegos', según publicó ayer el diario venezolano *El Nacional*. Aunque en el proceso de selección de la obra ganadora no contempla la publicación de una lista de finalistas, el rotativo reveló que al menos 30 títulos estarán disputándose el primer premio.

Además de esta obra de Mastretta, también fueron citados los mexicanos Alberto Ruy con *En los labios del agua*, Gustavo Sainz con *Salto de tigre blanco* e Ignacio Solares con *Columbus*.

En la lista de 'finalistas' también destacan el periodista argentino Tomás Eloy Martínez con *Santa Evita* y el escritor peruano Alfredo Bryce Echenique con *No me esperes en abril*, son considerados los grandes favoritos para adjudicarse la trigésima edición del premio 'Rómulo Gallegos'.

No será sino hasta dos días después en que se daría a conocer el nombre del ganador del premio el cual sería entregado el 2 de agosto en una ceremonia que se realizaría en Caracas para conmemorar los 30 años de este galardón.

El jurado estaría integrado por el escritor español Javier Marías, ganador de la edición 1996, por el chileno Antonio Skármeta, el colombiano Juan Gustavo Cobo Borda, la brasileña Bella Jozef y el venezolano Carlos Pacheco.

En esta edición se inscribieron 180 novelas provenientes de más de 20 países de habla hispana.

Finalmente, anunciaron al ganador del premio venezolano de literatura 'Rómulo Gallegos'. *Mal de amores* lograba colarse entre las tres novelas finalistas al lado de *Santa Evita* y de *No me esperen en abril*. El Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg) otorgó, en su décima edición, el galardón a la novela de Ángeles Mastretta, convirtiéndola en la primera mujer en obtener dicho reconocimiento después de celebridades literarias como el

peruano Mario Vargas Llosa con *La casa verde* (1967); el colombiano Gabriel García Márquez con *Cien años de soledad* (1972); de los mexicanos Carlos Fuentes con *Terra Nostra* (1977) y Fernando del Paso con *Palinuro de México* (1982); el argentino Abel Posse con *Los perros del paraíso* (1987); del mexicano Manuel Mejía Vallejo con *La casa de las dos palmas* (1989); el venezolano Arturo Uslar Pietri con *Visita en el tiempo* (1991); el argentino Mempo Giardinelli con *Santo oficio de la memoria* (1993) y del español Javier Marías con *Mañana en la batalla piensa en mí* (1995).

El diario mexicano *La Crónica de Hoy* publicó:

La escritora mexicana Ángeles Mastretta, con su obra *Mal de amores*, se convirtió ayer en la primera mujer ganadora del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos, uno de los más importantes en lengua española.

El jurado consideró que la novela es 'una obra con una profunda e innovadora relectura de la historia vista desde la cotidianidad, donde el aliento épico fluye a través de páginas llenas de lirismo e imaginación'. Únicamente el escritor chileno Antonio Skármeta votó por *Santa Evita* del argentino Tomás Eloy Martínez. 'La obra de Mastretta es una novela de notable calidad, pero *Santa Evita* tiene una mayor dimensión literaria; es una obra de mayor ambición y da una señal muy importante a la narrativa latinoamericana', afirmó.

La novela ganadora que recibió 60 mil dólares, una medalla, un diploma y la publicación de la misma por parte de la Fundación del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg), compitió en la selección final con obras de 3 argentinos —*Santa Evita*, de Tomás Eloy Martínez; *El templo de las mujeres*, de Vlady Konciacich; y, *Cita en Marruecos*, de Rodolfo Rabanal—, una cubana, *La piel de la cáscara*, de Jesús Díaz; y una colombiana, *Cartas cruzadas*, de Darío Jaramillo Agudelo.

Mal de amores es una novela de amor estructurada en 29 capítulos y narrada en tercera persona, que 'conjuga admirablemente la peripecia de mujeres inolvidables en la coyuntura histórica del 'porfirato' y la revolución mexicana', destaca el veredicto, que fue leído en la sede del Celarg, en Caracas.

El jurado, que tuvo que seleccionar seis novelas finalistas de las 180 participantes de 20 países, consideró que la concesión de esta décima edición del Rómulo Gallegos fue muy difícil.

La dificultad tuvo que ver con la presentación a concurso de novelas de autores consagrados, como el paraguayo Augusto Roa Bastos, el chileno Jorge Edwards, el argentino Jorge Soriano, el peruano Alfredo Bryce Echenique o el español Arturo Pérez Reverte, quienes no fueron seleccionados como finalistas en esta edición.

Ángeles Mastretta no tardó en reaccionar al conocer su triunfo y declaraba a este medio:

'No sé como pasan esas cosas, supongo que hay que agradecerse las al destino porque tuve mucha competencia; había extraordinarias novelas y estoy absolutamente sorprendida por el premio'. Este reconocimiento, agregó, 'vale la pena para todos los que creen que aún es bueno contar historias'.

La escritora mexicana expresó su confianza en que los premios contribuyan a dar una mayor difusión a las novelas, ya que 'cuesta mucho trabajo que se reconozca el trabajo intelectual, así que es magnífico que existan estos premios'.

El Universal de Caracas citaba los agradecimientos de la autora:

'Quiero recibir este galardón con el regocijo que produce un buen amor, no con la arrogancia de quien imagina una victoria'. expresó la escritora mexicana Ángeles Mastretta al recibir, el X Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos.

'Sé bien —agregó— de la intensidad y la sabiduría de los escritores que me preceden en esta buenaventura y que antes me precedieron y aún me enseñan el valor y la tenacidad que se necesitan para entregarse a la febril aventura de hacer libros'.

A raíz de la noticia de que una mexicana se convertía en la primera mujer merecedora del **Rómulo Gallegos**, *La Crónica de Hoy* citaba en sus páginas los comentarios que cuatro escritores hicieron sobre este acontecimiento:

ELENA PONIATOWSKA: "Me da una enorme alegría que el Premio 'Rómulo Gallegos' sea otorgado a *Mal de amores*. Ángeles Mastretta es una escritora muy original; lo demostró desde el principio, con su primer novela, *Arráncame la vida*, y, en sus artículos, que después se recogieron en *Puerto libre*. Es una escritora que tiene un estilo propio. Para todas las mujeres de México, el hecho de que por primera vez le den este galardón a una mujer y que esta mujer sea mexicana, es un enorme orgullo. No pienso en que exista una literatura femenina, sino en que hay buena y mala literatura. Mastretta posee una visión del mundo que es sólo suya y que hasta la fecha ha sido muy notable".

CARMEN BOULLOSA: "Aunque respondemos a tradiciones literarias bastante diferentes y desconozco la novela *Mal de amores*, me atrevo que Ángeles Mastretta haya recibido el Premio 'Rómulo Gallegos'. Creo que un premio literario debe premiar buenos libros, no importa un bledo que quien escriba sea hombre o mujer".

EMMANUEL CARBALLO: "Ángeles Mastretta es una excelente escritora y ha progresado mucho en los últimos tiempos. Es, entre las mujeres de su generación, la más capaz. Creo que, en estos momentos, en la literatura no se puede hablar de un sector femenino o masculino, sino de escritores capaces e incapaces, escritores buenos o escritores malos. Mastretta es una buena escritora. El sexismo ha sido desterrado. La mujer ha ganado a pulso esta batalla, no es más una advenediza, sino que plantó su bandera en la buena literatura. Hoy se considera en igualdad de circunstancias con el hombre. Esto lo ha ganado de muy buena ley, porque es tan buena como las mujeres y como los hombres".

BÁRBARA JACOBS: "Este premio ha sido acertadísimo, no sólo por el hecho de que sea mujer quien lo ha ganado, sino porque Ángeles Mastretta es una escritora muy valiosa para la cultura mexicana y celebro que el jurado, integrado con personajes tan aptos hayan tomado en cuenta el trabajo de esta escritora. La novela *Mal de amores*, por la cual recibe el premio, es tan valiosa como cualquiera de sus libros. El valor está en ella, en todo su trabajo, en todo lo que ha hecho como escritora mexicana, para la cultura de este país. Esto es significativo porque con este premio se integra México al gran movimiento latinoamericano, y que haya sido mujer le añade valor, porque ha sido más difícil para las mujeres abrirse camino. La narrativa de Ángeles Mastretta es muy cuidada, ella no se considera una escritora espontánea, toma muy en serio su trabajo y eso me parece importante, porque no es una casualidad; este premio es un reconocimiento a su trayectoria. Celebro que Ángeles Mastretta sea la ganadora del Premio 'Rómulo Gallegos'".

La primera mujer en alzarse con el reconocimiento **Rómulo Gallegos** decía:

A veces la vida nos reta con el fin de saber si tendremos la fortaleza necesaria para recibir su generosidad con sencillez. A mí me cuesta siempre más trabajo entender la sorpresa de una dicha que la justicia inmanente de las penas. Me enseñaron que se necesita valor para enfrentar la desgracia y que es virtud ponerle buena cara al mal tiempo. En cambio, no hay receta que diga cómo tratar a las grandes alegrías, por más que para entenderlas también se necesite rigor y entereza. Sé de qué tamaño es el privilegio que recibo con este premio, quiero agradecerlo con la misma fuerza con que sé y temo la responsabilidad que entraña. Quiero recibir este reconocimiento que me acerca a mis pares, sin perder el deseo de confiar en mis dudas más que en mis dogmas, sin creer que traiciono a mi padre que murió mucho antes de que alguien comprendiera su pasión por las palabras, sin desertar de la paciencia con que tantos escritores han trabajado y trabajado desprovistos de la ambición de un premio y absteniéndose de maldecir a quienes los ganan. Quiero recibir este premio con el regocijo que produce un buen amor, no con la arrogancia de quien imagina una victoria.

Sé bien de la intensidad y la sabiduría de los escritores que me preceden en esta ventura y que antes me precedieron y aún me enseñan el valor y la tenacidad que se necesitan para entregarse a la febril aventura de hacer libros. Sé también, como lo saben ellos, que ha habido y hay otros cómplices de nuestras aventuras que merecen tanto o más la ventura de un premio.

Considero un privilegio el oficio de escribir como lo hicieron tantas mujeres y tantos hombres a quienes sólo rigió el deseo de contar una historia para consolar o hacer felices a quienes se reconocen en ella. De contar una historia para desentrañar y bendecir la complejidad de lo que parece fácil, la importancia de lo que se supone que no importa, de lo que no registran ni los periódicos ni los libros de economía, de lo que no explican los sociólogos, ni curan los médicos, ni aparece como un peldaño en nuestro currículum: de la hazaña diaria que sobrevivir al desamor, al momento en que nos sentimos más amados que ningún otro, a la maravilla de andar como vivos eternos aun cuando la muerte golpea a nuestra puerta, al delirio de quienes nos abandonan y al delirio con que abandonamos, a la decisión que más duele y menos se pregona, a la vejez y a la adolescencia, al mar y a los atardeceres, a la luna inclemente y al sol tibio.

Aún menos certeros que los geólogos, más empeñados en la magia que los médicos, los escritores trabajamos para soñar con otros, para mejorar nuestro destino, para vivir todas las vidas que no sería posible vivir siendo sólo nosotros. Siempre he pensado que es suficiente recompensa un lector que asume las cosas que pudieron pasar, alguien extendiendo su libro mientras dice de qué modo se parece a un personaje. Tal vez por eso el premio Rómulo Gallegos, entregado a *Mal de amores*, esta novela cuyo aire me hizo sentir resguardo mientras lo respiraba, me conmovió y me sorprendió tanto.

Quiero dar las gracias a la Fundación Rómulo Gallegos, ese pionero cuya fidelidad al lenguaje y las cosas del mundo latinoamericano convirtió en un escritor inolvidable, por la generosidad con que se ha mantenido en la costumbre de poner la decisión de a quién se entrega este premio, en un jurado que integrase escritores. Tengo para quienes trabajaron en este décimo jurado un intenso agradecimiento por el tiempo y la pasión que dedicaron a este acuerdo.

No sé si las estrellas sueñan o deciden nuestro destino, creo sí que nuestro destino es impredecible y azaroso como los sueños. Por eso las mujeres y los hombres de nuestro tiempo aún temblamos cada mañana cuando el mundo se ilumina y nos despierta.

Hace tres siglos, Sor Juan Inés de la Cruz escribió el más grande de sus poemas para invocar la noche en que soñó que de una vez quería comprender todas las cosas de que se compone el universo. En cientos de versos a veces herméticos y siempre de una sonoridad gozosa, la poetisa se describe dormida, volando, una y otra vez aferrada al intento de dibujar los secretos del mundo, sin conseguirlo ni cuando lo divide en categorías, ni cuando lo busca en un solo individuo. Por fin la ingrata noche se acaba y la luz del amanecer la encuentra desengañada, diciendo ese prodigio de verso que es el final de *El Sueño*: 'el mundo iluminado y yo despierta'.

Menos audaces que Sor Juana, más lejos de su genio que de su empeño, quienes tenemos la fortuna de encontrar un destino en la voluntad de nombrar el mundo, compartimos con ella el diario desengaño de no comprenderlo. Por eso escribimos, regidos por ese desencanto y convocados por una ambición que imagina que al nombrar el fuego, los peces, la cordura, el viento, el estupor, la muerte, conseguimos por un instante comprender lo que son.

De ahí que cada vez que abandonamos un libro creyendo que lo hemos acabado, despertemos a la zozobra de un universo milagroso cuya razón de ser no comprendemos. De semejante desamparo no nos libra sino la urgencia de inventar otro libro. Nos dedicamos a escribir un día con miedo y otro con esperanza como quien camina con placer por el borde de un precipicio. Ayudados por la imaginación y la memoria, por nuestros deseos y nuestra urgencia de hacer creíble la quimera.

No imagino un quehacer más pródigo que éste con el que di como si no me quedara otro remedio. Por eso recibo este premio más suspensa que ufana.

Siempre he sabido que la fortuna fue generosa conmigo al concederme una profesión con la que me gano la vida, mejoro mi vida y sobrevivo cuando la vida se vuelve ardua. No me hubiera atrevido a pedirle al destino ninguna otra recompensa a cambio de mi trabajo. Muchas gracias.

Esas habían sido las palabras con las cuales Ángeles Mastretta recibía el **Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos** en Caracas, Venezuela, el 2 de agosto de 1997 en que se cumplía la décima edición. Lo recibió de manos del presidente de aquel país, Rafael Caldera, quien la felicitó por ser la primer mujer en ganar uno de los reconocimientos más importantes de la literatura iberoamericana.

La prensa venezolana destacó, en la primera plana de sus más importantes diarios, la entrega del premio **Rómulo Gallegos**. *El Universal*, de Venezuela, comentó que Mastretta recibió 60 mil dólares, de los cuales “ya no le queda ni un rastro: la mayor parte lo donó y el resto lo destinó a saldar una curiosa deuda. Apostó a que no ganaba el premio”. Los demás diarios y medios de comunicación electrónicos también destacaron en sus respectivas emisiones la entrega del premio a la escritora nacida en Puebla en 1949.

La entrega del premio se realizó en la sede del Centro de Estudios Latinoamericanos (Celarg), y contó con la presencia de la entonces secretaria de Turismo de México, Silvia Hernández, así como de otras personalidades del mundo literario y académico de Venezuela. El director del Celarg, Elías Pino Iturreta, dijo que el premio concedido a la novela *Mal de amores*, es motivo de regocijo para los latinoamericanos interesados en el destino de la literatura en el continente”.

La plática con Mastretta se estaba tornando mucho más agradable, cada vez veía sonreír con más facilidad a mi interlocutora, se mostraba más alegre cuando comentábamos de los reconocimientos que le habían hecho. Me había mostrado el hermoso premio que le entregaron por la novela *Arráncame la vida*, una estatuilla de cristal que adorna su estudio. Mostrándose doblemente emocionada me dijo que ahora sería jurado en la nueva edición del Premio Rómulo Gallegos y ya tenía paquetes y paquetes de libros de todas las editoriales y países de habla hispana. Venía por delante una tarea muy difícil pero encantadora, según decía.

Habíamos pasado unos minutos muy agradables, compartíamos sonrisas y una que otra carcajada, esa era la mujer que quería conocer, sabía de antemano que los premios mayores eran su familia y su profesión de escritora. Ahora tendría que descubrir cómo fue logrando esa ascendencia en el ámbito profesional y cómo lo fue conjugando con su enorme responsabilidad de ser madre, esposa y mujer.

LETRAS QUE SALPICAN EL PERIODISMO Y LA LITERATURA

—¿Cuál salto es más fácil, del periodismo a la literatura (como se dio en su caso) o viceversa?

—Creo que con el periodismo yo hice muchos dedos. Antes de escribir *Arráncame la vida*, ya había escrito muchas páginas (más de 1000), entonces fue como un juego de destreza, fue como ejercitar los músculos, fue como bailar (como las ocho horas diarias de bailar de quienes se dedican a la danza), digamos que esa lidia diaria con las palabras la obtuve del periodismo. ¿Cómo pasamos del periodismo a la ficción?, para mí es una cosa imprecisa, no es algo que puedo analizar con frialdad, porque son cosas imparentables, es de todas maneras escribir.

La posibilidad de acudir todos los días a un espacio sacado de mi imaginación, es un placer que no es equiparable con el modo en que uno acude al periodismo, eso es verdad. Pero también sucede al revés, muchas veces uno no sabe a dónde va, no sabe qué sigue, no sabe si lo que está contando tiene destino, esto te aflige muchísimo y el periodismo no te da eso. El periodismo te da a cambio otra cosa que es una maravilla porque tú escribes y al rato alguien viene y te dice qué piensa de ello. En la literatura la respuesta es más solitaria y muchas veces cuando la respuesta llega, no es que ya no te importe, es que muchas veces ya no le ve utilidad. ¿Qué quiero decir con esto?, yo escribo tres ó seis páginas y las publico en un medio periodístico y al día siguiente alguien viene y me dice: “oye vi eso que escribiste y no es verdad” o “sí, qué bien” y ya, el texto se cumple y uno se independiza de él. Cuando haces literatura pasan años después de que lo escribiste y alguien te lo comenta: “oye ¿cómo se llama el doctor Cuenca?”, tú dices: “Daniel, no Octavio, se llama Octavio” y lo recuerdas tres años después.

—¿Cuál sería la diferencia entre la literatura y el periodismo que hace Mastretta?

—Probablemente es la ficción, pero no sé qué decirte. Siento que cuando uno hace ficción o elige la ficción como forma para contarla tiene una “escenografía” distinta, amplia en la que se permite esconderse más. Cuando uno hace textos como los de *El mundo iluminado*, no se lo

puede permitir, de lo que se trata es de que uno ahí esté. A la larga (y sucede muchas veces), uno también se convierte en personaje, también hace ficción porque ¿quién soy yo cuando recuerdo?, soy la escritora, soy la mujer inerte y a veces tímida, esa soy cuando hago periodismo de opinión (vamos a llamarlo de alguna manera), soy una escritora, soy lo mismo que soy cuando hago ficción, soy la misma cuando escribo novelas o cuentos.

En los textos que he escrito para *Nexos* lo mismo se pueden encontrar temas personales como: una caminata por el lago de Chapultepec o por el Parque México; el abuelo dentista y agricultor; de viajes en coche hasta Quintana Roo y Campeche: cuando manejo contra el tránsito enfurecido de las ocho de la mañana en este congestionado Distrito Federal; de mi hija Catalina conversando con nuestro perro y sintiéndose una niña y no la adolescente precoz en que se está convirtiendo; de los largos viajes de Héctor lejos del país por casi tres semanas; de las constantes preguntas de Mateo; de mi madre viajando en los ADO desde Puebla; de mis amigos y amigas como Emma Rizo. Puedes leer de miles de cosas, pero una novela es algo diferente, es una ficción necesaria para poder sobrellevar los grandes dolores que nos da el periodismo, es donde podemos crear y recrear nuestras necesidades.

Mis amigos los periodistas y los literatos

—Supongo que entre los amigos con los que cuenta usted están muchos periodistas y también muchos literatos, ¿a quienes nos puede mencionar de esa gran listas de amigos?

—Algunos de mis muy buenos amigos son escritores y escritoras. Mi esposo es un escritor obsesivo y beligerante. Son mejores los libros que quienes los escribimos, así como es mejor la voz de los cantantes que los cantantes a la hora del desayuno, y mucho mejores las pinturas de los pintores que quienes las pintan. Aunque casi siempre es mejor leer a un escritor que tratarlo, casi siempre es más fácil quererlo por su palabra escrita que por su voz, casi siempre admiramos de lejos a quienes nos cuesta lidiar de cerca.

Indudablemente mis amigos son mi propia familia, mis tías, porque son de las personas que me han gustado tanto escuchar porque tienen un misterio admirable en su lengua y en sus palabras.

Varios escritores también se han vuelto mis amigos y mis maestros como por ejemplo: Carlos Fuentes, creo que su pasión por los palabras es la más intensa de todas las pasiones que ha sabido contarnos, creo que ha recorrido con celo y avidez cada círculo de su tiempo, ha logrado quedarse como un lujo en el ímpetu y la memoria de otros. Renato Leduc sale a veces de la caricatura en que lo pintó Naranjo y me hace la visita con su voz llenando los cuatro metros de mi estudio. Me acuerdo que sonriente y altanero dijo una vez: “Quien gana en amor se pierde, en amor quien pierde gana”. Mi amiga Cinthia siempre pasa con prisa. Mi tía Alicia me censura tras el espejo, Manuel Buendía me elogia la distancia que les he ido tomando a los periódicos, Carlos Pereyra me regaña cuando uso demasiado la primera persona.

—Uno de sus grandes amigos fue don Carlos Mastretta...

—Por supuesto, mi papá me enseñó muchas cosas que incluso, ahora, a la larga, desde siempre tuve la certeza entre los 19 y los 39 de que él era perfecto. Pero ahora que he ido reconociendo y asumiendo que tenía errores, que se equivocaba y que sufrió de más (y a veces sin necesidad), también he aprendido de él en su manera de llevar sus pesares, pregonarlos..., eso también me ha enseñado cosas.

Él cumpliría casi 90 años. Sabio y silbador, que murió por fumar y sobre todo el mayor pesar es que murió a destiempo, como muchos otros de mis grandes amigos. El señor de mi casa sabe que aún no he acabado de llorar a mi padre, también como yo sé que ninguna mujer acaba nunca de llorar a su padre y que si una viudez duele dos veces, ésa es la incomprendida viudez de las huérfanas.

—¿Cómo es la relación de Mastretta con los amigos?

—Yo le doy muchísima importancia a la amistad, dedico mucho de mi tiempo a mis amigos, no siento para nada que eso sea perder el tiempo, platico largo con ellos y ellas, en qué van sus amores, sus desfalcos, sus crisis profesionales, etc., no sólo no me importa oír sino que busco oírlos, me hace falta para estar viva y para ayudarme a vivir, saber que hay otros pasando por los mismos trabajos que cuesta la vida. Creo que una de las grandes alegrías de vivir en una ciudad como la nuestra es que uno aquí encuentra personajes extraordinarios, la riqueza humana que tiene y en la que nos hemos mezclado los mexicanos (en el Distrito Federal) es inaudita y generosísima. He encontrado amigos y buenos amigos en todas las clases sociales.

Todos los que están anotados en mi directorio que es así de gruesote y de este tamaño — dice a la vez que hace los ademanes necesarios para señalar que son incontables—, y ahí no están sino mis amigos; soy muy amigüera, tengo amigas de mis primeros tiempos, sobre todo una de ellas que me dice: “es que tú no seleccionas”, le dije, no, es el tiempo el que selecciona: “el que se queda conmigo es mi amigo”.

Sin embargo, dejo entrar a quien quiera, porque hay que dejar entrar a la gente al corazón y a los desfalcos de uno para saber quién vale la pena que se quede y quién no. Incluso, mi adorado perro Giocco, es otro de mis amigos —dice mientras lo acaricia.

Desde mis amigas de la infancia que son Elena de la Concha (de la cual hablo mucho), amiga de los nueve años; mi amiga entrañable que es mi hermana Verónica; desde esas amigas hasta las más recientes pero no menos entrañables como es la mamá de la íntima amiga de mi hija Catalina que es mi gran amiga, es una mujer que conocí hace siete años. No es que yo pierda todos los recuerdos, es que recuerdo lo que a nadie le importa. Los desmemoriados estamos concentrados en el olor, en los colores de la ropa, en un sonido, en el impulso de antipatía o apego repentino que algo nos provoca, estamos evocando una sensación. También por supuesto están presentes mis amigas de la universidad, las del servicio social; si se trata de decir nombres te puedo decir.

Es mi amiga Verónica Mastretta, Elena de la Concha, mi memoriosa amiga desde la primaria, Maricha Sánchez (mi prima) y Adriana y Marcela, Conchita Ortega (muy amiga), Dolores Lozano, del mismo modo que es mi amigo Luis de la Barreda, Carlos Slim, Froylán López Narváez, Carlos Castillo Peraza, Carlos Monsiváis (del que no sé que tan mi amigo es); las personas más opuestas, más distintas, Alejandro Quintero, vicepresidente de Televisa y al mismo tiempo es mi amigo un poeta o escritora como la China Mendoza, así como Guadalupe Pineda. Realmente tengo una enorme fortuna con los amigos que tengo porque me doy perfecta cuenta de qué modo me han ido enriqueciendo la vida y de qué modo no podría vivir sin ellos.

Conocí a Emma Rizo hace más de veinte años, ella se había casado quince años antes, tenía cuatro hijos y una pasión por la poesía barroca, el cine y la pintura de Picasso, su vocación era el gusto por las palabras y los libros. Nunca faltó a las comidas de los martes. Recuerdo que cuando ella presentía la muerte me dijo “Lo bueno de todo esto es que me voy a librar de ir al dentista”. Solía divertirse y bromear como una niña junto con su hermana Esther.

Eso al mismo tiempo (y se lo dije a mi hija Catalina cuando murió Jaime Sabines), “es que yo, hija, toda la vida te he dicho que quiero ser una viejita de 100 años, que me quiero quedar aunque sea en mi sillita de ruedas, aunque me guarden en un cajón y que ya no me hagan caso, que me tengan ahí aventada, pero que me saquen al sol y quiero seguir viendo cuando sale la luna y pueda comerme un chocolate y pueda ver cómo crecen mis nietos, o lo que sea, puedo llegar a padecer lo que sea pero me quiero quedar en este mundo”. Y cuando se murió Jaime Sabines me pregunté si es que todavía quería llegar a ser viejita, porque para llegar a serlo es necesario contar con la fortaleza necesaria para sobrevivir a nuestros muertos y no sé cómo perder a Teodoro Césarman, Ignacio Galán..., cuántas muertes de amigos puedes aguantar, me parece tristísimo hacerlo, Emma Rizo, cómo te puedes quedar sin esa gente y volver a arrancar como si nada pasara, es muy difícil. Los muertos están para ser nuestros cómplices o para morir de verdad. Sólo se mueren los que nunca pudieron hacer a otros imaginar la eternidad.

Renato Leduc murió en 1986 y ahora me pregunto qué pensaría del desencanto de este mundo que nos corroe. Él no creía en los amores duraderos, ni en la fe de los templos, ni en la patria de la Historia Patria. Pero era un eterno enamorado, creía en las estrellas y en el fuego que las ampara y era junto con los sencillos héroes de todos los días, un venerador sonriente de la patria que se hace conversando, bebiendo, imaginando que el mundo es noble porque nunca ha negado que no tiene más remedio que acatarlo con sus desfalcos y destellos. Eran breves las tardes escuchándolo tras la comida en el café de románticos obsoletos que era el *Rincón de Cúchares*. Largas, polvorosas y tercas eran las tardes de toros con los ojos prendidos a Manolo Martínez. Me gusta encontrar a Patricia su hija y decirle cuánto lo extraño, cuánto jugué a ser su otra hija y cuánto me hubiera gustado ser la novia desatada y adolescente que hubiera sido. No creo que la vida vuelva a darme un amigo capaz de hacerme tantos regalos.

A él le debo la voz de Catalina Ascencio, algunas *Mujeres de ojos grandes* durmieron con un hombre de su estampa, y Daniel Cuenca le robó a su recuerdo algo de la inconstancia y el fervor con que lo imaginé siendo joven. Renato es de esos muertos cuya sombra matiza cualquier intento de catástrofe interna: “seamos impasibles, inmutables y eternos como el fondo del mar”, dice un poema suyo que me repito a cada tanto. O invoco de repente como el mejor auxilio en mitad de una aflicción que tiene remedio: “no llores m’ija, que el que mucho llora poco mea”. Y parece que lo oigo reírse de mí, de él, de todos nosotros. “Quien gana en amor se pierde, en amor quien pierde gana” solía decir. Llegó Renato a los noventa y dos años.

Recuerdo a Julio Cortázar, escritor que nos reenseñó la literatura en los años setentas. Veo en una fotografía que tengo de él sus labios sujetando un cigarro, su cabeza juvenil, la intensa arruga entre las cejas, la mirada como una pregunta. Cortázar, el escritor más querido. Tanto que hasta los escritores de su generación lo querían más que a ningún otro.

Después de todo ese recuento de personajes, Mastretta hizo una pausa para beber un poco de agua y continuó mencionando a

aquellos a quienes considera los maestros de la literatura, del periodismo y de la vida misma.

—Tengo maestros de la vida misma en los lugares más inusitados, la niña que me destraba los nudos de la espalda, que me afloja los huesos y que se llama Vicky. Ella trabaja todo el día y toma el metro a las siete de la mañana y se echa dos horas de metro y peseras para llegar desde su casa hasta esta colonia que es en la que trabaja, es una maestra excepcional. La escucho todos los días que viene y la escucho como una lección y ella sabe (o quién sabe si sepa) de qué tamaño es la emoción que me da porque yo se lo digo, ella es una gran contadora. Te acaba enseñando técnicas de narración excepcionales, aparentemente sin darse cuenta.

Ahora, quiénes son mis amigos-maestros (y no necesariamente amigos porque algunos ni los conozco), creo que tuve maestros tan excepcionales como Froylán, Gustavo Sainz, Gutiérrez Vega. Tuve maestros como Rosita (una profesora de la secundaria) que me enseñaba a adorar las palabras y la gramática. Tengo la fortuna de contar entre mis amigos al “Gabo” García Márquez o a Carlos Fuentes que son una lección viva.

Pero, qué tanto te haces muy amigo de gente que no está necesariamente en tu vida diaria como Savater, de pronto le hablo por teléfono y le digo: “no sabes lo que me acabas de enseñar y cuánto te lo agradezco”, es una persona que puedo considerar mi maestro y es mi amigo del mismo modo que lo es (que más quisiera) Borges o Cortázar, Stendhal, están ahí y fueron un verdadero dios para narrar. Gen Hostin que es un genio de las relaciones humanas, esas personas (que están muertas), están absolutamente vivas y son parte de mi familia, sueño con ellos, me acompañan en la tarde, dónde estén son mis amigos.

Todas mis amigas son poetas, Rosa María Roffiel imprimió un libro y así le puso. Hizo cuarenta ejemplares de a uno por uno. Los dibujó, los mecanografió, eligió nuestros textos y nos regaló uno a cada quien. Eso para que después nos digan que no hay tiempo para los románticos.

En casa de la gütera Roffiel, una tarde en que fui a comer con ella, a las seis de la tarde se había detenido el mundo y yo estaba tejiéndole unas trenzas en el jardín con los pajaritos. Dicen las cuatro primeras líneas de su texto que Rosa María incluye en su libro:

*Una vez quise ser hombre
para casarme con mi hermana
que ya lleva tres divorcios
para amar a mis amigas
que en cada relación mueren un poco.*

En alguna ocasión viajé con Elena Poniatowska hasta Oxolotán, Tabasco. Fuimos a presenciar una versión para teatro de *Lilus Kikus*, el cuento de la *Poni* sobre la niña que habla con los árboles y las estrellas, se escapa de la escuela y tiene un abuelo que comparte sus fantasías. La representación teatral de *Lilus Kikus*, por parte de varios niños de Oxolotán es una muestra significativa de que un pueblo capaz de organizarse para hacer teatro, parece capaz de todo. "Por eso no digan que este país no tiene remedio ni futuro". Elena lucía con una blusa amarilla, sus ojos azules, sus labios apretados y su timidez.

Tuve un amigo español que se llamaba Ignacio. Una tarde lo perdí con la llegada de un télex avisando su muerte. Sin embargo, vuelve a veces cuando sólo él sabe que hace falta. Es difícil la amistad entre hombres y mujeres, casi siempre se interponen las ganas de besarse o la certidumbre de que será imposible decirlo todo antes de que el otro levante los hombros y empiece a hablar de la situación política. El fantasma de Ignacio es mi amigo, huele a café y tabaco igual que cuando estaba vivo, y reconoce mi estupidez con mejor tino que antes. El miedo al vacío se enfrenta justo con la sabiduría de la sencillez y el lujo tembloroso de lo entrañable.

Yo no sabía qué tan extraordinario ser humano es Luis Miguel Aguilar cuando ya sabía qué tan buen escritor estaba siendo. Y desde la primera vez que sonó en mis ojos admiré su destreza verbal. Tocarnos con las palabras parecía ser su deseo, eso consiguió y consigue cada vez que toca las palabras. Empeñado en no cerrar nunca el laberinto de las cosas que nos cuenta como sus miedos, sus inevitables y al parecer eternos asideros, llevamos por la cuesta de su

intrepidez y sus desafíos. La timidez sin disimulo puede ser el testimonio más elegante del valor. Y el pleito contra nuestros miedos es un trabajo silencioso y solitario que empieza en la infancia y no tiene treguas. La cuesta hay que subirla intrépidos y temblorosos todos los días.

Mastretta se daba un respiro y continuaba diciendo:

—La memoria es nuestra única escuela. ¿Qué aprendemos ahí? Que el tiempo es el fuego en el que ardemos. Borges cuenta que siempre les dijo a sus estudiantes de literatura inglesa que tuvieran poca bibliografía, que no leyeran críticas, que leyeran directamente los libros; que entenderían poco, pero siempre gozarían y estarían oyendo la voz de alguien. Lo más importante de un autor, es su entonación, lo más importante de un libro es la voz del autor, esa voz que llega a nosotros. Por eso se volvió un gran amigo y un maestro. Además él bien sabía que nunca daría para hacer literatura, Mateo mi hijo.

Me imagino a Alí Chumacero sonreído al amor, al tiempo y a la memoria, esos tres crueles que tanto infierno provocan y que tanto cielo insinúan. Sonríe también al periódico, a los árboles del bosque, al bosque de libros entre los que trabaja, a la pasión que tiene por sus hijos, a comer con la historia de un amigo, a la plaza de toros o a un buen vino, a la vida con todo lo que traiga. Alí me enseñó que se debe vivir sabiendo que no tiene sentido la condición de artista si no se da primero con cuál es el sentido inevitable y milagroso de la condición humana. Y ése, hay que salir a cazarlo con la mochila en la espalda, sin tregua ni trabas todas las mañanas.

Recordar a Marcelo Mastroianni, que era de la generación de mi padre, pero era también de la misma generación que fueron todos los novios que podamos llorar alguna vez. Seres con los que casi toda mujer agradecería un romance. Lloraría con la certeza de que algo de nuestro índole, algo privadísimo y noble perdimos al perderlo.

Teodoro Césarman era médico, él podría recomendarte que leyeras a León Felipe, o comentar sobre el más reciente cuadro de Josele y me dio un muy buen consejo que le agradezco mucho: “Come lo que te haga feliz, habla de lo que te haga feliz, quiere a quien te haga feliz, corre si te hace feliz, no te muevas si eso te hace feliz, fuma si te da tranquilidad, no fumes si fumar te disgusta. No te quites la sal, ni el azúcar, ni el amor, ni la poesía, ni el mar, ni el colesterol, ni los sueños, y quiere a tus amigos y déjalos quererte, y no te opongas a tu destino”. Teodoro nunca fue más juez que cómplice. Y en eso estaban su sabiduría y su generosidad. Por eso nos hacía sus amigos y como tales nos trataba. Tenía una gran paciencia en sus oídos y una fidelidad en su lengua. Si algo de horrible traen los años, es que se llevan a los amigos y no hay cómo llenar el agujero que nos deja su muerte.

Sé que algunos de mis maestros no eran genios y que otros eran bien torpes, me digo y digo que no me gusta cierta literatura y que ni modo, que en el 68 estaba yo en la luna en vez de estar marchando en la manifestación del silencio, que en el setenta todavía no había leído *Rayuela*, que me moría por un pase para la muestra de cine y que a Borges lo empecé a querer con los años.

Espero que si me alcanzan los setenta y cinco, los ochenta, los noventa que sueño, dejará entonces de avergonzarme el hecho de que las cosas y los apellidos que van con ciertas caras se me olviden. Vivo bajo la recomendación que no me deja leer las ocho columnas antes de beberme despacio el último trago de café.

Nuestros amigos de verdad son aquellos con los que en cualquier época, he tirado a la basura la necia idea del tiempo, con los que el pasado nunca es algo lamentable y siempre algo por evocar, con los que el futuro no se prevé, se invoca y el presente es un derroche de historias, recuerdos y profecías.

Los escritores son siempre más inteligentes, más cercanos y nobles por escrito que cuando el público les concede la palabra y los editores les piden que la ejerzan por un lado y otro de cosas tan inexplicables y remotas como de qué se trata su libro.

LA SENCILLEZ QUE MUESTRA EN SU PERSONA

Ángeles Mastretta tiene que ser madre, escritora, amiga, anfitriona, solidaria con las causas por ganarse, organizadora de eventos, chofer, chef, consejera, preocuparse por adelgazar, atender su casa, estar bien informada y tratar de entender qué pasa, leer periódicos y revistas, escribir para *Nexos*, presentar libros, llegar a tiempo a todos estos lugares, levantarse con el frío o la lluvia de la mañana, descubriéndose en una ambición de abarcarlo todo.

Vive como perseguida por el tiempo, se muestra sin saber cómo hacerle para salir de esa presión, envidiando a las otras mujeres que pueden pasarse el día entero sentadas en los parques, acompañadas con sus hijos sin aparentemente desear nada más, incluso, envidiando a los escritores que “si se quieren escritores se dedican a escribir y si se quieren actores ensayan siete horas diarias”. Anhelando una parte de su sabiduría para no tener que vivir corriendo. Preguntándose constantemente “¿por qué si uno se libró del miedo al sexo, al comunismo, a las herejías y la frivolidad, no puede librarse del maldito miedo a pecar contra la obligación?”.

—¿Cómo es usted como ama de casa?

—Como ama de casa también entro en crisis domésticas, pues hay días en que la casa que uno habita se vuelve equiparable a la crisis que padece el país. Días en que nada funciona y todo tiene que resolverse, días en que lo más deseado es ser cualquier otra persona menos uno.

Casi todas las mañanas están regidas por la obligación de resolver qué se hace de comer en la casa, para eso, dedico los quince minutos más politizados de mi mañana. Mi cabeza y mi

estómago tienen que estar dispuestos a hacer todo tipo de concesiones. ¿Qué les voy a dar de sopa? Yo querría de nopales o de hongos, pero a Catalina no le gustan los nopales y Mateo desprecia los hongos. Haremos de fideo que le gusta a todo el mundo. ¿Y de carne? Pollo. Imposible, viene a comer el señor de la casa y él piensa que con el pollo sólo se consiguen guisos menores. ¿Pescado? De ninguna manera, Catalina no lo quiere más de una vez a la semana, ¿Chiles rellenos de queso? No, Mateo siempre los deja y aprovecha para criticar el énfasis que pongo en convencerlo de lo bueno que son. ¿O albóndigas? ¿O milanesas? Eso. ¡Qué hallazgo! Haré milanesas que siempre tienen buena acogida. ¿Y de ensalada? ¿Y de postre? Qué agobio, menor... pero ¡qué agobio!

Tengo la fortuna de contar con *muchachas* que me ayudan a tener la ficción cotidiana de mantener el orden, la limpieza, la excelente comida y por ende la paz ambiental en la casa que habito dependiendo de mi participación. Existen días en que, claro, mi existencia y la de la casa toda se vuelven un verdadero caos, entonces me la paso buscando soluciones de emergencia todas las mañanas. Siempre que tengo a alguien que se encarga de los quehaceres de la casa me olvido de lavar trastes y me dedico a lo mío, sintiéndome dueña de mi casa.

También tengo momentos en lo que me considero una mujer emprendedora y deberosa que acude de buen humor a la cocina, a comprar las verduras y la fruta, a escoger el pescado fresco mirándolo a los ojos y urgando la piel bajo sus aletas, a revisar sin horror la carne para que no tenga pellejos, ni esté roja tirando a negro, sino roja tirando a claro.

Jamás pondría como botana un queso picado y unas papitas Ruffles, no repito durante muchos días la misma sopa, sé guisar costillas de carnero, pescado a la florentina, ostiones *Bienville*, pechugas, tortolitas a la *Richelieu*, ensalada, frituras de naranja con hojas de menta, durazno a la aranjuez y fresas *mailmaison*. Reconozco que hay algo en un 'buen café' cuando lo tengo entre las manos, pues el café no sale exquisito por casualidad como creen algunas señoras.

Tiene que ser de buena calidad y estar bien hecho para ser el café que haga exclamar a los invitados al oído de sus esposas: “Querida, ¿por qué no tenemos café así en nuestra casa?”.

Tampoco resuelvo del todo los problemas domésticos, cuando eso sucede, recorro a los libros de cocina que me han regalado (mi madre, tías, los bazares), entonces puedo cambiar la sopa de fideo por una de sesos y alcachofa; los bisteces empanizados por zarzuela de pescado y mariscos; al arroz blanco le puedo poner azafrán; la lechuga orejona por espárragos; los duraznos en almíbar por una tartaleta de dátíl y malvaviscos.

Cada vez que hago eso, el señor de la casa también cambia, pide cosas simples y no las tan laboriosas que te has pasado guisando toda la mañana, es como si temieran a ‘los experimentos culinarios’. Cuando abandono los libros ‘científicos’ para entrar a la cocina y tener lista la comida, entra olfateando de manera extraña y pregunta ‘qué huele raro’, ‘de qué es la sopa’. Muchas veces, te pasas la mañana cocinando ‘algo’ que te pareció agradable y resulta que para la familia no lo es, por ejemplo: yo no como carne pero me gustan los vinos italianos, una tarta rellena de queso ricota y chocolate oscuro, en cambio a ellos les encantan los duraznos en almíbar. Con Héctor, la vida con sus trabajos y deliberaciones, su generosidad y su inclemencia, parece menos ardua.

—¿Recuerda en específico a alguna de las muchachas que han trabajado con usted?

—Recuerdo mucho a una muchacha que me encontré, se llama Lourdes (la gente buena no se busca sino se encuentra). Un día cayó del cielo, era una especie de ángel silencioso al que empecé proponiéndole que fuera nana de Mateo y terminé agradeciéndole que fuera mi nana. Con ella volvimos a tener quién supiera dónde estaban las tijeras o las llaves del coche, quién colgara la ropa que amanece regada por el cuarto, quién cocinara el desayuno y hasta quién hiciera dormir a los niños cuando sus demandas los colocaban en el grado de total incontrolabilidad. Vivió con nosotros en el departamento de Cadereyta, con todo y la sobrepoblación que obliga a dos escritorios a convivir con una cuna, un brincolín y los periódicos

de dos semanas, volvió a tener un orden tranquilizador cuyo mantenimiento no dependía aparentemente más que de mis eficientísimas instrucciones. Podía maquillarme en las mañanas y cumplir con mi trabajo de *ejecutiva* en el Chopo.

Ángeles Mastretta considera falso eso de que la relación con el personal doméstico está viciada de origen y que la rige la 'dialéctica del amo y esclavo' y que no es posible la amistad dentro de ella, que es mentira el afecto. Siempre quiso ser ama de casa y ahora declaraba que si le dieran a escoger entre escribir o ser madre ella prefería esta última porque le da muchos más gustos y satisfacciones. Al respecto la escritora comentaba:

—Por mucho tiempo me preguntaba qué sería peor: ¿lavar los trastes o tener la casa tomada por las muchachas a las que invitaba a trabajar conmigo?, ¿cargar con los hijos a todas partes o dejarlos en sus manos?, ¿no tener quién conteste el teléfono o recibir una serie de recados cifrados?, o, por el contrario, soportar eso de que si "el señor y la señora" estamos sentados frente a la mesa ellas tienen que preguntarme a mí: '¿el señor toma café?' y el señor tiene que pedirme que les pida un chile verde cuando sus oídos están a la misma distancia que los míos.

Sólo me sentía a salvo cuando salía de la casa, me subía al coche y cerraba las vidrios, lo arrancaba y me alejaba rumbo a la oficina.

—¿Es usted miedosa?

—No, por el contrario, yo era una mujer valiente, recuerdo que cuando salía de trabajar a las diez de la noche de una oficina en Bucareli (tenía veinte años), le pedía aventón a cualquier desconocido que fuera por Insurgentes. No sentía miedo entonces. Escribía artículos en los periódicos segura de que lo que opinaba era correcto. Me equivocaba un día y otro también pero no tenía miedo.

Para ser valiente cuando hay que serlo estamos educados. Lo difícil es dar con el valor de todos los días para perder el miedo a que se contagien los niños de paperas, a las arrugas junto a la boca, a las preguntas necias, a la propia ignorancia, al trabajo, a las imágenes de la Guerra de las Galaxias, a las librerías, a las multitudes, a los amigos sabios, a las discusiones políticas, a manejar por Zaragoza, a la verdad, a las mentiras necesarias, al dentista, al cansancio, a la pasión, al teléfono, a la culpa. Perder el miedo a los recuerdos, a los jueces internos, al futuro inasible y vertiginoso. Uno nunca sabe qué va a querer la vida. Lo que tiene uno que saber es plantarse en ella.

—¿Cuál es el principal defecto de la ama de casa?

—A veces digo que mi principal defecto es la indecisión, pero la verdad es que la duda como método es una actitud que se deriva de un defecto aún más arraigado y peligroso: la culpa (por lo que hacemos y lo que dejamos de hacer).

Me he sentido culpable en muchas cosas; con Héctor por el sólo motivo de lo imposible que resulta estar constantemente de buen humor, coincidir siempre, o tener continuamente el mismo gusto por un restaurante o por el defecto de un hijo que no es sino la herencia. Como vivimos juntos porque nos queremos, esas discusiones se archivan. De vez en cuando, escasos pero brillantes días, andamos como benditos por la vida, queriendo de más, trabajando de menos, dándonos gusto en todo: intransigentes, beligerantes, cantadores, hermosos sin dejar hablar al pecho cuando está cruzado por las emociones.

Recuerdo que una vez mi hermana Verónica me regaló un pedazo de tela color marfil, en el que una supuesta loca bordó con el pulso firme: “No arruines el presente lamentándote por el pasado ni preocupándote por el futuro”. Vivir sin lamentar el pasado ni preocuparse por el futuro es darle al tiempo una dimensión mucho mayor de la que le ha otorgado el mundo que nos rige. Es rehabilitar la noción presente y desaparecer el reloj que tanto nos atormenta.

Por todo lo anterior procuro cantar cuando estoy sola o a colgarme del teléfono a propósito de casi cualquier cosa; saludar a desconocidos en el mercado o en la calle; dar consejos a quien no me los pide. Cuando siento que el día no me rindió, que algo le falta al mundo para poder cerrarme sobre la almohada, me prendo de un libro o de una película de esas que no importa lo que pase, con tal de que importe lo que se diga.

Mi entrevistada se dejaba ver nostálgica, volvía a frotar sus manos en señal de un ligero nerviosismo. Volvió su cara a la mesita de centro y en esta ocasión no tomó su vaso con agua, sino que se apoderó de una cajita de las que colecciona y empezó a retocar su contorno con el índice derecho. Yo la contemplaba y, de reojo, observé una fotografía de ella junto a Catalina, su hija. No quería suponer que así también había sido Mastretta a esa edad, así que la cuestioné al respecto. Ángeles dejó la cajita en la mesa de centro y trajo esa fotografía hacia sus manos mientras recordaba:

—La verdad tengo una familia de privilegio. Crecí al lado de cuatro hermanos de los que soy muy amiga y tengo relaciones cercanas; con mi hermana Verónica todavía mucho más porque es un año menor (cada hermano nos llevamos un año y yo soy la mayor de todos).

Crecimos en un ambiente muy protegido y generoso, de una madre con un profundo sentido del deber y un padre al que recuerdo como un ser humano generoso y lleno de talento. Creo que los dos fueron gente dispuesta a darnos, como puesta en el ánimo de que su deber éramos nosotros, entonces crecimos sintiéndonos queridos lo cual era muy importante; a lo mejor con muchos menos permisos y más miedos de los que yo hubiera querido tener.

Verónica es mi hermana la chica, pero siempre hizo las cosas más rápido que yo. Y continuamente he sentido por ella la admiración que se le tiene a la hermana mayor.

Todos ellos me enseñaron a crecer con pesares y complicaciones para darme fortaleza. Algo que me gustaría saber es cómo se les puede dar a los hijos la capacidad para resistir la frustración, el mundo no es siempre como nosotros queremos que sea, la mayoría de las veces es como él quiere ser y no como lo anhelamos. ¿De qué manera aprendemos a vivir a nuestras frustraciones y a asumir la vida como nos va viniendo? La fortaleza para eso es (entre otras cosas) el coeficiente emocional, es lo que nos hace sobrevivir con alegría. Yo quisiera poderles dar a mis hijos eso.

Siempre que tengo muchas ganas de ir al mar con mis hijos, lo tomo como pretexto cuando termina el ciclo escolar. En mis tiempos, mi madre hubiera dicho que eso era apenas lo debido y que ni una colección de calificaciones con puro diez eran para aplaudirse, porque estudiar es el deber de los niños y si para algo está uno en este mundo es para cumplir con su deber.

Quiero que mis hijos traten con el mar, los placeres y los descabros con que éste puede sorprenderlos, eso se piensa en mi familia, donde el rito de lidiar las olas es uno de los más respetados y serios entre nuestros rituales. La familia heredera de ritos es la de mi madre.

He conseguido que mis hijos aten a sus corazones el deseo del mar como juego, como reto, como parábola. Pasamos días hundidos en el agua salada. Las olas son como los problemas, a veces uno los libra saltando, a veces hay que hundirse en ellos y tomarlos por abajo para salir bien librado y, a veces, es imposible evitarse la revolcada. Yo podría ver el oro del sol hundirse en la tarde bajo el inmenso mar, ambicionar y seguir dispuesta y empeñada en que me revuelquen las olas.

El perro de la familia se mostraba atento a nosotros, paseaba de un lado a otro de la sala y salía ladrando como si pidiera a don Lino que dejara de podar el jardín para continuar pendiente de nuestra plática.

Por su parte, Mastretta, de vez en vez, también reprendía el ruido que hacía el sirviente al mismo tiempo que trataba de calmar a su perro.

—Se nota que quiere mucho a este pequeñito —dije refiriéndome al animalito mientras lo acariciaba.

—Claro que sí, Giocco es uno más de la familia. Duerme sobre las camas, ensucia los sillones de la sala con sus patas mojadas en lodo, ha desbaratado los barrotos de las bien amadas sillas que nos heredó la bisabuela, ha mordisqueado la pata de la mesa del comedor, su desayuno ha sido siempre un par de calcetines. Por las mañanas oye música y, de dos a tres de la tarde, toma una siesta sobre mi cama, come a la misma hora y en el mismo lugar que la familia. El resto de la tarde ladra persiguiendo gatos sin que nadie le reproche el escándalo y en cuanto dan las ocho se acomoda contra la almohada de Mateo para ver a Los Simpson.

Es el único french que anda sin correa, se roza con los corrientes, les lame la mugre a los abandonados y huele los traseros de los elegantes cazadores que pasan a su lado remilgosos y atildados. Yo me creo la única dueña cuyo perro acude a su llamado presuroso y risueño como una flecha entre los árboles. Salta cuatro veces lo que mide cuando me ve regresar a la casa y se tira de espaldas cuando le hablo de amores.

Ángeles Mastretta no podría ocultar que también gusta de cumplir con labores altruistas: había participado en la Comisión Nacional de Derechos Humanos cuando el organismo cumplía cuatro años de existencia (en 1997). “Tuve el privilegio y la honra de acompañar todo ese tiempo, esas pocas experiencias tan gratas y al mismo tiempo tan aleccionadoras, como miembro de su Consejo Consultivo a Luis de la Barreda”, señaló en alguna ocasión en uno de sus artículos de *Nexos*.

Se sabe que las Comisiones de Derechos Humanos están para defender a los ciudadanos de cualquier acto arbitrario que contra ellos

cometa la autoridad, pero, ¿qué había aprendido ella cuando participó en la Comisión de Derechos Humanos?

—Aprendí que se pueden cambiar las instituciones y moderar sus vicios haciendo uso diario, consistente y tenaz de la ley. Debo decir que cada mes, al escuchar el informe de trabajos y empeños de la Comisión me sorprendía y alegraba de que exista. Ver que se resolvían los casos más insólitos, escuchar cómo se encauzan y defienden asuntos que antes simplemente no tenían remedio, me honraba.

LA POETA, PERIODISTA Y LITERATA ES UNA SOLA PERSONA

—¿Cómo vincula Ángeles Mastretta tantas actividades para ser una sola persona?

—Eso es algo me ha dado tanta lata (me han llamado poeta porque no he tenido el pudor necesario del silencio). Todo al mismo tiempo que me enriquece y me da gusto, me hace que prefiera vivir como todo el mundo y cambiar las cosas, pero no siempre lo que he pensado lo he querido hacer (soy una mentirosa). Únicamente lo prefiero durante cinco minutos al año, pero en realidad creo que las cosas que escribo, que fantaseo, están tocadas por la intensidad y los desfalcos del diario y todas esas cosas me enriquecen más de lo que me quitan.

Me gusta lo que tiene que ver con la casa, aunque a veces no sepa mucho de ella, aunque no sea tan ordenada, pero me cambia el tema para cuando no estoy muy inteligente o creativa, me da pretexto para decir 'es que tengo demasiado que hacer en esta casa', quizá me gustaría decirlo tres veces a la semana en lugar de siete.

Hay ocasiones en las cuales no puedo acoplar a esas 'personalidades'. En mí existe la *mujer* que consigue los taxis y se registra en los hoteles cuando sale de viaje; la que se lava los dientes y pone los tubos eléctricos; la que recuerda el horario de las medicinas y quien contesta el teléfono; la que saluda con amabilidad y decide qué ropa usar; la que presenta los libros y encuentra siempre los caminos. También soy una histérica, majadera y una enfermiza. En algunas ocasiones suelo ser práctica al mismo tiempo que sincera.

Procuro guardar en un ropero esas 'personalidades', enamorarlas de nuevas y buenas historias; que escupan o hagan lo que se les pegue la gana para que no me molesten.

No siempre soy la escritora. A veces parezco más bien una especie de persona moral que no paga con tino sus impuestos, o una persona física con mal físico, o una persona sin personalidad, o una persona inmoral, gusto de administrar la casa. En ocasiones no sé dónde dejo

mi desorientada y divagadora cabeza, la credencial de elector, la bolsa, la lupa tamaño carta que heredé de mi padre, la caja con libros para dedicar. Me meto en la regadera y me abandono de mi casa. También como mamá detesto que les dejen estudiar en vacaciones a los hijos.

—Un día en que se levanta Ángeles Mastretta abre los ojos y... ¿qué pasa?

—Siempre abro los ojos antes de las siete. No importa la hora en que me acueste. Si fue a las once dormí ocho horas, si fue a las cinco dormí dos. No hay manera. A veces me enfrento a la flojera de levantarme, pero eso me dejó de pasar cuando descubrí que se debía a un mal que hacía que tuviera mucha flojera por las mañanas. Este mal era una cosa física que se me quitó, consistía en que mi corazón caminaba más despacio o a veces más rápido y, sobre todo en las mañanas, tenía como lentitud pero ahora ya no. Había ocasiones en que no podía dormir; dormía durante una hora y despertaba y permanecía otra despierta, siempre me decía: ‘me tengo que dormir porque mañana hay muchas cosas que hacer’, entonces me dormía otro ratito y volvía a despertar. Otras me despierto con un cansancio que desde varios meses acarreo de un lado para otro y que tal vez sea la edad y ya no vaya a desaparecer jamás.

Creo que me despierta la curiosidad, a veces en exceso. No puede ser que yo a los 50 años siga teniendo esta especie de ímpetu, esta urgencia de asir, cómo es posible que vuelva a sentirme consternada desde adentro por la belleza; es una cosa que me alegra muchísimo que me pase y sentir con qué fuerza me puede volver a pasar. Ésta es una de las cosas que me despierta.

La vida diaria me despierta con la idea de que tengo que cumplir con mi deber, soy una mujer a la que educaron en el sentido del deber. Uno tiene que hacer las cosas (le gusten o no), y ese deber le ha tocado, se le ha dado. Quisiera que mi deber coincidiera con mis placeres pero no es así.

La vida que es generosa (como diría el bolero) “nos da sorpresas”, un ejemplo claro son las más de diez veces que habíamos aplazado esta entrevista porque me decía: “hoy no tengo

ganas de hablar de mí, entonces no quiero, no tengo fuerzas o no tengo ganas”; después afloraba mi sentido del deber y pensaba: “ya no puedo seguir aplazando esto”, entonces lo enfrento y lo cumplo, ahí estoy realizando mi deber: “*Félix* tiene que acabar su tesis y yo no puedo seguir atrasando las cosas”. Ese día me levanto y platico contigo y paso dos horas muy contenta; esas generosidades tiene la vida.

Del mismo modo uno tiene desfalcos, a veces va uno a una entrevista con alguien que le prometió un cielo de conversación y resulta que no es así. No hay nada más espantoso que le pregunten a uno ‘¿Puede usted decir qué es la pasión?’, entonces lo que puedes en ese instante es quererte morir, por la falta de pasión y de furia.

Dejé que Mastretta se explayara a su antojo, pues sabía que la culminación de esta charla estaba próxima.

Yo tengo días desiguales y desordenados, por eso trabaja conmigo Maria Eugenia “Maru” y, ahí sentadita, hace su tarea (como antes lo hacía Lici Ortega) y me los medio ordena —porque viene tres veces a la semana—, y quién lo diría, estoy consiguiendo cumplir con el deber que yo siempre he considerado burocrático; tener en orden la relación con los demás a los que les interesa lo que hago, con los editores, con mi agente que por cierto me dice ‘¡qué bien te estás portando!, ahora sí me llegan las cosas, te pido un artículo y lo escribes’, entonces le digo: ‘en efecto, estoy haciendo eso porque no estoy haciendo lo que tendría que hacer’, o sea, escribir otra novela.

Mis días son muy distintos cuando estoy escribiendo un libro que cuando no. Cuando estoy escribiendo una novela, todo el día camina en función de eso: me levanto, salgo a caminar y camino de ocho a nueve o de siete a siete y media; a las diez a más tardar (o a las nueve y media) estoy escribiendo y lo hago hasta las tres; cuando todo caminó bien, si me quedo con mucha curiosidad escribo toda la tarde también, pero si no me siento creativa y no caminé con el

tema, de todas maneras mi deber, mi obligación y mi gusto es estar toda la mañana frente a la máquina. Eso le da razón de ser a toda mi demás vida. Me levanto y escribo toda la mañana y lo que pasa después son cosas que enriquecen esa mañana o que me hacen descansar de esa mañana.

El quehacer cotidiano de haber dedicado toda la mañana a escribir es algo que en este momento me tiene muy asustada porque ya pasaron años de que acabé *Mal de amores*, y ya no es lo mismo. Al acabar *El mundo iluminado* —producto de textos sueltos que fui escribiendo en desorden—, casi todas las semanas tengo que escribir un texto para alguien: para una revista española, una publicación de Argentina o para *Nexos*; todas las semanas tengo que escribir algo. No es lo mismo tener que escribir una cosa que estar comprometida con una novela, esa emoción es distinta y la extraño, la extraño muchísimo.

Hay gente que puede ser tan organizada y tan cabalmente escritora que nunca deja de tener ese refugio, antes de terminar un libro ya inventó el que sigue, es decir, cuando entrega un libro ya está escribiendo el otro; por desgracia yo no he conseguido ser así. Paso temporadas (largas) entre un libro y otro y me logro dar cuenta que existe para conducirme hacia qué voy a hacer porque siempre estoy maldiciendo ese tiempo. A lo mejor eso es lo que necesito pero es una cosa que me cuesta muchísimo aceptar. Ser una escritora más lenta de ‘gestación’, tardar más en encontrar qué es lo que quiero decir. Quisiera escribir un libro al año pero no hago eso, o quizá uno cada dos años pero tampoco lo he conseguido.

—¿Cuáles son los máximos placeres de Ángeles Mastretta?

—Después de mi familia son viajar, dormir y enamorarme de historias. Para mí son tres modos de irme a otra parte, a un lugar, a lugares que no siempre entendemos, que nunca gobernamos, que cada noche son distintos, y cada mañana nos deslumbran y asustan como una tarde de granizo en octubre.

No sabemos dormir más de lo inevitable porque en algún momento alguien nos dijo que dormir demasiado atontaba y que sólo los necios soñaban despiertos. En general parece regirnos la creencia de que sólo los necios sueñan, incluso cuando duermen. Dormir está desprestigiado, por eso viajamos cuando estamos urgidos de peligro y promesas.

La otra opción sería enamorarse de las historias que uno imagina o las que escucha, pero enamorarse con la euforia que uno se puede permitir, con la disposición al tiempo perdido, a las esperas, a las decepciones, al hartazgo, es algo que después de cierta edad se ve ridículo. Lo común es creer que el enamoramiento es una enfermedad de los jóvenes, de los muy jóvenes, de los que todavía no saben su profesión ni persiguen su destino, de los que pueden perder el tiempo en contemplar a otro, de los que duermen más de ocho horas, escriben cartas a mano, y no saben muy bien la ropa que les va. Enamorarse de las historias es tejer una promesa emparentada con la quimera, es un peligro que los adultos no pueden llevar a costas sin tener una buena reserva de libros o amigos con quien platicar.

—Mencionaba que una de las satisfacciones y de sus placeres es el de viajar y conocer otros países, ¿qué significa cada viaje para usted?

—Viajar me cuesta cada vez más trabajo. Mis viajes de trabajo son de trabajo, siempre hago compras compulsivas antes de irme de viaje; despierto en las noches para ir a los cuartos de mis hijos a mirarlos como si fueran a desaparecer; visito al dentista y a otros doctores, después pierdo todas sus recetas; me inyecto vitamina B12 y me pongo a dieta; camino alrededor del lago de Chapultepec dos veces al día en lugar de sólo una; me despido durante largas y sentidas conversaciones de mi madre, de Conchita, de Elena, de mi suegra, de mis hermanos y de todas y cada una de mis amistades, pero siempre me subo al avión segura de que no hablé con alguien a quien olvidé dejarle alguna postrera voluntad; mando la ropa a la tintorería y paso a recogerla cuando acaban de cerrar; cierro la maleta segura de que hará frío si la llevo llena de ropa ligera y calor repentino si cargo con el gran abrigo; compro un perfumero para no cargar con toda la botella de perfume y nunca encuentro tiempo de llenarlo.

Me propongo llevar una bolsa con cierre por fuera para poner ahí el pasaporte y dar con él las trescientas veces en que debo encontrarlo durante el viaje; sin embargo, sé que de cualquier modo el pasaporte siempre terminará en el fondo de la bolsa quitándome el aire cada vez que lo considere perdido; me pruebo un suéter de Héctor unos días antes y considero que ninguna ropa me ha ido mejor nunca y que me lo llevaré sin pedírselo prestado; invoco la memoria de mis amores imposibles y como nunca me creo que alguna vez fueron posibles; juro que no beberé ni una copa de champaña durante el vuelo aunque me entusiasme, como a la peor muerta de hambre, que sea gratis.

Una semana antes de salir hago una lista con el menú de la semana y la dejo pegada en el refrigerador junto al dinero del gasto, luego digo que coman lo que quieran y vuelvo a dejar dinero para el gasto; olvido pagar las colegiaturas; elijo los libros para el viaje como en vez de una semana de trabajo fuera yo a pasar un mes tirada en una playa; me propongo no volver a salir de México sin haber conocido Campeche; leo los periódicos para estar segura de que serán idénticos a los de cuando vuelva; lamento que mi viaje no sea a una playa; sueño que pierdo a mi perro y que mi perro me pierde a mí y que ambos estamos desolados, cuando despierto lo tengo encima lamiéndome la cara como si yo fuera un helado y lo abrazo como si él no fuera un montón de pelos ‘polvosos’ y bullangueros y sólo a él le digo cuánto voy a extrañar a todos a cada rato.

Me asomo al smog de las siete de la mañana y lo respiro como si aún fuera el aire de la región más transparente; me pregunto si cambié suficientes dólares y los busco durante horas sin dar en dónde los puse; maldigo mi previsión. Y así hasta que llega la hora de irse.

Notaba que las palabras de la también periodista se escuchaban cansadas, había terminado de beber su vaso con agua y nuestra plática debía concluir. Su conversación me resultó tan amena que no me había percatado que el tiempo se había escapado

de nuestra mente, se había dejado acompañar por las tantas y tantas palabras que se pronunciaron en aquel mediodía de abril.

—¿Cree que una de sus cualidades es ser 'una gran conversadora' como dicen los críticos?

—Yo soy una conversadora por herencia. En mi familia ha habido grandes conversadores: mi padre lo era y mi madre también, mi abuelo, mi tía Alicia. Cada quien tiene sus ritos y pone sus devociones donde va pudiendo.

Pero también se es conversadora por contagio. En general mis amigas son conversadoras, hablar con ellas es siempre un entretenimiento y al mismo tiempo una permanente olimpiada, la que obedece la voluntad de tregua que una pide de vez en cuando, pierde irremediamente su oportunidad de sacarse del entrepecho los disgustos, pesares y júbilos que le aprietan.

Algunas otras son buenas conversadoras por teléfono, se esmeran porque en esas pláticas todo depende de ellas, la gente puede ayudarse con las manos, los ojos, la boca fruncida, o los hombros levantados para decir nada. Así que se desatan y trajinan con más libertad que nunca.

Apenas unos meses atrás mi entrevistada había alcanzado los 50 años de edad y era capaz de creer en las hadas, sentir que el mar la podía conmover tanto como la primera vez que lo visitó. Aún es capaz de confiar en los desconocidos, despertar en las mañanas creyendo que encontrará algo nuevo bajo el sol, temer a las arrugas y atreverse a cantar bajo la regadera. Capaz de imaginarse el color de la luna y soñar historias nuevas.

—Cumplir años no será tan grave, cincuenta, ochenta o cien, cuantos años quiera arrojarnos el mundo, hay que estarse en calma, dispuestos a dar las gracias y a pedir más siempre que la vida pretenda voltear a vernos, para saber si aún la queremos.

Le he dicho a la muerte que aún no me lleve, que me permita quedarme en este mundo por mucho tiempo más. Estoy dispuesta a cobijar nietos bajo mis brazos, recargados en mi pecho.

Lo cierto es que nosotros no lo decidimos, sin embargo, muchas cosas (a veces extraordinarias no sólo por efímeras), tendremos que ir perdiendo, sin estropearnos el alma, sin maldecir al tiempo que tanto nos bendice. Tratando de aceptar estas pérdidas, que a veces me cuesta tanto asumir, he dado con la sentencia de que 'así pasa en la vida muchas veces'. Aunque nos empeñemos en negarlo, en no aceptar que las cosas no son como quisiéramos que fueran, como soñamos que fueran, que la piel no nos brille como brillaba, o el reloj no camine tan despacio como en la infancia, o las novelas no acudan como pájaros a la playa, los desfalcos se imponen sin más ley ni más argumento que su contundencia. Y uno lo tiene que aceptar y no morirse ni de rabia, ni de pena, ni de vejez. Y no dejarse entristecer, al menos no entristecerse para siempre. Todo fuera como cumplir cincuenta años.

Antes decía: 'llevo tantos años de no asistir a la cirugía plástica', sin la flexibilidad adolescente que precisan ahora las cuarentonas respetables y negándome a caminar con una pesa en cada mano.

Veo cómo los niños dependientes y juguetones que mis hijos eran, lo han dejado de ser. Mis hijos ya no van conmigo al parque, crecen de prisa y sin memoria. Me divierten mis hijos creciendo bajo el diluvio de cambios y mensajes cruzados que escuchan y asimilan en un orden que nunca comprenderé y contra el que nada puedo.

A mí me gusta el mundo, por eso quiero estar en él cuanto tiempo sea posible, cada minuto de mi vida. Aún extraño a mi padre, a veces me pregunto qué será de él, aunque sé que una parte de la respuesta es mía porque cada memoria es responsable del buen vivir de sus muertos.

Me propongo escribir en busca de aire mejor, he encontrado en mi columna *Puerto Libre* el espacio para exhibir un miedo tan poco original como el que sentimos por la muerte.

Todavía soy la misma, todavía me mareo por las mañanas y me urge una aspirina al mediodía, aún vuelvo de la diaria caminata de Chapultepec, y lloro como quien canta cuando una amiga me cuenta sus pesares. Celebro la vida como si a cada rato presintiera su pérdida.

Uno va decidiendo quién ser y a qué dedicar su vida, al mismo tiempo se decide y se pregunta por otras cosas tan importantes como por ejemplo: ¿cómo se quiere vivir?, ¿con quiénes quiere compartir la vida?, ¿qué y cuánto le preocupa su país?, ¿le parece que las cosas están bien, que pueden cambiarse o, que uno mismo debe mantenerse decidido a creer que es posible cambiarlas?

Así como todo, también soy la persona que agradece el pasar unos minutos que se convierten en horas platicando, en esta ocasión fue contigo, estoy tan contenta de que haya gente a la que le interesen mis cosas, mis textos, mis libros, mi vida. Realmente agradezco el tiempo y la paciencia que se han tomado todos aquellos que me han leído, quiero ser por siempre esa escritora en la que pueden encontrar todavía mucho que leer, también quiero ser la periodista capaz de cumplir con su trabajo con la misma intensidad y dedicación que he tenido desde un principio. Quiero ser la mujer que no sólo sus hijos o su pareja, sino más allá que su familia la pueden querer y guardarle un pedacito de su corazón. Mil gracias a todos ustedes que me hacen sentir que mi trabajo tiene un sentido de ser.



Una nueva página

Comparto contigo, amigo lector, esta historia convertida en *mar de palabras*. Quiero entender que tu compañía en esta aventura me permitió acudir al *Puerto libre* al que nos invitó la personalidad de Ángeles Mastretta. Navegar por distintos escenarios para hacer un recuento de infancia y adolescencia, de las complicaciones para elegir una carrera, de lo que se puede hacer y aprender en medio siglo de vida con una profesión que se convirtió en la principal actividad de toda una larga carrera, me permitió ver satisfecha la odisea que como navegante me propuse al inicio de esta osadía.

Ángeles Mastretta, la mujer que nació en Puebla a la mitad del siglo XX, habitó una casa sin cerrojos, durmió en una recámara compartida con su hermana y tuvo una adolescencia en la que no eligió el lujo de la privacidad, así nos había recibido para poder conocer esa habitación, ese espacio, ese pensar y sentir. No había sido educada para “ocultar” sus cosas, sus historias.

Sin embargo, supo transmitir a sus dos hijos esa enseñanza de sus padres. Vive con la cabeza en su lugar y el corazón en alerta. Como madre, sabe que ellos cumplen con la escuela y que no todo lo que sirve en la vida viene de ahí. Aprendió también a vivir recabando miles de dudas y no aceptar las verdades de otros.

Ella es de las que preguntan, de las que tiemblan frente al futuro propio y el pasado ajeno. Siente que la vida está hecha de pasiones, de múltiples encuentros y desencuentros, de numerosos descubrimientos. Piensa que la vida te regala paisajes y pasiones nuevas, grandes emociones y pensamientos imperfectos que permiten creer que es posible alcanzar lo que te propongas.

Al cumplir cincuenta años y con más de la mitad de su vida dedicada a la escritura, Mastretta continúa regalándonos sus lecturas, sus palabras hechas historias, compartiendo con satisfacción lo que siempre ha querido hacer, escribir y contar. Siempre que alguien llama para pedirle que escriba un texto cuyo tema no sale de su pensamiento, tarda en responder a la llamada y luego se niega a escribir si ese tema no le convence.

Cuando su padre murió hace más de treinta años, le dejó como herencia una máquina de escribir, una madre afligida y cuatro hermanos. Entonces ella tenía veinte mil dudas, diecinueve años, y un gran deseo de saber cuál sería su destino. No tenía dinero, no veía claro ninguna destreza para los negocios, no estaba segura de que el periodismo, que apenas empezaba a estudiar en la UNAM después de abandonar otras profesiones, le alcanzaría como única pasión y sustento, no imaginaba que conocería a uno de esos “partidos conyugales” de novela. Sin embargo, la curiosidad, la herencia más importante, le ayudó a vivir varios años con incertidumbre y ansiedad.

Siempre pensó que no tendría un buen amor, que nunca disfrutaría de una casa propia, que no sabría parir y criar hijos, que la literatura, que era por esos días una pasión sin frutos, se convertiría en el centro de su vida permitiéndole publicar seis obras literarias, las cuales le abrirían el camino en la difícil tarea de sentirse acogida por la lectura de personas tan distintas.

Asimismo, esta actividad le otorgaría reconocimientos nacionales e internacionales por la creación de personajes e historias que simplemente supo contar.

Su preparación inicial, desde la docencia o la dirección de Difusión Cultural en la UNAM, le abrió un abanico de oportunidades en los medios de comunicación. Iniciar proyectos, participar en otros y contar con quien le indicara el camino adecuado a seguir, hizo de Mastretta una periodista incansable.

Supo hacer amigos entrañables y brillantes como luciérnagas, la universidad fue su patio de rondas y sus hermanos y primos fueron los mejores amigos y cómplices que pudo conseguir. Logró hacerse de un trabajo por el cual cansarse y al cual bendecir. Le alegra el cine, la música, las historias de amores, los viajes y el sueño de un futuro tan incierto como su presente.

Se muestra siempre temerosa de que un día le cobren con dolor esas generosidades que le ha dado la vida; sin embargo, cada nuevo amanecer despierta convencida de gozarlas y no temer a pesar de no contar con una salud de roble.

Piensa que la vida le ha regalado dos hijos, cada uno con el caudal de un cosmos, y durmiendo a su lado a un hombre con los ojos grandes. Vive con el afán de comprender de qué se trata este lío de estar viva. La mayoría de las veces no entiende el mundo, pero ha aprendido a aceptar las preguntas como única respuesta. No pierde al amigo que no quiere perderla a ella, por el contrario, encuentra más como quien descubre promesas.

Por si algo le faltara, tiene un perro que la sigue como si ella fuera su amante. Además, le inquietan los chocolates y los hombres guapos, todavía le fascinan las playas y las novelas, la poesía y los viernes por la tarde en que va al cine con su hija Catalina, la buena conversación y el silencio de un abrazo a tiempo, la ópera, Mozart, una guitarra, los boleros y todo el mes de diciembre. Encuentra instantes que comparte con sus seres queridos que han muerto; sin embargo, para ella aún están vivos en un mundo de sueños, en la eternidad en la que cree.

La mujer que muchas veces finge ser una dama segura, activa, sonriente, juvenil y perspicaz, es la misma señora que se arrastra desde las sábanas hasta los tenis lamentando siempre no haber dormido dos horas más, no tener quince años menos, no estar de humor para responder si sus personajes son simples “mujeres inventadas por el delirio o feministas de los años setentas trasladadas a un contexto revolucionario y posrevolucionario mexicano”. Ángeles Mastretta asegura que como escritora siempre escribe de sí misma, que lo hace como si se tratara de una confesión, íntima y general, ya que las cosas que le ocurren, también les suceden a todos.

Muchas veces los textos están “maquillados” para darle un efecto más interesante, aún así nos ofrecen la posibilidad de adentrarnos en los vericuetos que el autor nos presenta, de aprender o de admirar a quien pensábamos como poco afín a nosotros, eso lo aprendí con este trabajo, busqué conocer cómo piensa, cómo inventa, cómo desea mi entrevistada.

Ella recomienda a quienes estamos incursionando en esta ‘difícil profesión’ que se debe poner una enorme pasión, enteramente y no a medias, además la fuerza, entereza e inteligencia, van a derivar mucho placer y alegrías, del mismo modo que padecimientos pero también riqueza.

La escritora nos invita al mundo de la sabiduría cotidiana de una mujer singular cuya vida transcurre entre historias que goza contando y viviendo. Ella ha dicho siempre que lo que hace es dedicarle la mejor parte de su tiempo a decidir ¿qué quiere escribir? Porque sólo quiere escribir sobre lo que se le dé la gana. Donde ella tiene más deber sin someterse a los gustos, las pasiones o las inapetencias de nadie.

Presenciar con Ángeles Mastretta estos escenarios, me permitió conocer un personaje del ámbito periodístico, descubrir a la escritora y saber que, no obstante, en ella existe la mujer que también puede saber lo mismo de política que de cocina, que es como todas las mujeres, que lo único que la hace distinta es el *don* de la escritura. A ti, amigo lector, te corresponde decidir si Ángeles Mastretta Guzmán es una “prófuga del metate”.

Fuentes de consulta

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson Imbert, Enrique. *La crítica literaria y sus métodos*. Alianza Editorial Mexicana, México, 1979. 253 pp.
- Campbell, Federico. *Conversaciones con escritores*. Editorial SEP-Diana, México, 1981. 218 pp.
- Forster, E. M. *El oficio del escritor*. José Luis González (traducción). Editorial ERA, México, 1991. 326 pp.
- Gutiérrez Estupiñán, Raquel. *Escritura femenina y estereotipos. Literatura, historia e identidad; Los discursos de la cultura hoy*. Jornadas Metropolitanas de Estudios Culturales, México, 1994. 189 pp.
- , *La mujer escritora*. En Memoria del Primer Encuentro Nacional Mujer. Cultura y Sociedad, Puebla, México, 1992. 357 pp.
- Ibarrola J., Javier. *La entrevista*. Editorial Gernika, México, 1986. 128 pp.
- Leñero, Vicente y Marín, Carlos. *Manual de periodismo*. Editorial Grijalbo, México, 1992. 315 pp.
- López González, Aralia. *Nuevas formas de ser mujer en la narrativa contemporánea de escritoras mexicanas*. Casa de las Américas, México, 1991. 183 pp.
- Marquet, Antonio. *¿Cómo escribir un best-seller? La receta de Laura Esquivel*. Plural, México, 1991. 237 pp.
- Martínez Echazábal, Lourdes. *Arráncame la vida: crítica de una crítica. Sin imágenes falsas, sin falsos espejos: Narradoras mexicanas del siglo XX*. Aralia López (coordinadora). Colegio de México, México, 1990. 658 pp.
- Mastretta, Ángeles. *Arráncame la vida*. Océano, México, 1985. 212 pp.
- , *El mundo iluminado*. Cal y Arena, México, 1993. 187 pp.

Fuentes de consulta

- , *La pájara pinta*.
Altiplano, México, 1975. 45 pp.
- , *Mal de amores*.
Alfaguara, México, 1996. 365 pp.
- , *Mujeres de ojos grandes*.
Cal y Arena, México, 1990. 196 pp.
- , *Ninguna eternidad como la mía*.
Cal y Arena, México, 1996. 35 pp.
- , *Puerto libre*.
Cal y Arena, México, 1993. 187 pp.
- Mier, Luis Javier y Carbonell, Dolores. *Periodismo interpretativo*.
Editorial Trillas, México, 1989. 190 pp.
- Perdomo Orellano, José Luis. *En el surco que traza el otro*.
CONEICC-EDICOM, México, 1987. 99 pp.
- Pfeiffer, Edna. *Las mujeres somos especialistas en fantasear: Angeles Mastretta*.
EntreVistas: Diez escritoras mexicanas desde bastidores.
Verlag, Frakfurt am Main, 1992. 231 pp.
- S/A. *Historia y literatura*.
Françoise Perus (compiladora)
Instituto Mora, Antologías Universitarias, México, 1994. 300 pp.
- Toril Moi. *Teoría literaria feminista*.
Editorial Cátedra, Madrid-España, 1988. 193 pp.

HEMEROGRAFÍA

Periódico *Últimas Noticias*

- Mastretta, Ángeles. *La policía. ¡Sálvese el que pueda!*
Últimas Noticias, 11 de enero de 1975, pp. 4, 9.
- , *CCH Oriente. ¿Germen de un conflicto mayor.*
Últimas Noticias, 18 de enero de 1975, pp. 4, 9.
- , *Disyuntivas sin resolver. ¿Expresión social o mía?*
Últimas Noticias, 25 de enero de 1975, pp. 4, 9.
- , *La marcha triunfal de Toluca. ¿Cuándo el arte es tarea colectiva?*
Últimas Noticias, 7 de junio de 1975, p. 4.
- , *SPAUNAM. Límite a la discusión.*
Últimas Noticias, 14 de junio de 1975, pp. 4, 9.
- , *¿Terroristas o policías? De seguro hay otra salida.*
Últimas Noticias, 21 de junio de 1975, p. 4.
- , *Nostalgia de lo perdido. El placer de encontrar.*
Últimas Noticias, 28 de junio de 1975, pp. 4, 9.
- , *Nuevos quehaceres. Huir de la gran costumbre.*
Últimas Noticias, 5 de julio de 1975, pp. 4, 9.
- , *Alto Lucero. Una verdad horrenda.*
Últimas Noticias. 12 de julio de 1975, pp. 4, 9.
- , *Botes de lata. Dramas en su hechura.*
Últimas Noticias, 26 de julio de 1975, p. 4.
- , *Cacicazgo en Cholula. Gobernador y PRI, inmutables.*
Últimas Noticias, 2 de agosto de 1975, p. 4.
- , *Objetos perdidos. Para ordenar el caos.*
Últimas Noticias, 9 de agosto de 1975, p. 4.
- , *Abusos en la UJAT. Contra la educación crítica.*
Últimas Noticias, 16 de agosto de 1975, pp. 4, 10.
- , *Antonieta Rivas Mercado. El privilegio de la angustia.*
Últimas Noticias, 23 de agosto de 1975, p. 4.

- , *Lucha contra la injusticia. Una vida dejada en la fábrica.*
Últimas Noticias, 30 de agosto de 1975, pp. 4, 10.
- , *Espectáculo conocido. Ya chole con los tapados.*
Últimas Noticias, 6 de septiembre de 1975, p. 4.
- , *Sin racismos... Todavía importan los héroes.*
Últimas Noticias, 13 de septiembre de 1975, p. 4.
- , *Águila y sol. De los que nadie sabe.*
Últimas Noticias, 27 de septiembre de 1975, p. 4.
- , *Tenacidad en la esperanza. Habrá una España libre.*
Últimas Noticias, 4 de octubre de 1975, p. 4.
- , *La alegría de los 26. Un día como debieran ser todos.*
Últimas Noticias, 11 de octubre de 1975, pp. 4, 8.
- , *Más que instrucción sexual. Aprender a amar.*
Últimas Noticias, 18 de octubre de 1975, p. 4.
- , *Sangre en la tierra. Cuando los campesinos se impacientan.*
Últimas Noticias, 25 de octubre de 1975, p. 4.
- , *Más campesinos asesinados. Todavía ganan los poderosos.*
Últimas Noticias, 1 de noviembre de 1975, p. 4.
- , *Orquesta sinfónica Nacional. Mahler, para comenzar.*
Últimas Noticias, 8 de noviembre de 1975, p. 4.
- , *La sofocante rutina. Regidos por el absurdo.*
Últimas Noticias, 15 de noviembre de 1975, p. 4.
- , *Imágenes cotidianas. Las flautas de carrizo.*
Últimas Noticias, 22 de noviembre de 1975, pp. 4, 11.
- , *Eduardo Mata. Existe en Londres.*
Últimas Noticias, 29 de noviembre de 1975, pp. 4, 10.
- , *Basta de premios de consolación. El papel de la mujer.*
Últimas Noticias, 6 de diciembre de 1975, p. 4.
- , *Frutos de la injusticia. Muertos por el frío.*
Últimas Noticias, 13 de diciembre de 1975, p. 4.

- , *Puebla de los Ángeles. Fiesta de los diablos.*
Últimas Noticias, 20 de diciembre de 1975, p. 4.
- , *Eluda el mal ejemplo. Muchas, las cosas que no hacemos.*
Últimas Noticias, 27 de diciembre de 1975, p. 4.
- , *Servicios, no esculturas.*
Últimas Noticias, 3 de enero de 1976, p. 4.
- , *Libertad sin reconocimiento.*
Últimas Noticias, 10 de enero de 1976, p. 4.
- , *Cuauhtémoc y los vivos.*
Últimas Noticias, 24 de enero de 1976, p. 4.
- , *Teatro di-vertido. De la crítica a la...*
Últimas Noticias, 31 de enero de 1976, p. 4.
- , *Culpables de disidencia.*
Últimas Noticias, 7 de febrero de 1976, p. 4.
- , *Hay de incendio a incendio.*
Últimas Noticias, 14 de febrero de 1976, p. 4.
- , *La filarmónica vuelve a tocar.*
Últimas Noticias, 21 de febrero de 1976, p. 4.
- , *El ocio de divagar.*
Últimas Noticias, 28 de febrero de 1976, p. 4.
- , *Algo de lo peor que somos.*
Últimas Noticias, 13 de marzo de 1976, p. 4.
- , *Rescate para los mexicanos.*
Últimas Noticias, 20 de marzo de 1976, p. 4.
- , *Trabajos y miedos en Palmarcillo.*
Últimas Noticias, 27 de marzo de 1976, p. 4.
- , *Nicaragua dolida.*
Últimas Noticias, 3 de abril de 1976, p. 4.
- , *Opresión de impresores.*
Últimas Noticias, 10 de abril de 1976, p. 4.

———, *Invencción de culpables.*
Últimas Noticias, 17 de abril de 1976, p. 4.

———, *Una maldición que ya nadie...*
Últimas Noticias, 24 de abril de 1976, p. 4.

Periódico *PUNTO*

———, *¿De qué se ríen las mujeres?*
Punto, 8 de noviembre de 1982, p. 10.

———, *¿Cómo explicarle a la historia la omisión de una foto en PUNTO?*
Punto, 15 de noviembre de 1982, p. 12.

———, *Más acá de la noticia*
Punto, 29 de noviembre de 1982, pp. 11, 25.

———, *Vicio de esperanza*
Punto, 6 de diciembre de 1982, pp. 12, 19.

———, *Bendita austeridad*
Punto, 13 de diciembre de 1982, p. 8.

———, *Vivir dentro del presupuesto es ahora vivir en el terror*
Punto, 20 de diciembre de 1982, p. 11.

———, *Con el talento en el escote*
Punto, 27 de diciembre de 1982, p. 9.

———, *La revolución no es para acabar con las colas*
Punto, 3 de enero de 1983, p. 9.

———, *¿La diputación es puesto de elección o es chamba?*
Punto, 10 de enero de 1983, p. 9.

———, *Crisis doméstica*
Punto, 17 de enero de 1983, p. 9.

———, *La mentira del niño del super que obliga a madrugar de miedo*
Punto, 24 de enero de 1983, p. 6.

———, *Hambre y barbarie en Guatemala*
Punto, 31 de enero de 1983, p. 11.

- , *El mundo infrahumano de la correccional*
Punto, 7 de febrero de 1983, p. 9.
- , *Sicoanálisis gratuito*
Punto, 14 de febrero de 1983, p. 10.
- , *El dinosaurio salió del Chopo*
Punto, 21 de febrero de 1983, p. 9.
- , *Muerte en El Salvador*
Punto, 28 de febrero de 1983, p. 5.
- , *¿Qué busco?: ¿18 millones o... leer a Stendhal?*
Punto, 7 de marzo de 1983, p. 7.
- , *El redescubrimiento de Monte Albán*
Punto, 14 de marzo de 1983, pp. 9, 28.
- , *Mujeres con piel de tierra*
Punto, 21 de marzo de 1983, p. 8.
- , *Pamela, una fotografía en tanga*
Punto, 11 de abril de 1983, pp. 7, 24.
- , *Me tapaba los ojos y corría para que Cristo no me hablara*
Punto, 18 de abril de 1983, pp. 9, 24.
- , *Barbarie en la calle*
Punto, 25 de abril de 1983, p. 4.
- , *Nostalgia de Marta Conti*
Punto, 2 de mayo 1983, p. 6.
- , *Una tarde de consulta popular*
Punto, 9 de mayo 1983, pp. 3, 7.
- , *Cuando la mujer sea libre y pensante*
Punto, 21 de mayo 1983, p. 11.
- , *Planes platicados*
Punto, 6 de junio 1983, p. 15.
- , *Griselda Álvarez: "El poder hay que tenerlo de viejo"*
Punto, 20 de junio 1983, p. 11.

Fuentes de consulta

- , *Atrás de los buques fantasmas: la UNAM, Renault y la VAM*
Punto, 4 de julio 1983, p. 10.
- , *La abuela que se graduó de bachiller*
Punto, 1 de agosto 1983, pp. 11, 24.
- , *Y caminaron 22 días con su hambre a cuestas*
Punto, 24 de octubre 1983, pp. 9, 23.
- , *Mapamundi de la represión*
Punto, 7 de noviembre 1983, pp. 5, 27.
- , *Teatro de niños en la selva tabasqueña*
Punto, 12 de diciembre 1983, p. 11.
- , *¿Tanta gente quiere un periódico nuevo?*
Punto, 5 de marzo 1984, pp. 11, 24.
- , *"Ha comenzado una larga pelea", escribió Buendía*
Punto, 4 de junio 1984, p. 10.
- , *Doña Esther, la terquedad y las escaleras*
Punto, 5 de noviembre de 1984, p. 5.
- , *Este oficio, donde él nos enseñó tanto*
Punto, 25 de febrero de 1985, p. 12.

Revista NEXOS

- , *Cuestionario. Cabos Sueltos.*
Nexos, enero de 1991, pp. 5-9.
- , *Puerto Libre.*
Nexos, marzo de 1991, pp. 31-32.
- , *El miedo y su antídoto en Puerto Libre.*
Nexos, abril de 1991, pp. 21-22.
- , *La ciudad entrañable en Puerto Libre.*
Nexos, mayo de 1991, pp. 21-22.
- , *Los recuerdos del tío Aurelio en Puerto Libre.*
Nexos, junio de 1991, pp. 23-26.

- , *Fantasmas en el puerto en Puerto Libre*.
Nexos, julio de 1991, pp. 17-18.
- , *Máximas y decires de algunas mujeres con los ojos grandes en Puerto Libre*.
Nexos, septiembre de 1991, pp. 23-24.
- , *Barcos a la deriva en Puerto Libre*.
Nexos, octubre de 1991, pp. 15-16.
- , *Taxi inner en Puerto Libre*.
Nexos, noviembre de 1991, pp. 23-24.
- , *Viajar en Puerto Libre*.
Nexos, diciembre de 1991, p. 17.
- , *Don de lengua en Puerto Libre*.
Nexos, enero de 1992, pp. 23-29.
- , *La cocina de Marichu en Puerto Libre*.
Nexos, febrero de 1992, pp. 17-18.
- , *El peso del alma en Puerto Libre*.
Nexos, marzo de 1992, pp. 21-22.
- , *Don de lágrimas en Puerto Libre*.
Nexos, abril de 1992, pp. 21-22.
- , *Fe y quimera en Puerto Libre*.
Nexos, mayo de 1992, pp. 31-32.
- , *El verbo más difícil en Puerto Libre*.
Nexos, junio de 1992, pp. 23-26.
- , *Memoria y acantilado en Puerto Libre*.
Nexos, julio de 1992, pp. 19-20.
- , *Llueve en el mar en Puerto Libre*.
Nexos, agosto de 1992, pp. 19-20.
- , *Ricardo Legorreta: La sabia sencillez en Puerto Libre*.
Nexos, septiembre de 1992, p. 19.
- , *Enemigas entrañables en Puerto Libre*.
Nexos, octubre de 1992, pp. 19-22.

- , *La mujer es un misterio en Puerto Libre*.
Nexos, noviembre de 1992, pp. 17-19.
- , *Mea culpa en Puerto Libre*.
Nexos, diciembre de 1993, pp. 15-17.
- , *Días de parque, fútbol y confesiones en Puerto Libre*.
Nexos, enero de 1993, pp. 17-18.
- , *Quinielas en Puerto Libre*.
Nexos, febrero de 1993, pp. 19-20.
- , *El manicomio del tiempo en Puerto Libre*.
Nexos, marzo de 1993, pp. 17-18.
- , *Fuentes: La edad de su tiempo en Puerto Libre*.
Nexos, junio de 1993, pp. 27-28.
- , *Las canciones de Don Aurelio en Puerto Libre*.
Nexos, julio de 1993, pp. 29-32.
- , *Fantasías promisorias en Puerto Libre*.
Nexos, agosto de 1993, p. 19.
- , *Cuando baje el volcán en Puerto Libre*.
Nexos, septiembre de 1993, pp. 17-18.
- , *Dones del tiempo en Puerto Libre*.
Nexos, octubre de 1993, pp. 23-24.
- , *Muertos de todos nuestros días en Puerto Libre*.
Nexos, noviembre de 1993, pp. 17-18.
- , *Escenas de un año flojo en Puerto Libre*.
Nexos, diciembre de 1993, pp. 25-27.
- , *Don de olvido en Puerto Libre*.
Nexos, febrero de 1994, pp. 17-18.
- , *Don de mando en Puerto Libre*.
Nexos, marzo de 1994, pp. 21-22.
- , *Escalera al cielo en Puerto Libre*.
Nexos, mayo de 1994, pp. 21-22.

- , *A ojos cerrados en Puerto Libre*.
Nexos, junio de 1994, pp. 21-22.
- , *Nublado sol de estas horas en Puerto Libre*.
Nexos, julio de 1994, p. 19.
- , *Tiemblo cuando te beso en Puerto Libre*.
Nexos, agosto de 1994, pp. 37-38.
- , *Infancia es desatino en Puerto Libre*.
Nexos, septiembre de 1994, pp. 43-45.
- , *Desatino es premonición en Puerto Libre*.
Nexos, octubre de 1994, pp. 35-36.
- , *Las preguntas de la fuente en Puerto Libre*.
Nexos, diciembre de 1994, pp. 41-42.
- , *Don de sobrevivencia en Puerto Libre*.
Nexos, febrero de 1995, p. 33.
- , *Contar las bendiciones en Puerto Libre*.
Nexos, abril de 1995, pp. 35-36.
- , *Tributos a la vida en Puerto Libre*.
Nexos, mayo de 1995, pp. 33-35.
- , *Abrir una ventana en Puerto Libre*.
Nexos, junio de 1995, pp. 39-40.
- , *Boca cerrada en Puerto Libre*.
Nexos, julio de 1995, p. 31.
- , *Los ojos de Pedro Infante en Puerto Libre*.
Nexos, agosto de 1995, pp. 31-32.
- , *Fiera patria en Puerto Libre*.
Nexos, septiembre de 1995, p. 35.
- , *Los sueños ajenos en Puerto Libre*.
Nexos, octubre de 1995, pp. 31-32.
- , *Cerrado a la navegación en Puerto Libre*.
Nexos, noviembre de 1995, p. 33.

- , *Acabar una novela en Puerto Libre*.
Nexos, diciembre de 1995, p. 33.
- , *Emma Rizo: La ventura de quererla en Puerto Libre*.
Nexos, enero de 1996, p. 37.
- , *El mundo y su remedio en Puerto Libre*.
Nexos, febrero de 1996, p. 35.
- , *No se llevaron todo en Puerto Libre*.
Nexos, marzo de 1996, p. 35.
- , *Los conservadores en Puerto Libre*.
Nexos, abril de 1996, pp. 35-36.
- , *¿Dónde habrá quedado? en Puerto Libre*.
Nexos, mayo de 1996, pp. 35-36.
- , *¿Cómo es su "proceso creativo"? en Puerto Libre*.
Nexos, junio de 1996, pp. 35-36.
- , *El perro de Quevedo en Puerto Libre*.
Nexos, julio de 1996, pp. 37-38.
- , *Una brizna de infinito en Puerto Libre*.
Nexos, agosto de 1996, pp. 37-38.
- , *Más allá de la palma de mi mano en Puerto Libre*.
Nexos, octubre de 1996, pp. 35-37.
- , *Luis Miguel: ¿Fama o cronopio? en Puerto Libre*.
Nexos, noviembre de 1996, pp. 37-38.
- , *Alí Chumacero: El cazador en Puerto Libre*.
Nexos, diciembre de 1996, p. 33.
- , *Tiempero o los volcanes sagrados en Puerto Libre*.
Nexos, enero de 1997, pp. 37-38.
- , *Ciao Marcelo en Puerto Libre*.
Nexos, febrero de 1997, pp. 37-38.
- , *Nuestro país en Puerto Libre*.
Nexos, marzo de 1997, pp. 33-34.

- , *La manía de viajar a Campeche en Puerto Libre*.
Nexos, abril de 1997, pp. 35-36.
- , *Lo que guarda el río en Puerto Libre*.
Nexos, mayo de 1997, pp. 35-36.
- , *Vivir con lujo en Puerto Libre*.
Nexos, junio de 1997, pp. 35-36.
- , *Ir a las olas: Ritual y democracia en Puerto Libre*.
Nexos, julio de 1997, pp. 35-36.
- , *El mundo iluminado en Puerto Libre*.
Nexos, agosto de 1997, pp. 17-18.
- , *Cuatro años desde entonces en Puerto Libre*.
Nexos, septiembre de 1997, pp. 35-36.
- , *Teodoro Césarman: Una luz que curaba en Puerto Libre*.
Nexos, octubre de 1997, pp. 41-42.
- , *Cindy Crawford no es nadie en Puerto Libre*.
Nexos, diciembre de 1997, pp. 37-38.
- , *Vivir saltando la reja en Puerto Libre*.
Nexos, enero de 1998, pp. 210-213.
- , *La montaña inmutable en Puerto Libre*.
Nexos, febrero de 1998, pp. 35-36.
- , *Al absoluto por la multiplicidad en Puerto Libre*.
Nexos, abril de 1998, pp. 39-40.
- , *Su cordura entre las manos en Puerto Libre*.
Nexos, junio de 1998, pp. 53-55.
- , *La literatura femenina, ¿un invento machista? en Puerto Libre*.
Nexos, julio de 1998, pp. 37-38.
- , *El terrible misterio de las cosas en Puerto Libre*.
Nexos, agosto de 1998, pp. 35-36 .
- , *Un tigre alado en Puerto Libre*.
Nexos, septiembre de 1998, p. 37.

———, *Ninguna eternidad como la mía en Puerto Libre*.
Nexos, octubre de 1998, pp. 45-55.

———, *La sangre que heredamos en Puerto Libre*.
Nexos, noviembre de 1998, pp. 31-32.

———, *Si yo fuera rica en Puerto Libre*.
Nexos, diciembre de 1998, p. 37.

———, *No oigo cantar a las ranas en Puerto Libre*.
Nexos, enero de 1999, pp. 35-36.

———, *Duelos y quebrantos en Puerto Libre*.
Nexos, febrero de 1999, pp. 35-36.

———, *Atisbos de Colosio en Puerto Libre*.
Nexos, marzo de 1999, pp. 31-32.

Varios

Benedetti, Mario. *Mal y bien de amores en Minimalia*.
Nexos, noviembre de 1996, pp. 85-86.

De Beer, Gabriela. *Entre la aventura y el litigio*.
Una entrevista con Ángeles Mastretta.
Nexos, abril de 1993, pp. 33-39.

De Beer, Gabriela. *Los acantilados de la pasión en Minimalia*.
Nexos, noviembre de 1996, pp. 86-88.

Gomís, Anamari. *Ella encarnaba boleros*.
Nexos, julio de 1985, pp. 51-52.

González Montes, Fidencio. *Ángeles Mastretta invita a usted...*
Punto, 28 de Febrero de 1983, pp. 23-24.

Gutiérrez Ruvalcaba, Javier. *Ángeles Mastretta: Sólo quiero ser una buena o mala escritora*.
Nuevo Siglo, Excelsior, 21 de julio de 1996, pp. 24-25.

Loeza, Guadalupe. *Ángeles Mastretta: las mujeres, los poblanos y sus remordimientos*.
Punto, 6 de Mayo de 1985, p. 9.

López, Verónica. *La penúltima pregunta*.
Nexos, abril de 1993, pp. 34-37.

Mendoza, María Luisa. *Luciérnagas iluminadas, de Mastretta*.
Excelsior, 29 de Noviembre de 1998, Cultura 4B.

Obiol, María José. *Dos veces amando en Minimalia*.
Nexos, noviembre de 1996, pp. 88-89.

Pérez Gay, Rafael. *La cuarta dimensión en Puerto Libre*.
Nexos, enero de 1993, pp. 18-20.

S/A. *Ángeles Mastretta debuta como cantante*.
Punto, 18 de Marzo de 1985, p. 15.

S/A. *Ángeles Mastretta, primera mujer que gana el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos*.
La Crónica de Hoy, Cultura, 5 de Julio de 1997, pp. 6B-7B.

S/A. *En Venezuela, ovación unánime para Ángeles Mastretta*.
La Crónica de Hoy, Cultura, 4 de Agosto de 1997, p. 17B.

S/A. *Los novelistas escribimos para soñar; dijo Ángeles Mastretta al recibir el Rómulo Gallegos*.
La Crónica de Hoy, Cultura, 3 de Agosto de 1997, p. 11B.

S/A. *Mastretta recibirá hoy el premio Rómulo Gallegos y anuncia sus proyectos literarios*.
La Crónica de Hoy, Cultura, 1 de Agosto de 1997, p. 16B.

S/A. *Mastretta y su Mal de amores en la carrera por el Rómulo Gallegos*.
La Crónica de Hoy, Cultura, 2 de Julio de 1997, p. 10B.

Schwartz, Perla. *Una hojeada a la novela de Mastretta*.
Punto, 13 de Mayo de 1985, p. 19.

Torres, Cristina. *El trabajo doméstico y las amas de casa. El rostro invisible de las mujeres*,
Sociológica, UAM Azcapotzalco, mayo de 1989, pp. 145-176.

VIVAS

- Ángeles Mastretta Guzmán. *Periodista y literata.*
Entrevista personal.
Septiembre de 1998.
Noviembre de 1998.
Abril de 1999.

- _____,
Entrevista telefónica.
Julio de 2000.

- Froylán López Narváez. *Periodista.*
Entrevista personal.
Septiembre de 1998.

- Lici Ortega. *Asistente.*
Entrevista telefónica
Agosto de 1998.

- Martha Guerra. *Secretaria.*
Entrevista personal.
Septiembre de 1998.

- Miguel Ángel Granados Chapa. *Periodista.*
Entrevista Personal
Octubre de 1998.

- Víctor Manuel Juárez Cruz. *Periodista.*
Entrevista personal
Octubre de 1998.